



CARLOTA MANZANO

DESCUBRIENDO TU MUNDO



DESCUBRIENDO TU MUNDO

Primera edición.

Descubriendo tu mundo

Carlota Manzano

©febrero, 2024.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Descubriendo tu mundo

Carlota Manzano

©febrero, 2024.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Epílogo](#)

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



«Después de una fuerte sacudida solo queda esperar a que llegue la calma. Supuestamente siempre aparece y es la meta, ¿no? La ansiada calma y paz tanto a nivel personal como en todo lo que nos rodea. Puede ir dirigida en forma de sentimientos y de sensaciones, o en sentido material, las variantes son infinitas al igual que las vivencias y experiencias. Pero sea de la forma que sea, a veces, el resultado no es el esperado y te lleva a un punto de inflexión que trastocará, sin saberlo, todo lo conocido de la manera más imprevisible...»

Zoe

«Se espera que el temporal que nos azota se alargue durante varios días. Las ráfagas de viento, hasta el momento, han sobrepasado los setenta y cinco kilómetros por hora y se estima que sigan aumentando hasta superar los cien. Tengan precaución y manténganse en sus casas el máximo de tiempo posible, tomando todas las precauciones oportunas. Si se han visto sorprendidos fuera y no pueden llegar a ellas, quédense resguardados y eviten estar a la intemperie. Les seguiremos informando de las novedades y de los avances. Buenos días».

Esa información salió de la radio de la emisora local. Con la mirada fija a través de la cristalera del salón observaba la veracidad de lo que acababa de escuchar. Me llevé la taza de café a los labios y bajé la persiana porque la había subido por unos segundos para comprobar cómo estaba la situación en el exterior.

Los destrozos ya empezaban a dejarse ver, y si continuaba durante el tiempo que habían predicho, íbamos a tener faena para reconstruir todos los desperfectos. Dejé la taza en la cocina y recorrí la casa asegurándome de que todas las protecciones de las puertas y ventanas estuvieran aseguradas.

Con poco más que hacer, fui a por lo que me quedaba de café y me senté en la mesa de la cocina, mirando las noticias en el móvil. Era martes, pero todo se había paralizado desde hacía un día, hasta los trabajos, en vista de la que teníamos encima, nunca mejor dicho.

El viento golpeaba con fuerza contra la estructura de la casa, los árboles se balanceaban como si fueran plumas ligeras, las partes de madera de la vivienda crujían como queja ante las embestidas, la lluvia caía con intensidad descontrolada por las ráfagas, yendo de un lado al otro. Miré hacia el techo al escuchar varios truenos sobre mi cabeza que retumbaron en el interior, haciendo una mueca.

Preocupada oí atenta el crujido de las tejas. Era una casa en muy buenas condiciones y preparada, pero ello no significaba que si las condiciones seguían empeorando más de una parte de ella se vendría abajo o tendría daños considerables.

—Pues tocará arreglarla, no hay más —dije en alto, soltando un suspiro.

Me levanté para ir hacia mi habitación a por el libro que estaba leyendo, pero me paré en el pasillo cambiando de dirección al escuchar una voz conocida. Entré corriendo en la primera habitación.

«A todas las unidades, estamos en estado de alarma, repito, se acaba de activar el estado de alarma y su protocolo. Los efectivos que estáis fuera, tomad las medidas establecidas y manteneos en contacto el tiempo que marca el manual. En la base nos hemos quedado aislados, pero estamos solucionándolo para poder salir hacia las emergencias. El gran árbol que tenemos en la entrada se ha partido en dos y una de las partes ha caído en la entrada principal bloqueándonos, cayendo encima de varios camiones».

Salí igual que había entrado, en busca del teléfono. Nerviosa localicé el número al que quería llamar, llevándomelo intranquila a la oreja mientras regresaba hacia la habitación.

—¿Estás bien? —pregunté cuando Adrián descolgó.

—Eso tendría que preguntártelo yo. Sí, no te preocupes. Te dije que apagaras la radio para que no te pusieras así.

Pillada, pensé, porque la radio a la que se refería era una idéntica a la que utilizaban en su trabajo y siempre la tenía en la frecuencia de ellos para saber qué pasaba en tiempo real.

—Por aquí todo se mantiene en pie —respondí soltando un suspiro, tranquilizándome—. ¿Y perderme la información de primera mano? —Curvé los labios.

—No tienes remedio, no consigo hacer carrera de ti. —Bufó, pero en tono divertido.

—¿Hay muchos chicos fuera?

—Te puedes hacer una idea, es un caos. Yo estaba a punto de salir junto a varios compañeros por el aviso de cuatro emergencias cuando el árbol nos ha jodido hacerlo.

—¿Alguien puede ir en vuestro lugar? —Me removí inquieta.

—Sí, y ya puedes olvidarte de lo que te ha pasado por la cabeza, ¿me oyes? No me hagas preocuparme más de lo que estoy.

—Tranquilízate. Tú mejor que nadie sabes que si tuviera que salir sé muy bien lo que hago y cómo tengo que actuar. He tenido al mejor maestro —negué refiriéndome a él.

—Zoe no me toques... lo digo en serio. Como te muevas de casa...

Se calló al escucharse la radio otra vez.

«Jason comunicando. Hay un aviso de un coche volcado en la carretera secundaria a la altura de la granja de Ander. El accidente ha sido de gravedad, no sé más detalles. Nosotros no podemos atender a la llamada porque estamos intentando rescatar a una familia que se ha quedado atrapada bajo los escombros de su casa. Dos árboles grandes se han caído encima y han dañado la estructura. Por esta zona el temporal es más agresivo».

—Adrián... —Llamé su atención después de la noticia.

—Ni lo digas, ¿te ha quedado claro?

—Pero...

—Joder, Zoe —me cortó—. Ya sé que estás casi al lado de donde ha sucedido. Me importa una mierda, nosotros nos encargamos.

—¿Sí? ¿Cuándo? No sabes si hay alguien herido dentro del coche ni en las condiciones en las que está o están —dije más alto de lo normal, moviéndome por la habitación.

—Me cago en... ¡es una orden! —gritó.

—Te recuerdo que no trabajo para ti. —Igualé su tono de voz.

—Escúchame, por favor.

—Puedo hacerlo, lo sabes —le pedí más tranquila, como él en el último comentario.

—Ya lo sé, pero todo está muy descontrolado, cariño. Ni yo puedo estar seguro fuera ni dentro, ¿lo entiendes?

Nos interrumpió otra comunicación.

«A todas las unidades, soy Carlos. Hemos tenido un accidente y no podemos movernos. Íbamos hacia el aviso de Jason... ¡Ahhh!»

—Joder, espera —me habló Adrián soltando un gruñido y lo escuché a través de la radio de su unidad.

«Carlos, soy Adrián, háblame. ¿Estáis bien? Di vuestra posición».

«Jefe... no escucho ni veo a los compañeros, creo que están inconscientes y yo siento que estoy perdiendo las fuerzas, no enfoco bien». —Pausa larga.

«Perfecto, me has enviado la ubicación. Vamos a por vosotros, aguantad».

—¡Mover el puto árbol, ya! —ordenó gritado a los que estaban con él—. Zoe...

—Escúchame tú ahora, ¿vale? Céntrate en tu trabajo que no es poco, no quiero que cometas un fallo y que lo tenga que lamentar, por favor. No te preocupes por mí, no me va a pasar nada.

—¡Joder! ¿Por qué no puedes hacerme caso nunca? —resopló.

—Siempre te lo hago —respondí intentando no reír.

—¿En serio? Pues tú sabrás a cuántos Adrianes conoces porque lo que es a mí... Zoe, como te pase algo.

—Voy a vincularte mi ubicación y prometo enviarte mensajes continuamente, siempre que pueda. Déjame hacerlo, sabes que no vais a llegar a tiempo hasta aquí. Las carreteras están cortadas y tienes la mitad de los camiones inutilizados hasta que no arregléis el problema.

—Aún no entiendo cómo siempre te sales con la tuya —se lamentó.

—Has tenido toda la vida para averiguarlo. —Reí.

—Cuídate y no hagas locuras. Sí, estás más que enseñada y preparada, pero también sabes que, cuando todo varía en cuestión de segundos y es inestable, de nada sirve el conocimiento y la experiencia.

—De algo servirá, digo yo... Te quiero, haz tú lo mismo. —Corté la llamada.

Me moví rápido saliendo de esa habitación para entrar en la mía. Para enfrentar lo que iba a encontrarme fuera de las paredes de mi casa, me desvestí y me coloqué la vestimenta adecuada, recogíendome el pelo y cubriéndome la cabeza con un gorro. Ropa térmica, impermeable, botas de montaña aislantes, con todo ello puesto y echando en una mochila lo que creía que podía necesitar y activando la ubicación para que Adrián supiera en todo momento dónde estaba, me dirigí hacia la puerta principal.

—Vale, allá vamos. —Cogí aire con la mano en el pomo y quité los seguros a un clic de abrir.

Cuando lo hice el aire me llevó hacia atrás con puerta incluida, haciéndose paso hacia el interior de la casa. Luchando contra él conseguí moverme y volver a la posición, quitando los listones grandes de madera que había

colocado para protegerla desde fuera. Conseguí salir y llevar la puerta conmigo. Cuando la tuve encajada y cerrada, volví a colocar los listones. Solté un suspiro mientras me guardaba la llave en un bolsillo de la chaqueta y me ajustaba el gorro, girando para mirar el panorama que quedaba delante.

Por el momento donde me encontraba todo lo importante seguía en su sitio, descontrolado, porque los árboles parecían de goma y en cualquier instante podían romperse, pero sin suponer un problema todavía. Me moví con movimientos lentos y seguros pegada a la pared de la casa porque la camioneta la tenía en una caseta que utilizaba de garaje. Al quedar frente a ella, a unos cientos de metros, me agaché y empecé a caminar con cuidado para llegar. Cada dos o tres pasos tuve que ir parándome al sentir que el viento me levantaba, dejándome caer de rodillas en el suelo y avanzando desde esa posición.

Con un suspiro llegué a la caseta y desbloqué la entrada que también estaba protegida. Me llené los pulmones de aire y cerré empujando con la espalda, quedándome a cubierto. Me aparté el agua de la cara para ver bien y corrí hacia un lateral donde había un armario del que saqué más cosas por precaución. Rápido solté la mochila en el interior de la camioneta y la cargué con todo lo que había dejado en el suelo, poniéndome un cinturón con pesas en la cintura para facilitar mi agarre al suelo.

Fui hacia la parte opuesta a la que había entrado y abrí los portones para salir, dejándolos sujetos contra la estructura de la caseta. No tardé en estar subida, comprobando que el depósito estaba lleno y todo el funcionamiento era correcto cuando arranqué.

Me armé de valor para sacarla y una vez fuera me bajé para cerrar, regresando todo lo rápido que pude, sentándome frente al volante. Antes de ponerme en marcha le envié un mensaje a Adrián para que se quedara tranquilo, notificándole que ya estaba fuera y todo iba bien. Su respuesta no se hizo esperar.

Adrián: *Busca la puñetera frecuencia de la base en la radio que te instalé en la camioneta, quiero tener varias alternativas para comunicarme contigo.*

Lo hice después de leerlo y hablé a través de ahí.

«¿Adrián? Soy Zoe, ya está».

«Vale. ¿Cómo se ve todo por ahí?»

«Verse no se ve mucho, todo está cubierto de oscuridad, aunque son las diez de la mañana». —Empecé a moverme atenta a todo lo que me rodeaba.

«Dime algo que no sepa, Zoe».

«En mi casa todo sigue en pie, cuando recorra los caminos y salga a la carretera asfaltada te voy informando».

«Pequeña...»

/

«¿Sí?»

«No me des un disgusto que tenga que lamentar el resto de mi vida».

¹ *«No lo haré» —sonreí con cariño—. «¿Cuándo te he fallado?»*

«Mejor paso palabra porque como te responda ahora mismo...» —Bufó y a mí se me escapó una carcajada.

«Te dejo para concentrarme».

«Está bien. A nosotros nos queda poco para cortar el trozo del árbol y tener vía libre para salir de este encierro»

«Ten cuidado también, por favor».

«Lo tendré, te quiero».

«Te quiero».

«Pequeña...»

«¿Sí?»

«No me des un disgusto que tenga que lamentar el resto de mi vida».

«No lo haré» —sonreí con cariño—. «¿Cuándo te he fallado?»

«Mejor paso palabra porque como te responda ahora mismo...» —Bufó y a mí se me escapó una carcajada.

«Te dejo para concentrarme».

«Está bien. A nosotros nos queda poco para cortar el trozo del árbol y tener vía libre para salir de este encierro».

«Ten cuidado también, por favor».

«Lo tendré, te quiero».

«Te quiero».

Capítulo 2



Me olvidé de todo menos de lo que tenía delante y a los lados, aferrando con fuerza el volante al sentir que se me iba. No tardé en acceder al primer camino de tierra que en ese momento era de barro, con los limpiaparabrisas yendo de un lado al otro en la posición más rápida, lo que era insuficiente porque no daban abasto. La visibilidad era nula dificultando avanzar porque cuando me encontraba con algo que entorpecía, tenía que maniobrar rápido para sortear los imperfectos y las sorpresas que obstaculizaban el paso.

—Mierda —grité dando un volantazo e intentando no perder el control total del vehículo.

Con un suspiro cerré los ojos cuando se paró después de deslizarse por el suelo. Me había quedado en sentido contrario al que tenía que ir, por lo que reaccioné rápido para que las ruedas no se quedaran enterradas y maniobré hasta posicionarme en el sentido que necesitaba.

Con el mismo cuidado y en tensión al final salí a la carretera asfaltada, inclinándome hacia delante, sobre el volante, para intentar distinguir lo que quedaba delante. En el recorrido me encontré varios árboles cortando la circulación y tuve que sortearlos desviándome por los laterales o cambiando de dirección tomando atajos.

Varios truenos fuertes retumbaron seguidos por sus relámpagos que iluminaron el cielo. Tragué saliva, sí, como y os ha quedado claro estaba preparada para enfrentar lo que estaba sucediendo, pero en la vida había visto una tormenta de esa magnitud y sentía que los nervios se apoderaban de mí mientras hacía todo lo posible para mantenerlos a raya.

Si no conocías la zona era imposible que supieras por dónde ibas, suerte de que lo hacía y pude ubicarme. Desde donde yo vivía a la granja de Ander no había mucha distancia, donde supuestamente había sido el accidente de coche, por lo que centré más la vista y eché mano hacia la guantera, ladeándome sin desviar los ojos para sacar un foco de luz de largo alcance. Lo coloqué en la sujeción del salpicadero para tener mejor visibilidad y lo encendí. Gracias a la iluminación extra pude ver lo que tenía por delante a varios metros y más segura, continué avanzando con precaución.

Paré el motor cuando frente a mí quedó la escena que estaba buscando. Antes de salir de la camioneta agarré el comunicador de la radio y hablé.

«¿Adrián? Soy Zoe».

Me quedé a la espera de su respuesta, la que no tardaría en escucharse y así fue.

«¿Cómo estás? ¿Cómo va?»

«Acabo de llegar, tengo el coche volcado delante de mí» —confirmé, provocando que soltara un suspiro.

«Muy bien, pequeña. ¿Qué más ves?»

«Nada, solo el coche en mal estado con las luces encendidas. Voy a bajar, cuando regrese a la camioneta vuelvo a contactar» —informé.

«Preciosa —intervino la voz de uno de los compañeros de Adrián. Su mejor amigo, Álvaro—, si no quieres que a tu hermano le dé un telele ya puedes mover el culo con cuidado porque nos veo en urgencias por él y a tomar por culo las emergencias» —dijo divertido, intentando relajar la situación.

«Cállate y dame eso. —Se escuchó un forcejeo y risas, no de Adrián precisamente que era el que había hablado— Zoe, revisa si hay alguien en el interior. Si el coche está vacío aléjate de ahí y vuelve a casa ¿me oyes?»

«Sí, pero ¿y si han salido despedidos? ¡¡Mierda!!» —Agarré el volante con fuerza y en tensión a pesar de que estaba parada.

«¿Qué sucede? Joder, responde».

«Estoy aquí, ya está, no ha sido nada. —Cogí aire varias veces—. El viento ha movido la camioneta y la ha^a desplazado».

«Déjala lo suficientemente apartada para que no impacte con vosotros, es inestable parada y quedará a merced de las ráfagas. ¿Sigues con las cuatro ruedas en el suelo y en la carretera?» —Quiso saber nervioso.

«Lo sé. Sí, no te preocupes, me he quedado al límite de ella». —Abrí la ventanilla y saqué la cabeza comprobando que las dos ruedas en línea con el conductor se apoyaban por muy poco al límite del asfalto, quedando casi^l suspendidas en el aire.

^l El desnivel que había en esa zona era considerable, vamos que unos milímetros más y la hubiera tenido que abandonar a su suerte porque si caía sería imposible sacarla de allí sin ayuda.

«Muévete rápido y sal de ahí» —ordenó.

«A tus órdenes, jefe» —dije mientras me desplazaba hacia el asiento del copiloto para salir por esa puerta.

«¿Ahora me haces caso y soy tu jefe? Dime la verdad, te has quedado peor de lo que has dicho».

«Que no, que es tal cual te he contado, pero cuando la tienes la tienes, es lo que hay. Corto la comunicación, voy a salir».

«Está bien, mantenme informado y no hagas tonterías. Ve con mil ojos».

Me olvidé de la radio y abrí, bajándome de un salto. No llevé nada conmigo hasta saber lo que me iba a encontrar. Me dirigí hacia el coche despacio, mirando hacia las copas de los árboles que danzaban sin control sobre mi cabeza, hasta que llegué al coche y me sujeté a una de las ruedas que estaba hacia arriba, haciendo presión en ella por la ráfaga fuerte que pasó arrasando todo a su paso, sintiendo cómo los pies se me levantaban.

Quando se calmó, con un suspiro, me solté lentamente y miré hacia atrás, a la camioneta, agradeciendo que no se hubiera movido al no rozarla. Me separé del coche y lo rodeé hacia la parte delantera. Como ya sabéis estaba volcado y el morro se había quedado encajado entre dos árboles.

Me agaché al llegar a la puerta del conductor y miré hacia el interior.

—Mierda, ¿me oye? —Me incliné haciendo fuerza con las manos para terminar de sacar la ventanilla que estaba medio colgada, sin terminar de desprenderse del agarre.

Los nervios se me pusieron por las nubes porque no obtuve respuesta del hombre que estaba tirado sobre el techo en una mala postura, sin dejar de trabajar mientras comprobaba que solo lo ocupaba él.

Al ver que no tenía la fuerza suficiente para quitarla, teniendo en cuenta que las manos se me resbalaban por el agua, corrí con precaución hasta la camioneta y saqué la mochila. Cuando me dejé caer de rodillas en el mismo sitio, busqué una llave grande para hacer palanca.

La puerta no podía abrirla porque todo el marco estaba metido para dentro y chafado, de tal manera que se había quedado encajada, como lo estaba el resto también. Con rabia lancé la ventanilla lejos de donde estaba cuando conseguí desprenderla de la sujeción y busqué una linterna. Con ella enfocando metí parte del cuerpo dentro, recorriendo con la luz el del hombre mientras le tocaba con cuidado las piernas que quedaban a mi altura, para ver si tenía alguna reacción.

—¿Me oye? —volví a preguntar dejando los ojos fijos en la herida visible de una de sus piernas, a través del pantalón. Hice una mueca por lo mal que se veía— Joder. —Cogí aire.

Me agarré a la estructura del coche centrando la vista en el exterior. Otra ráfaga, más fuerte que la anterior, provocó que el coche se zarandeara y que de la parte que estaba encajada entre los árboles se quejara cortando el

silencio que nos rodeaba.

Cuando aflojó me fijé en el hombre. Tenía la cara ensangrentada por completo y no podía saber hasta qué punto estaba malherido o si ya no estaba allí conmigo. Trepé como pude hacia arriba para asegurarme y comprobé si tenía pulso, soltando un suspiro de alivio al sentirlo. Débil, pero su corazón todavía bombeaba. Sabía que no tenía que moverlo, pero dadas las circunstancias, o lo hacía para llevarlo al hospital o podía morir esperando un rescate que llegaría demasiado tarde para él.

—Voy a sacarte de aquí —dije convencida retrocediendo para ir hasta la camioneta a por lo que necesitaba.

Mientras cogía de la parte trasera una tabla bastante grande y correas, escuché la radio, pero ni me paré a atender la llamada de Adrián. Ya lo haría cuando estuviera otra vez montada porque podía ver mi ubicación sin problema.

—Ya estoy —hablé para mí al llegar hasta el hombre porque dudaba que pudiera escucharme al no haber reaccionado—. Esto va a ser pan comido, ya lo verás —asegué dejando la tabla a un lado y la linterna en posición para ver bien, sujetándolo de las piernas.

Muy segura no es que estuviera, pero como no me motivara a mí misma me haría una bola y me pondría a llorar por la angustia que sentía. Tiré de él hacia mi cuerpo, muy lentamente y haciendo pausas, observando y controlando la cabeza mientras repetía el proceso. Cuando tuve casi todo el largo de las piernas fuera y el cuerpo estaba encarado para salir bien, cogí aire y me metí dentro para cambiar de posición. Conseguí sentarme dejándolo la cabeza apoyada sobre mi regazo y me arrastré hacia delante llevándolo conmigo, inmovilizándolo.

Cuando el agua caía sobre nosotros respiré un poco más tranquila, moviéndome rápido para colocar la tabla debajo de su cuerpo. Posicioné las correas a la altura de las piernas, abdomen y frente y las sujeté bien, atándolas con la fuerza suficiente para que no se moviera.

—Primer paso hecho. —Me tomé unos segundos para descansar.

Me acerqué a su cara y con cuidado le retiré con las manos la sangre acumulada que empezaba a difuminarse con la lluvia, intentando ver dónde tenía la herida, sin conseguir distinguir nada. Estar tenía que estar, lógicamente.

Sin perder más tiempo me levanté y sujeté el peso de la tabla por la parte superior, dejándole los pies hacia abajo : la arrastré despacio hacia la camioneta, teniendo que hacer paradas para coger aire. Con esfuerzo y después de hacer varias pruebas, conseguí dejarlo encarado e inclinado en el borde de los asientos traseros. Me subí por la puerta del copiloto, colándome por entremedio para llegar hasta él y en posición, apoyando los pies en el marco de la puerta para hacer palanca, tiré hacia arriba con toda la energía que tenía para que se deslizara sobre los asientos

Por mucho que quise acelerarlo, al sentir a la camioneta vibrar, no pude. Fue demasiado lento por las veces que lo intenté con insultos desesperados mientras perdía las fuerzas. Hasta que por fin, después de no sé cuánto tiempo y de resbalármelo de las manos, pude soltar el aire que había retenido sin darme cuenta cuando quedó sobre los asientos. Me quedé encajada contra la puerta por la que no podía salir para no desestabilizar el agarre de la

camioneta y volví a tomarme unos segundos para estabilizarme porque me sentía demasiado acelerada.

—Próxima parada, el hospital —dije activándome, pasando por su lado. Fue inevitable que, al hacerlo, lo mirara preocupada porque seguía sin reaccionar.

Me bajé de un salto y le acomodé las piernas para cerrar. Corrí hasta el coche accidentado donde había dejado la mochila y con ella colgada del hombro regresé accediendo por donde había salido, la puerta del copiloto, sentándome frente al volante. Me giré hacia atrás y negué nerviosa, volviendo a comprobar su pulso.

n

e

y

e

.

.

camioneta y volví a tomarme unos segundos para estabilizarme porque me sentía demasiado acelerada.

—Próxima parada, el hospital —dije activándome, pasando por su lado. Fue inevitable que, al hacerlo, lo mirara preocupada porque seguía sin reaccionar.

Me bajé de un salto y le acomodé las piernas para cerrar. Corrí hasta el coche accidentado donde había dejado la mochila y con ella colgada del hombro regresé accediendo por donde había salido, la puerta del copiloto, sentándome frente al volante. Me giré hacia atrás y negué nerviosa, volviendo a comprobar su pulso.

Capítulo 3



«Soy Zoe» —hablé a través de la radio poniéndome en marcha con cuidado, maniobrando la dirección de las ruedas hacia delante y hacia atrás muy lentamente para poder salir de allí porque si las giraba por completo me iba abajo.

«¡Joder! ¿Qué ha pasado?» —respondió al instante Adrián.

«Había un hombre dentro del coche. Está muy malherido. Lo he sacado y ya voy de camino al hospital. No reacciona, pero tiene pulso».

«Desvíate por el atajo de la granja de Ander, llegarás más pronto y sigue atenta a todo, ¿ok?»

«Vale, doy la vuelta. Hablamos cuando llegue».

Paré despacio, no es que fuera muy rápido, pero lo hice lo más suave que pude por la persona que llevaba detrás, cambiando de sentido al haber sobrepasado el desvío que me había indicado Adrián. El recorrido no fue tan suave como lo hubiera sido sobre la carretera, pero por todo lo que fui escuchando en la emisora tuve claro que era el más seguro y rápido, aunque no lo fuera realmente.

Casi cuarenta minutos después, los que solían hacerse en menos de veinte, puse el freno de mano en la entrada de urgencias del hospital. Me bajé sin perder tiempo para pedir ayuda, comprobando el caos que había dentro. Personas corriendo de un lado al otro, tanto el personal del hospital intentando atender y poner un poco de orden, como gente accidentada que no sabía hacia dónde dirigirse.

—Perdón —dije al llegar al mostrador, acelerada, pero no obtuve respuesta ya que la chica que estaba al otro lado hablaba por dos teléfonos, uno en cada oreja.

Di varios golpes en él, no para llamar su atención, sino pensativa y me giré alejándome de allí para parar al primero que viera en mi camino. Así lo hice dirigiéndome hacia un enfermero, explicándole rápido lo que ocupaba mi camioneta y la gravedad.

Después de gritar el nombre de varios de sus compañeros y de un médico, los guie hasta ella. Lo empezaron a atender sin retirarle nada de lo que yo le había puesto, colocándolo en una camilla que había sacado uno de ellos. Se alejaron rápido de mí y me quedé observando cómo se perdían dentro del hospital.

Volví a ponerme detrás del volante para mover la camioneta porque estaba en la zona de las ambulancias y la dejé aparcada en un lateral que no molestaba y en el que no me dirían nada. Antes de bajarme me deshice del cinturón con pesas, liberándome de él, y cerré los ojos sintiendo como toda la tensión que había pasado y los esfuerzos que había hecho me pasaban factura.

«A todas las unidades, soy Pedro. La granja de Rober se ha venido abajo con él y su esposa dentro. Acudid todos los que estéis más próximos a la zona, se han quedado atrapados en el sótano».

«Cinco minutos y nos ponemos en camino. Estamos terminando de asistir a una chica» —fue la respuesta de Adrián.

Apreté los párpados dejándome caer sobre el volante, queriendo que el día y toda esa situación se terminara. Por desgracia no había hecho más que empezar y, por primera vez, deseé con mucha fuerza que los que preveían el tiempo se hubieran equivocado en el pronóstico.

Me incorporé sobresaltada al escuchar varios golpes fuertes en la ventanilla.

—¿Te encuentras bien? —sonreí hacia Levi, mi amigo y médico que me miraba con el gesto fruncido.

—Sí. —Abrí la puerta, bajándome.

—Me has preocupado —negó pasando un brazo sobre mis hombros—. ¿Qué haces aquí? —Empezó a caminar hacia la entrada, llevándome con él.

—He asistido un accidente y he traído a un hombre —contesté apoyándome en su hombro.

—Adrián...

—Lo sabe. —Puse los ojos en blanco, haciéndole sonreír.

—Entonces todo está bien —aseguró.

—Y aunque no lo supiera, también lo estaría. —Le di un golpe en la mano que colgaba de mi hombro—. ¿Me podrás informar cómo va dentro?

a

—¿Lo conozco?

—No, yo tampoco sé quién es, no es de la zona —dije pensativa mientras me guiaba hasta una sala donde había máquinas de café y más de una vez, cuando iba a verlo en sus turnos, nos aislábamos en ella para que hiciera un descanso.

—Menudo día ha escogido para aventurarse a hacer turismo —negó preparando un café—. Para ti. —Me lo ofreció y lo acepté con una sonrisa.

—Lo he encontrado inconsciente y no ha reaccionado en todo el camino —comenté mientras removía el azúcar.

—Ya no puedes hacer nada más, demasiado te has puesto en peligro porque doy por hecho que has salido para asistirlo. Estabas en casa tranquila cuando hemos hablado temprano. —Chasqueó los dedos frente a mi cara al haberme ido a otro lugar.

—Lo sé, pero queda una sensación... —solté un suspiro—. Así es, Adrián y los chicos tenían problemas y ha sucedido cerca de la granja de Ander. —Me encogí de hombros y asintió al saber lo cerca que había quedado de mí el accidente.

—No vas a volver, ¿no? Es mejor que no salgas de aquí, no está la situación como para ir de paseo de un lado al otro.

—Que va, por el momento no me muevo —confirmé.

—Perfecto —asintió conforme, antes de darle un sorbo al café que había sacado para él—. Deja de pensar, ahora intento enterarme a qué área lo han llevado para estar pendiente, así te informo. Eso si no me toca operarlo.

—Gracias. Lleva pantalón tejano de color azul claro, una chaqueta de color chocolate, moreno, de altura ni idea porque como que el hombre no se ha puesto de pie, así que...

—Yo me encargo. Busca un sitio para descansar o quédate aquí, se te ve agotada. —Me frotó un brazo.

—¿Cuánto llevas sin parar ni dormir tú? —Levanté una ceja porque su apariencia era mucho peor que la mía.

—Dos días con sus noches completas. —Se terminó el café de un trago, lanzando el vaso a una papelera—. Entre organizarnos, la confusión, los heridos que no paran de llegar... todo se ha descontrolado y no damos abasto. —Se encogió de hombros—. Y lo peor es que solo es el comienzo. Ya sabes que es el único hospital que hay en la zona, el más próximo está a unos cien kilómetros y allí también están colapsados porque hemos tenido que deriva a muchos pacientes que no estaban graves. Imposible centralizarlo aquí, llegan de todas partes.

—¡Qué bien! —dije dejando salir un suspiro.

—Hasta que el cuerpo aguante, amiga. —Rio—. No queda otra y no podemos venirnos abajo, nos necesitan. El

agotamiento me recuerda a los maratones de fiestas que nos pegábamos, ¿te acuerdas?

—Claro, con la diferencia de que los años no perdonan —comenté divertida.

—Eso lo dirás por ti, ¿no? Porque yo soy un chavalito todavía.

—¡Levi, te necesitamos en el quirófano! —Se escuchó en gritos desde fuera de la sala.

—Se acabó el descanso. —Hizo una mueca.

—Ve, yo estaré por aquí —dije levantando el móvil para que me localizara a través de él.

—Tranquila que la otra opción es ponerme a gritar tu nombre por los altavoces. —Rio, contagiándome.

De esa manera se fue haciéndome un guiño y me quedé sola en la sala. Caminé hacia una de las mesas que había y me senté para terminar de tomarme el café. Como una patada en el estómago me estaba sentando porque los que salían de las máquinas grandes no me caían nada bien, pero era lo que había y durante un buen rato, así que, continué bebiendo hasta terminarlo.

Ni ganas tenía de acercarme a la cafetería que quedaba en el otro extremo del hospital para hacer colas interminables, de ahí solía tomarme los cafés, aunque terminara en la sala con Levi, al ser más tranquila y tener poco movimiento. Apoyé los brazos en la mesa, sintiéndolos doloridos y pesados y dejé caer la cabeza sobre ellos. Los ojos se me cerraron y solté varios suspiros sintiendo los párpados cada vez más pesados, hasta que dejé de ser consciente del bullicio que había a mi alrededor, asilándome por completo del caos.

e

r

agotamiento me recuerda a los maratones de fiestas que nos pegábamos, ¿te acuerdas?

—Claro, con la diferencia de que los años no perdonan —comenté divertida.

—Eso lo dirás por ti, ¿no? Porque yo soy un chavalito todavía.

—¡Levi, te necesitamos en el quirófano! —Se escuchó en gritos desde fuera de la sala.

—Se acabó el descanso. —Hizo una mueca.

—Ve, yo estaré por aquí —dije levantando el móvil para que me localizara a través de él.

—Tranquila que la otra opción es ponerme a gritar tu nombre por los altavoces. —Rio, contagiándome.

De esa manera se fue haciéndome un guiño y me quedé sola en la sala. Caminé hacia una de las mesas que había y me senté para terminar de tomarme el café. Como una patada en el estómago me estaba sentando porque los que salían de las máquinas grandes no me caían nada bien, pero era lo que había y durante un buen rato, así que, continué bebiendo hasta terminarlo.

Ni ganas tenía de acercarme a la cafetería que quedaba en el otro extremo del hospital para hacer colas interminables, de ahí solía tomarme los cafés, aunque terminara en la sala con Levi, al ser más tranquila y tener poco movimiento. Apoyé los brazos en la mesa, sintiéndolos doloridos y pesados y dejé caer la cabeza sobre ellos. Los ojos se me cerraron y solté varios suspiros sintiendo los párpados cada vez más pesados, hasta que dejé de ser consciente del bullicio que había a mi alrededor, asilándome por completo del caos.

Capítulo 4



—Zoe. —Escuché mi nombre lejano y me removí.

A punto estuve de caerme de la silla al no recordar dónde estaba. Terminé recostada entre los brazos de Adrián y cuando enfoqué la vista lo abracé con fuerza.

—¿Qué haces aquí? ¿Estás bien? —susurré sobre su hombro, apretándolo contra mí después de comprobar que no tenía ninguna herida.

—Todo perfecto. —Me frotó la espalda—. Acabamos de hacer un rescate y pasábamos cerca, necesitaba verte.

Nos separamos mirando los dos hacia el techo cuando la luz parpadeó y se fue durante unos segundos, hasta que se estabilizó. Nuestros ojos se encontraron soltando un suspiro.

—Los generadores están trabajando —confirmó Adrián.

—¿Podrán producir toda la energía que necesitan? —Hice una mueca.

—Están preparados para ello —asintió frotándome los brazos cuando me acomodé en la silla.

—Vale.

—Lo has hecho muy bien —me sonrió con cariño, arrastrando otra para ponerse a mi lado.

—Lo que he podido —negué.

—Demasiado para no tener que hacerlo, ¿me oyes?

—¿Cómo están Carlos y el resto? ¿Ha sido muy aparatoso el accidente? —asintió preocupándome.

—Un equipo los ha traído hasta aquí hace ya un rato. Estamos esperando noticias, pero no puedo quedarme

mucho tiempo.

—Joder. —Me froté la cara con las manos—. Le preguntaré a Levi cuando pueda y te voy diciendo.

—Ok, pero no lo agobies que bastante tiene. Peque —llamó mi atención al quedarme ida—, se van a poner bien.

—Me acarició la cara.

—¿Quiénes? ¿Cuántos? ¿Cómo se ha descontrolado todo hasta este punto? —Hice un puchero.

Mostró una sonrisa triste sin responderme, ¿qué me iba a decir? Habían sido preguntas provocadas por los nervios y el miedo. Ninguno teníamos las respuestas a los cambios de la naturaleza y lo que provocaba, así que... se tomó un café rápido haciéndome compañía y diez minutos después, cuando Álvaro, que lo esperaba fuera, lo llamó para que saliera porque habían recibido otro aviso, me dejó sola.

Caminé sin rumbo por los pasillos y las salas que eran accesibles, haciendo paradas para sacarme un café, un sándwich y unas galletas para comer algo conforme las horas fueron pasando, sin poder estarme quieta durante mucho tiempo. No supe nada de Levi hasta pasadas siete horas, momento en el que pudo darme encuentro para desconectar después de cuatro operaciones de las que una de ellas, se le había complicado hasta dejarlo como se mostró ante mí.

Según me comentó uno de los pacientes que había intervenido era el que yo había llevado, informándome de que había sido la operación que más le había costado, haciéndose interminable.

—Pero ¿se recuperará? —Quise saber con muchas sensaciones recorriéndome el cuerpo y ninguna buena, por la expresión que tenía.

—Soy médico, Zoe. Siempre tengo que ser positivo con el pronóstico, pero también soy realista —habló serio—. El traumatismo en la cabeza era muy severo, he trabajado al milímetro intentando reparar toda la zona afectada, eliminando el daño.

»Poco más puedo decirte, al menos la presión que iba en aumento y cada vez lo ponía más en peligro se está manteniendo, toca esperar para ver si disminuye o tendré que volver a intervenirlo.

»Por mi parte he hecho todo lo que he podido y sé, ahora está en su mano la recuperación. Esperemos que se estabilice y entonces sabremos cómo quedará porque he pasado rozando zonas que son muy críticas y pueden traer problemas.

»Primero le he metido mano yo, la cabeza era lo primordial, pero todavía está en el quirófano afrontando la última operación. Cameron está con la pierna. A parte de lo evidente tiene varias costillas rotas y una de ellas ha perforado el pulmón derecho, suerte que ha hecho tapón y hasta que no han abierto se ha podido mantener estable dentro de la gravedad.

—Joder. —Me brillaron los ojos, no lo pude evitar.

—La esperanza es lo último que se pierde. —Me abrazó en un intento de reconfortarme.

—La tengo, pero es que se ve muy negro —murmuré aferrándome a él.

—Vamos a coger una brocha y cubrimos ese color de alguno brillante —me sonrió separándose de mí—. A tu elección. —Me hizo un guiño.

—Ahora mismo no paso del gris. —Arrugué la nariz y me la apreté entre los dedos, tirando de ella.

¡ A pesar de todo reímos los dos.

¡ —Estás muy agotado —dije lo obvio, preocupada.

—Más que eso, ya no sé ni cómo puedo tirar de mí. —Se frotó la frente.

—¿No puedes hacer un descanso más largo e intentar dormir?

—¿Cómo? Tengo a tres pacientes en cola para intervenirlos, los están preparando y cuando termine con ellos tendré otros tantos. Soy el único de mi especialidad que hay aquí y hasta ahora era suficiente, aunque sabes que llevo tiempo mediando para que metan a alguien más, lo que ahora mismo me vendría genial porque por lo visto todos se han puesto de acuerdo en las mismas lesiones.

—¡Levi! —Escuchamos a su espalda y nos giramos, instante en el que quedé a la vista—. Oh, joder, Zoe ¿qué haces en el hospital? —dijo sorprendida Olga, nuestra amiga y enfermera.

Se acercó hacia mí ligera y me abrazó.

—Es un poco largo de contar y seguro que vas con prisa —negué al verla desmejorada, al igual que el resto.

—Tú estás bien, ¿no? —Quiso saber haciéndome un repaso y asentí—. Vale, ¿y Adrián? —Agrandó los ojos.

r —Nosotros nada. —Desvié sus pensamientos dejándola tranquila.

—Leche. —Se llevó una mano al pecho y sonreí por su reacción.

—¿Qué querías? —Se dirigió a ella Levi.

—Te están buscando, el estado de un paciente que has operado se ha complicado. Ha entrado en crisis. —Hizo una mueca.

—Mierda —soltó cabreado empezando a alejarse de nosotras.

Se perdió corriendo entre los pasillos, sorteando a la gente mientras mi intranquilidad aumentaba preguntándome qué paciente sería.

—No va a poder aguantar —susurré con la vista fija por donde había desaparecido.

—Lo hará, no te preocupes. —Me agarró de una mano—. Aunque cuando todo acabe, no pueda moverse de la cama en un mes.

—Sus operaciones son...

—Ya, dejémoslo en ¿complicadas? ¿Minuciosas? ¿Desesperantes? Como poco —negó—. Se llevan mucha energía de él, pero podrá con ello. Tengo que dejarte, pero sabiendo que estás aquí me escaparé cuando las obligaciones me den un pequeño respiro.

—Vale, que vaya bien. —La miré y asintió.

Ella también desapareció corriendo y sin ganas de moverme más, entré en una sala de espera para sentarme en una silla. No encontré ninguna libre y acabé haciéndolo en el suelo, en una esquina. El panorama, más desolador no podía ser, por lo que cerré los ojos e intenté aislarme de todo.

Cuatro días incansables, ese fue el tiempo que duró el calvario que se vivió. Cuatro días en los que no aflojó y hasta una parte del hospital salió afectada haciendo saltar las alarmas en la zona neonatal, donde sucedió. Mi hermano, Adrián, junto al resto que seguían sus órdenes, tuvieron que estar centrados en trabajar lo más rápido posible para desalojar el área que se vino abajo, para que estuviera operativa lo antes posible.

Un descontrol que, a todos, no se salvó ni uno, nos pasó factura en mayor o menor medida. Los que trabajaron incansablemente cayeron desplomados cuando el temporal empezó a amainar, trayendo el respiro que necesitaron. En el hospital todo se alargó un poco más debido a las operaciones que se fueron acumulando, las que no eran de vital importancia, pero sí de gravedad manteniendo a los pacientes controlados a la espera de ponerle solución.

Adrián junto al resto de los de la base que tenía a su cargo tuvieron que tomarse varios días libres porque no podían con sus cuerpos, para recuperar las energías necesarias porque había que empezar a arreglar los desperfectos que había ocasionado la situación.

Carlos y los compañeros que lo acompañaban cuando tuvieron el accidente estuvieron en observación durante varios días, consiguiendo superar las primeras horas, dando un pronóstico favorable.

Levi, mi amigo, tuvo que dormir un día entero en el hospital porque no fue capaz de moverse después de soltar el bisturí al terminar la última intervención, hasta que fui a buscarlo al hospital y lo llevé a su casa. Allí se encerró, aunque siempre pendiente del teléfono por si surgía algún contratiempo con algún paciente.

Solo una vez corrió de vuelta a su puesto de trabajo, por lo demás todo se mantuvo estable. Una pesadilla a gran escala y desoladora, miraras hacia donde miraras, que ya había quedado atrás y tocaba olvidar.

a

.

Solo una vez corrió de vuelta a su puesto de trabajo, por lo demás todo se mantuvo estable. Una pesadilla a gran escala y desoladora, miraras hacia donde miraras, que ya había quedado atrás y tocaba olvidar.

Capítulo 5



—Hola —dije en alto para que me escucharan.

Acababa de acercarme a la base donde trabajaba Adrián. Me quedé de pie, a poca distancia y mirando hacia arriba más concretamente hacia el tejado, viéndolo a él, a Álvaro y a varios más subidos, restaurándolo. Era lo poco que faltaba de todos los desperfectos de los que se habían encargado, habiéndolo dejado para lo último después de una semana y media intensa de ir de un lado al otro.

—Pero ¿qué ven mis ojos? Estoy soñando o acaba de aparecer una ninfa. —Silbó Álvaro hacia mí, provocando que riera.

—Ninfa te voy a dar yo a ti. Deja de mirar a mi hermana de esa manera. —Se ganó una colleja de Adrián con una carcajada de respuesta de Álvaro.

—¿Seguro que sois hermanos? —Se escapó de él bajando por las escaleras, saltando la última distancia y acercándose hacia mí—. No podéis tener los mismos genes, es imposible por el humor que se gasta el amigo —dijo divertido, picándolo más.

—Tú sigue acumulando que no las vas a ver venir hasta que te caigan encima —le advirtió mientras seguía el mismo camino que él—. ¿Qué haces aquí, peque? —Me dio dos besos, igual que había hecho Álvaro.

—Iba hacia el hospital —dejé caer como si nada—, pero os he visto y he parado.

—¿Otra vez? —Arrugó el gesto y me encogí de hombros.

—¡Quieres dejarla! —intervino Álvaro, haciéndome un guiño.

—¿Tú no tienes nada mejor que hacer o qué? —Levantó una ceja mi hermano.

—Pues no, nada como defender a mi ninfa de las garras del despiadado ser que la atormenta —soltó con guasa.

Se apartó de un salto esquivando la mano de Adrián y acabaron los dos riendo, hasta que se centraron otra vez en mí.

—¿Cómo lo lleváis? —Intenté desviar la conversación, sin mucho éxito porque...

—¿Vas a ver a Levi o a Olga?

—Ya sabes a lo que voy. —Levanté las dos cejas, dándolo por imposible—. Y ya que estoy allí, pues sí, a ver a mis amigos. ¿Algún recado especial para Olga? Se lo llevo en mano. —Terminé intentando no reír, lo que no pudo evitar Álvaro que se ganó una mirada fulminante de Adrián.

—¿Por qué no me respondes claro diciéndome el motivo que te lleva cada día hasta el hospital?

—¿Por qué no me has dado ningún recado para Olga ninguno de estos días? —contraataqué dejándolo callado y provocando que resoplara— Pues eso mismo. Hay cosas que sobra decirlas.

—Definitivamente no tenéis los mismos genes. —Rio Álvaro—. No puede contigo.

—Eso está claro —aseguró Adrián y contuve el reír.

—No lo decía en tu dirección, amigo, iba por ella. —Salió corriendo, alejándose de nosotros cuando mi hermano se lanzó hacia él.

Todo broma, así llevaban toda la vida desde que chocaban pañal con pañal en la guardería y yo había sido cómplice de sus travesuras e interacciones.

—¿Quieres que cuando vuelva del hospital pase a recogerte y vamos a comer? —le propuse.

Me observó durante unos segundos sin responderme, hasta que soltó un suspiro.

—No me gusta que vayas, peque. Y dale el significado real que tiene, ¿vale?

—¿Qué mal hago?

—Ninguno, pero no quiero...

—Sé protegerme y mi paz mental me lo pide.

—Joder lo entiendo hasta cierto punto, pero pasas más tiempo en el hospital que en tu casa cuando estás fuera del trabajo.

—¿Y qué?

—Sabes perfectamente lo que me toca los cojones de esa situación, Zoe. —Frunció el gesto—. No tenemos ni puñetera idea de quién está tumbado y dormido en la cama de hospital y lo que rodea a su vida.

—Lo que dices son detalles que no tienen importancia. Yo solo pienso en que esa persona está completamente sola y ha estado a punto de dejarnos en más de una ocasión. Si tú te vieras en una situación parecida, me gustaría que alguien hiciera lo mismo que hago yo. ¿Por qué tienes que pensar en lo peor? —Empecé a mosquearme.

—Cuando tú —me señaló— estás de por medio, es lo que hay.

—Déjalo, ya no tengo ganas de comer —dije dándole la espalda, dirigiéndome hacia la camioneta con paso rápido.

—¡Si son las nueve y media de la mañana! —gritó para que lo escuchara al alejarme.

—Me da igual, hoy ayuno con tal de no escuchar siempre lo mismo. —Imité su tono de voz.

—Me cago...

—Exacto, amigo —apareció Álvaro, pero no me giré hacia ellos ni me paré—, la has cagado otra vez.

—No me toques los cojones —le advirtió cabreado.

—No tengo la mínima intención de hacerlo, antes me los toco yo. —Rio ganándose una represalia que le provocó no poder parar de reír—. Afloja tío, sabe lo que hace —le pidió cuando se tranquilizaron. Lo escuché muy lejano.

—Ya lo sé, pero no quiero que se implique tanto. —Fue la respuesta de mi hermano.

—¿Y qué vas a hacer? Es su vida y actuará como lo crea conveniente. ¿No lo haces tú?

—Cállate ya, joder, hoy estás insoportable.

Más risas, las que intenté contener yo al escucharlos e imaginarlos porque seguí avanzando sin prestarles atención al menos haciéndolo notar porque fue inevitable oírlos. Llegué hasta la camioneta y me subí, quedándome con la mirada fija hacia delante, con la privacidad de que ya no estaba fueran, habían entrado los dos en la base.

La reacción de mi hermano se debía a lo que habéis interpretado, sí. Desde que todo volvió a la «normalidad» no había dejado pasar ni un día sin ir al hospital. Tenía muchas sensaciones en mi interior y era como si me sintiera responsable del hombre que rescaté, por lo tanto, de visitarlo, aunque todavía no había abierto los ojos porque Levi así lo había ordenado.

Su estado todavía era grave. Había salido del peligro, pero la cabeza todavía no reaccionaba como era necesario para quitarle la sedación y traerlo de vuelta. No podía evitarlo, algo tiraba de mí por dos motivos, el principal llevaba al otro. Nadie conocía quién era, había llegado sin documentación y no recibía más visitas que las mías, junto a las del equipo de enfermeras y médicos que lo atendían.

Adrián se molestaba por ello porque creía que estaba demasiado centrada en él. Y era verdad, no le quitaba la razón, era consciente de que me había involucrado mucho desde el principio, pero la pena podía conmigo al pensar que estaba solo, aunque no fuera consciente. Cuando todo se restableció fui a comprobar junto a mi hermano si su identidad se había quedado tirada por algún rincón del coche, ahora entraré en detalles de ese instante.

No sabíamos su nombre, no podíamos avisar a ningún familiar o amigo, no había hacia dónde tirar hasta que no abriera los ojos y por sí mismo, aportara un poco de luz a toda la incertidumbre que lo rodeaba. Siempre y cuando volviera de donde estaba, intacto.

Arranqué y me puse en marcha. Normalmente iba por las tardes, después del trabajo como ha comentado mi hermano, pero al ser sábado le haría una visita rápida por la mañana y al finalizar el día alargaría un poco más. Con muchos pensamientos en la cabeza circulé acortando cada vez más la distancia.

Su estado todavía era grave. Había salido del peligro, pero la cabeza todavía no reaccionaba como era necesario para quitarle la sedación y traerlo de vuelta. No podía evitarlo, algo tiraba de mí por dos motivos, el principal llevaba al otro. Nadie conocía quién era, había llegado sin documentación y no recibía más visitas que las mías, junto a las del equipo de enfermeras y médicos que lo atendían.

Adrián se molestaba por ello porque creía que estaba demasiado centrada en él. Y era verdad, no le quitaba la razón, era consciente de que me había involucrado mucho desde el principio, pero la pena podía conmigo al pensar que estaba solo, aunque no fuera consciente. Cuando todo se restableció fui a comprobar junto a mi hermano si su identidad se había quedado tirada por algún rincón del coche, ahora entraré en detalles de ese instante.

No sabíamos su nombre, no podíamos avisar a ningún familiar o amigo, no había hacia dónde tirar hasta que no abriera los ojos y por sí mismo, aportara un poco de luz a toda la incertidumbre que lo rodeaba. Siempre y cuando volviera de donde estaba, intacto.

Arranqué y me puse en marcha. Normalmente iba por las tardes, después del trabajo como ha comentado mi hermano, pero al ser sábado le haría una visita rápida por la mañana y al finalizar el día alargaría un poco más. Con muchos pensamientos en la cabeza circulé acortando cada vez más la distancia.

Capítulo 6



Días atrás, cuando fui con Adrián hasta el lugar del accidente, buscando respuestas...

—¿Cuándo van a venir a sacarlo de aquí? —pregunté cuando paró a unos metros del coche que seguía volcado y encajado, tal y como me lo encontré.

—No tardarán en hacerlo. Como no obstaculiza la circulación se están tomando su tiempo. Han urgido otras cosas y total, no se va a mover por sí solo —contestó y asentí siguiéndolo cuando se bajó.

Caminamos hacia el vehículo, parándonos en la parte trasera.

—¿Cómo es posible que no llevara documentación? —dijo pensativo.

—Pudo haberla dejado dentro —lo señalé—. Tampoco sería raro.

—Ya. —Fue su escueto comentario, moviéndose para rodearlo.

Se quedó de cuclillas donde yo estuve arrodillada y trabajando para sacar el cuerpo, observando el interior durante unos minutos.

—¿Estás esperando a que te hable? ¿Por qué no buscas? —dije poniéndome a su lado, de la misma forma.

—Muy graciosa. —Me miró de reojo.

—Ah, ya caigo, es que no cabes. Tienes que empezar a comer menos porque después pasa lo que pasa.

—¿Has desayunado guasa esta mañana? —Levantó una ceja.

—Toneladas de ella. —Reí.

—Vamos a terminar con esto —comentó negando.

Se echó al suelo y arrastró la espalda por el techo hasta perderse en el interior, conmigo inclinada, observándolo. Pocas cosas había, la verdad. Una botella de agua medio llena, una bolsa de patatas chips abierta con los restos esparcidos, hasta mi linterna se quedó dentro y no me di cuenta hasta ese momento. Me la acercó para que la agarrara al identificarla como mía y siguió con su comprobación, revisando todos los rincones y los huecos de las puertas.

Lo último sin sentido porque estaban hacia abajo y lo que hubiera se habría caído sobre el techo que tocaba el suelo, pero igualmente no quiso dejar nada sin comprobar. Para finalizar, miró en la guantera, pero tampoco había nada extraño en ella. Chaleco reflectante, una linterna pequeña, un cargador de móvil y las instrucciones del vehículo, para de contar.

Ni rastro de una cartera, ni de los permisos del coche, ni de los recibos del seguro, ningún documento que pudiera orientarnos en lo que necesitábamos saber.

, —Aquí no hay nada de interés —confirmó arrastrándose hasta salir, sacudiéndose cuando se incorporó.

—¿Pudo haberse caído por el impacto? La ventanilla la quité yo, pero estaba desencajada. —Llevé la vista alrededor.

—Podemos hacer una pasada rápida —asintió cuando ya empezaba a moverme—. Eso hasta cierto punto podría ser, pero que falte la documentación del coche me escama más.

—No sé... supongo que tiene que haber una explicación —murmuré pensativa.

No nos conformamos con comprobar solo un sentido porque a saber, qué dirección llevaba el coche en el momento del accidente y las vueltas que dio sin control hasta quedar en el lugar en el que estaba. Inspeccionamos la carretera hasta una distancia considerable por cada lado, recorriendo también los laterales que no estaban asfaltados.

—Ni rastro —confirmó Adrián reuniéndose conmigo e hice una mueca porque nos íbamos a ir como habíamos llegado, sin nada.

—Es imposible que no llevara encima el documento de identidad.

—Si fuera de aquí te diría que sí porque a veces salimos con lo puesto haciendo recorridos cortos y rápidos, pero siendo un turista...

—Dudo que lo fuera, seguramente tenía otro destino y solo pasaba por aquí.

—Estamos conjeturando cosas que ni por asomo vamos a acertar. Se acabó. —Empezó a caminar hacia la camioneta.

—Espera. —Lo frené.

—¿Qué?

—El maletero, a lo mejor hay algo. —Me acerqué a él.

—No te das por vencida, ¿eh? —negó.

—Ya que estamos aquí. —Me encogí de hombros—. Es lo único que nos falta por mirar.

—Ahora vengo. Voy a la camioneta a por lo que necesito para romper la cerradura. No creo que nadie se queje por unos bollos más.

Sonreí siguiéndolo con la mirada, hasta que regresó a mi lado con una caja de herramientas. De ella sacó una llave y un punzón largo, con los que se dedicó a darle golpes al cierre. Escuchamos el clic y al instante el ruido del portón contra suelo, quedando encajado.

—¿Qué es eso? —Me incliné hacia un lateral por donde sobresalió...

—Ropa, una maleta. Se ha abierto al caer —confirmó Adrián agachándose para arrastrarla hacia él—. Solo hay ropa de mujer. —Buscó mis ojos, frunciendo el gesto.

—¿No hay ningún equipaje más?

—Que haya caído no, espera. —Se tiró al suelo y volvió a arrastrarse—. Sí —confirmó.

Cuando salió de debajo lo hizo con una pequeña mochila, la que abrió mostrando más ropa, pero en ese caso de hombre.

—¡No puede ser que fuera con una mujer! —Empecé a mirar nerviosa el largo de la carretera, en las dos direcciones

—Zoe, es imposible. La hubieran encontrado durante estos días. Yo mismo he pasado incontables veces por esta carretera —negó intentando tranquilizarme.

—Solo me centré en el interior del coche, Adrián —Tragué saliva ante la posibilidad—. ¿Y si salió despedida y cayó lejos?

—No lo insinúes, ¿vale? Hiciste todo lo que pudiste. Ni las condiciones ni la visibilidad estaban para aventurarte : más. Diste prioridad a lo que encontraste, punto.

—Pero si salió disparada —susurré sin podérmelo quitar de la cabeza.

—La luneta no está rota —lo descartó.

—Entonces... —Centré los ojos en la maleta pequeña que contenía la ropa de mujer.

—Entonces puede haber cientos de posibilidades. —Se encogió de hombros—. Nos llevamos todo esto, andando.

Asentí mientras lo veía guardar de cualquier manera todo lo que había quedado esparcido por el suelo, dejando la maleta cerrada. Con ella y con la mochila a cuestas se dirigió hacia la camioneta, dejándolo en los asientos traseros. Silbó hacia mí cuando se subió frente al volante.

En silencio caminé sin poderme quitar la pesadez que sentía, teniendo un torbellino por dentro que no aflojaba, el que aumentó al alejarnos. Recosté la cabeza hacia atrás, dejando la mirada perdida en el paisaje mientras me hacía más preguntas de las que había tenido. Adrián antes de dirigirse al trabajo para continuar, porque había hecho una pausa, me dejó en mi casa y me despedí de él hasta el día siguiente.

—Peque, voy a pedirle a Rober que compruebe la matrícula, ¿vale? —mencionó a su amigo policía— Aunque fuera alquilado sabremos la información por el contrato.

—Perfecto, gracias —sonreí inclinándome para darle un beso antes de salir.

En la actualidad, en el hospital...

Entré en la habitación donde estaba el hombre sin nombre ingresado y saludé a la enfermera que hacía su trabajo junto a él.

—¿Cómo va? —pregunté mientras dejaba el bolso encima de una silla.

—Por ahora como ayer, sin novedades.

—Ya. —Centré la mirada en el paciente.

—Ahora aviso a Levi de que estás aquí, no falta mucho para que termine su turno —asentí agradeciéndoselo.

Se fue de la habitación después de hacer varias anotaciones. Colgué el bolso en la silla y la acerqué a la cama, sentándome en ella. Esa vez no hablé como solía hacer nada más entrar, me mantuve en silencio observando lo inmóvil que estaba. ¡Cómo si eso hubiera cambiado en algún momento desde que lo conocí!

a

Solté un suspiro recostándome en la silla, repasando el perfil de su cara, pensativa. Era un hombre atractivo, a pesar de las condiciones en las que se encontraba quedaba a la vista. Tenía las facciones marcadas con la barba crecida de unos días. Yo misma se la quité hacía ya varios de ellos. Quizás, sí, me había tomado alguna que otra confianza y no sabía cuál sería el pensamiento del hombre cuando abriera los ojos.

Tampoco iba a decírselo. No era algo para tener en cuenta porque bajo mi punto de vista, solo había querido que se viera mejor dentro de la gravedad en la que estaba. Ya que no abría los ojos y no podía hacerlo él... me había tomado la libertad, pero únicamente en ese tema.

Levi me pilló con las manos en la masa cuando lo afeitaba, lo que pude hacer gracias a que una enfermera, que conocía del pueblo, me facilitó lo necesario. Por lo demás, siempre que entraba en la habitación, aparte de hablar en voz alta, me mantenía a cierta distancia de él, observándolo.

Debo decir que no salió indemne de mi atrevimiento, alguna marquita le quedó, pero oye, siendo mi primera vez tampoco iba a pedir más. Demasiado bien lo dejé, como al principio. Mi amigo se cachondeó de mí mientras le colocaba por la cara trocitos de papel, diciéndome que al final tendría que volver a operarlo para arreglar el desastre. Entre risas me acompañó en todo momento hasta que finalicé.

Tenía tantas preguntas, las que no sabía si algún día llegaría a hacer. No en el sentido de que no despertara, sino porque seguramente no me atrevería en el instante en el que abriera los ojos. ¿Con qué derecho querer indagar? Con ninguno porque una cosa era interesarme por cómo le sucedió el accidente y otra muy diferente, ir más al fondo de otros temas que no me pertenecían saber. Solté un suspiro por todo lo que pasaba por mi cabeza y me levanté para ir hacia la ventana.

El cielo estaba completamente despejado, parecía mentira lo que habíamos vivido. La calma tan ansiada es lo que se respiraba con la normalidad de siempre, las dos un poco relativas para mí.

Solté un suspiro recostándome en la silla, repasando el perfil de su cara, pensativa. Era un hombre atractivo, a pesar de las condiciones en las que se encontraba quedaba a la vista. Tenía las facciones marcadas con la barba crecida de unos días. Yo misma se la quité hacía ya varios de ellos. Quizás, sí, me había tomado alguna que otra confianza y no sabía cuál sería el pensamiento del hombre cuando abriera los ojos.

Tampoco iba a decírselo. No era algo para tener en cuenta porque bajo mi punto de vista, solo había querido que se viera mejor dentro de la gravedad en la que estaba. Ya que no abría los ojos y no podía hacerlo él... me había tomado la libertad, pero únicamente en ese tema.

Levi me pilló con las manos en la masa cuando lo afeitaba, lo que pude hacer gracias a que una enfermera, que conocía del pueblo, me facilitó lo necesario. Por lo demás, siempre que entraba en la habitación, aparte de hablar en voz alta, me mantenía a cierta distancia de él, observándolo.

Debo decir que no salió indemne de mi atrevimiento, alguna marquita le quedó, pero oye, siendo mi primera vez tampoco iba a pedir más. Demasiado bien lo dejé, como al principio. Mi amigo se cachondeó de mí mientras le colocaba por la cara trocitos de papel, diciéndome que al final tendría que volver a operarlo para arreglar el desastre. Entre risas me acompañó en todo momento hasta que finalicé.

Tenía tantas preguntas, las que no sabía si algún día llegaría a hacer. No en el sentido de que no despertara, sino porque seguramente no me atrevería en el instante en el que abriera los ojos. ¿Con qué derecho querer indagar? Con ninguno porque una cosa era interesarme por cómo le sucedió el accidente y otra muy diferente, ir más al fondo de otros temas que no me pertenecían saber. Solté un suspiro por todo lo que pasaba por mi cabeza y me levanté para ir hacia la ventana.

El cielo estaba completamente despejado, parecía mentira lo que habíamos vivido. La calma tan ansiada es lo que se respiraba con la normalidad de siempre, las dos un poco relativas para mí.

Capítulo 7



—Tierra llamando a Zoe. —Escuché a Levi y me giré hacia él, sonriendo.

—Hola.

—¿En qué pensabas? Te he llamado varias veces. —Llegó al centro de la habitación.

—En nada en particular, me he quedado embelesada mirando el exterior.

—Ya. —Levantó una ceja—. ¿Tomamos un café?

—Claro. —Fui hacia la silla, colgándome el bolso—. ¿Cómo ha ido?

—Tranquilo, la verdad —me respondió pasando un brazo sobre mis hombros cuando salimos—. ¿Qué? ¿Sabes algo nuevo del paciente? ¿Te ha contado algún secreto?

—Por supuesto, hemos tenido una charla intensa e interesante, ¿lo dudas? —Le seguí la broma.

—Mmm... ya le leeré la cartilla porque conmigo no hay manera de que el tío se suelte —dijo serio y reímos.

—¿Le han hecho pruebas nuevas? ¿No hay ninguna novedad? —Quise saber mientras bajábamos las escaleras hacia la sala de las máquinas de café.

—Sí, por eso estoy todavía aquí, espero los resultados. Será lo último que haga hasta dentro de unas horas.

—Vale, pues me quedo hasta que los tengas —asentí.

—Puedo llamarte. —Levantó una ceja.

—No tengo nada mejor que hacer. —Me encogí de hombros.

—Lo dudo, pero me voy a callar —negó.

—Sí, ya veo lo callado que estás —sonreímos—. Pues no dudes tanto que es lo que hay. Hoy no me apetece hacer nada, me voy a dedicar a estar en casa hasta que vuelva aquí.

—¿Vas a venir más tarde? —Me miró de reojo cuando pulsaba el botón para que el primer café se hiciera.

—Ese es el plan —aseguré.

—Zoe...

—No empieces tú también, ¿vale? —Lo dejé con la palabra en la boca.

—Ya te ha leído la cartilla Adrián, otra vez.

—No me ha leído nada, solo se ha quejado, que por lo visto es lo único que sabe hacer referente a mis visitas al hospital. —Bufé—. Gracias —dije cuando me ofreció el vaso.

—Se preocupa por ti, como el resto. —Carraspeó.

—Joder, ni que estuviera haciendo algo peligroso.

—Un poco es lo que está pasando. —Empezó a caminar hacia una mesa cuando tuvo el suyo en la mano. Lo seguí.

—¿Me ves diferente? ¿Qué me va a pasar? Tenéis cada cosa. —Bufé.

Nos sentamos mirándonos directamente, haciendo una pausa para analizarnos. Bueno yo no lo estaba haciendo hacia él, pero por su parte...

—Tú no lo ves, pero esta situación te ha afectado. No me lo niegues, tienes dependencia hacia ese hombre. —Me señaló con el palito de remover el azúcar—. Entiendo que fuiste tú la que lo encontraste e hiciste todo por salvarle la vida, poniéndolo a salvo, y que te dé pena el que esté solo, pero...

—Estáis muy pesados con lo mismo. —Cerré los ojos, negando—. Claro que lo veo, sé muy bien interpretar mis emociones y es exactamente como has dicho, pero eso no quiere decir que se me esté yendo la cabeza, Levi. La tengo muy bien puesta, solo necesito seguir haciendo lo mismo hasta que abra los ojos y después buscarle una solución a su problema de identidad.

—¿Entonces vas a seguir así? ¿Rober no le ha dado una respuesta a Adrián? —Lo último lo preguntó porque estaba al corriente de que mi hermano le había pedido el favor a su amigo policía para que averiguara a nombre de

quién estaba el coche que quedó para el desguace.

: —Pues sí, es lo que quiero y lo hago, se acabó. No hay más —me sonrió con cariño, negando—. Todavía no, pero no creo que se demore mucho. —Hice una mueca—. Tampoco hay prisa, total, no ha despertado. ¿Cuándo darás la orden de quitarle la sedación?

—A ver si hay suerte y todo se aclara antes de que despierte. Pues depende cómo salgan las pruebas, lo meditaré. Ya no te digo nada más sobre el tema.

—¡Aleluya! —Levanté los brazos reaccionando a que iba a dejarme tranquila.

—Tampoco te pases. —Rio—. No me has dejado terminar porque la coletilla que continuaba es «hasta mañana».

—Ahórratelo porque siempre vas a escuchar lo mismo. ¿Estás muy cansado? ¿Te apetece ir a comer juntos? ¿A qué hora te incorporas?

—¿No me has dicho que hoy no te apetecía salir de casa?

—¿No se puede cambiar sobre la marcha? Jolín, estáis muy susceptibles. Después me decís a mí, pero el problema va más dirigido a vosotros. —Le di un sorbo al café haciendo una mueca al ser el primero.

—¿Por qué te empeñas en seguir tomándolos? —Rio al ver mi cara de asco.

—Por no hacerte el feo. —Le saqué la lengua—. Ya podríamos haber ido a la cafetería.

—¿Por qué no me lo has recordado? —negó divertido— Tengo tantas cosas en la cabeza que ni me he acordado. Venga, me apunto para ir a comer. No me incorporo hasta mañana. —Se recostó en la silla, pensativo.

—¿Y eso? —Fruncí el gesto.

—Hoy me han dado una sorpresa. —Hizo una mueca que no supe si era para bien o, al contrario.

—¿Te han echado? —Agrandé los ojos.

—¿Cómo van a hacer eso? —Rio.

—Ah, yo que sé. ¿Entonces?

—Esta tarde se incorpora una cirujana en mi especialidad.

² —Vaya, por fin tus súplicas han caído del cielo —me alegré por él porque era muy necesario.

—Pues sí. Mañana la conoceré, plantearemos los turnos y todos los detalles para cuadrarnos.

—¿Y qué vas a hacer con tanto tiempo libre a partir de ahora? —Apoyé los brazos en la mesa, divertida al ver su expresión.

—Dormir, seguir durmiendo, atender a mi estómago cuando me lo pida y a mis necesidades, seguir durmiendo. Esa es la rueda. —Hizo un guiño.

—Me encanta tu plan. —Reímos—. Me alegro mucho, era demasiado para ti solo. Se habrá trasladado porque de tu especialidad no había nadie a muchos kilómetros a la redonda.

—Eso parece, como dices me ha caído del cielo. —Hizo un guiño.

—Mientras que no te caiga encima y te chafe. —Apreté los labios para no reír.

—Bueno, según como sea, puede hacerlo en la posición correcta. —Soltó una carcajada.

a—¿Tú mezclando el trabajo con el placer? No lo veo.

—Ya somos dos, era una broma. —Se encogió de hombros—. Voy a ver si ya están los resultados —dijo incorporándose. Hice lo mismo.

—Nos vemos en la habitación.

—¡Cómo no! —Me miró de reojo y se ganó una mirada fulminante con la que hizo el gesto de cerrarse la boca.

—Calladito siempre has estado más guapo —asentí conforme.

—Auch, eso ha dolido, ¿eh? —Esa vez la que se ganó algo fui yo, una colleja suave.

—Tú estás forjado en piedra, puedes con ello —dije cuando llegamos a la planta, corriendo hacia la habitación. Me colé dentro y le saqué la lengua.

Otro día que pasaba sin novedades, así me lo hizo saber Levi cuando me dio encuentro. No se había quedado convencido con los resultados, por lo que el hombre sin nombre continuó dormido, recuperándose. Nosotros decidimos ir a buscar a Olga para comer en un restaurante, a la que despertamos. Nos quedó claro en cuanto abrió la puerta.

Al día siguiente, el domingo, no salí de casa. Fueron varias las llamadas que recibí porque era un cambio en mi rutina, y me las hicieron extrañados. Y es que empecé a encontrarme mal al final del día anterior. Un resfriado,

nada del otro mundo, pero se me complicó por la noche y me dejó noqueada entre la cama y el sofá sin ganas de moverme más de lo necesario.

Cinco días después recibí por fin la noticia. Era viernes y estaba recogiendo la mesa de mi oficina cuando Levi me llamó y para mi sorpresa, me comentó que había llegado el momento. «Por todo lo que ha supuesto para ti, sal del trabajo y ven directa hacia el hospital. Hace un rato que he ordenado que le quiten la sedación», esas fueron sus palabras y lo que yo hice, sin entretenerme.

—¿Cuánto tiempo tardará...? —pregunté al lado de mis amigos, Olga y Levi, junto a la cama.

—Puede variar más o menos de tiempo, pero no falta mucho.

—¿Eres optimista? —susurré.

—Siempre, otra cosa es con lo que me encuentre. A pesar de que los resultados de las pruebas ya muestran normalidad, es imposible saber si...

Se quedó callado y yo que lo estaba mirando seguí el gesto que hizo con la cabeza, hacia delante. Contuve el aire al ver los ojos abiertos del paciente, los que en ese instante nos observaban casi sin pestañear. Eso cambió cuando los movió hacia todo lo que lo rodeaba, sin cambiar la postura de su cuerpo.

—Hola —dije dando un paso hacia delante, llamando su atención.

Y reaccionó centrando la vista en mí. Tragué saliva empezando a ponerme nerviosa, no porque no me reconociera porque lógicamente no lo haría, pero se veía desorientado, fuera de lugar, como si no supiera dónde estaba ni qué hacía ahí. ¿No se acordaba del accidente? ¿De nada? ¿Lo peor había sucedido?

Levi me agarró de una mano y tiró de mí hacia atrás. Quise buscar las respuestas en sus ojos, pero en ese instante no me prestaba atención a mí, solo al paciente que a pesar de que mi amigo se adelantó poniéndose a su lado, no apartó la vista de mí.

Sentí el brazo de Olga rodearme la cintura y lo agradecí por lo nerviosa que me sentía, dejando caer un poco el peso de mi cuerpo contra el suyo.

nada del otro mundo, pero se me complicó por la noche y me dejó noqueada entre la cama y el sofá sin ganas de moverme más de lo necesario.

Cinco días después recibí por fin la noticia. Era viernes y estaba recogiendo la mesa de mi oficina cuando Levi me llamó y para mi sorpresa, me comentó que había llegado el momento. «Por todo lo que ha supuesto para ti, sal del trabajo y ven directa hacia el hospital. Hace un rato que he ordenado que le quiten la sedación», esas fueron sus palabras y lo que yo hice, sin entretenerme.

—¿Cuánto tiempo tardará...? —pregunté al lado de mis amigos, Olga y Levi, junto a la cama.

—Puede variar más o menos de tiempo, pero no falta mucho.

—¿Eres optimista? —susurré.

—Siempre, otra cosa es con lo que me encuentre. A pesar de que los resultados de las pruebas ya muestran normalidad, es imposible saber si...

Se quedó callado y yo que lo estaba mirando seguí el gesto que hizo con la cabeza, hacia delante. Contuve el aire al ver los ojos abiertos del paciente, los que en ese instante nos observaban casi sin pestañear. Eso cambió cuando los movió hacia todo lo que lo rodeaba, sin cambiar la postura de su cuerpo.

—Hola —dije dando un paso hacia delante, llamando su atención.

Y reaccionó centrando la vista en mí. Tragué saliva empezando a ponerme nerviosa, no porque no me reconociera porque lógicamente no lo haría, pero se veía desorientado, fuera de lugar, como si no supiera dónde estaba ni qué hacía ahí. ¿No se acordaba del accidente? ¿De nada? ¿Lo peor había sucedido?

Levi me agarró de una mano y tiró de mí hacia atrás. Quise buscar las respuestas en sus ojos, pero en ese instante no me prestaba atención a mí, solo al paciente que a pesar de que mi amigo se adelantó poniéndose a su lado, no apartó la vista de mí.

Sentí el brazo de Olga rodearme la cintura y lo agradecí por lo nerviosa que me sentía, dejando caer un poco el peso de mi cuerpo contra el suyo.

Capítulo 8



Él (nombre desconocido)

Abrir los ojos y encontrarme de golpe con el impacto de estar en un hospital no es agradable, y más si le sumas que no tenía ni puñetera idea del motivo por el que estaba allí. Intenté mover partes del cuerpo que no me reaccionaron como quería, con la mente en blanco, sin entender la situación que tenía delante.

Me costó ubicarme y salir del desconcierto de estar en una cama de hospital, casi inmovilizado porque me sentía acartonado, con unas sensaciones a las que me costaba darle nombre... no pude hacer otra cosa que mirar de un lado al otro todo lo que los ojos me daban en los movimientos.

Cuando los había abierto lo primero en lo que había enfocado la vista era en un hombre y dos mujeres, dos de ellos del hospital por las batas que tenían puestas, la otra iba vestida de calle. La preocupación que me devolvió la mirada de la última me había llamado la atención, junto al hola que había pronunciado en mi dirección.

Joder, hasta me pregunté si la conocía porque no caía en quién era.

—¿Cómo te encuentras? —Desvié la vista de ella, centrándola en el hombre—. Mi nombre es Levi, soy uno de los cirujanos que te operó. Tu recuperación ha estado a mi cargo.

Fruncí el gesto mientras intentaba aclararme la voz o encontrarla. Quería hablar, pero me costaba coordinar. ¿Me habían operado? ¿De qué? Joder, ¿qué había sucedido? Cerré los ojos por unos instantes, intentando echar mano a mis recuerdos y los abrí de golpe, sobrepasado, al darme cuenta de que no encontré nada en mi cabeza que aportara un poco de luz a lo que me había dejado en una cama de hospital.

—¿Quieres un poco de agua? —Volvió a hablar y asentí al ofrecimiento, notando al hacerlo todas las extremidades sensibles.

Con su ayuda me mojé los labios varias veces, hasta que bebí sorbos pequeños que fueron como la mayor de las delicatessen.

—¿Puedes hablar? —Volvió a la carga el doctor.

—Sí —conseguí decir despacio, en tono muy bajo y con la voz ronca.

—Perfecto, muy bien —asintió curvando los labios—. ¿Te acuerdas de lo que te sucedió? —negué y la mueca que mostró no me hizo sentir mejor— ¿De nada o solo de la parte final del accidente? Necesito hacerte estas preguntas —dijo arrastrando un taburete, sentándose a mi lado.

—¿He tenido un accidente?

—Así es y muy grave —confirmó.

—¿Cuánto?

Sorprendido me quedé cuando empezó a explicarme lo que me había sucedido. Dejé de mirarlo fijando la vista en el techo. Todo lo que dijo era como si no fuera conmigo. No me perdí ningún detalle sabiendo lo grave que había estado, las intervenciones que me habían realizado y la lucha de mi cuerpo por regresar.

—¿Cómo te llamas?

—¿Qué? —Lo miré.

—No tienes documentación. Llegaste sin nada. —Fruncí el gesto.

—Mi cartera... —Carraspeé.

—No ha aparecido —intervino la chica que iba vestida diferente—. Ni en el coche en el que ibas.

Quise mover los brazos y me pesaron una tonelada. Lo conseguí con movimientos muy lentos, subiéndolos hasta dejar las manos en la cabeza. La palpé con cuidado.

—Solo queda la cicatriz. El pelo ya ha empezado a rodearla y apenas se aprecia visualmente —habló el doctor.

—La tengo —confirmé rozándola, sintiendo la zona muy sensible.

—Vamos a lo importante, ¿ok? —asentí mirando de reojo a la chica que no formaba parte del hospital. Se removió entre los brazos de la otra que supe que se llamaba Olga al presentarse antes de continuar— Necesito que me digas si sabes cómo te llamas y todo lo que te venga a la mente sobre tu vida, da igual el dato que sea o si no lo crees importante. El objetivo de esto es saber hasta qué punto tu cabeza funciona bien. ¿Lo entiendes? Si necesitas tiempo puedo hacerte las preguntas primordiales y continuar más tarde.

Pensativo, así me quedé intentando con fuerza recabar todos los datos que me estaba pidiendo, y ni mi nombre, ni las vivencias que había tenido hasta antes de que me sucediera el accidente, vinieron a mí. Mi agobio fue en aumento, dejándome en evidencia delante de todos cuando los minutos pasaron y no fui capaz de pronunciar ni una palabra, con un vacío monumental.

e

s—No pasa nada —intervino el doctor—. Déjalo, si te agobias es peor.

—Pero... —Tragué saliva, preocupado.

—No tiene que significar nada, no pienses en lo peor. Acabas de despertar después de que tu cuerpo pasara por un duro golpe. A veces se necesita un poco más de tiempo para asentarlo todo, no es la primera, ni será la última vez. que la cabeza reacciona pasado un tiempo, encajando las piezas.

—¿Estás seguro? —habló la chica que tenía peor cara que los otros dos, en la que dejé centrada la vista.

—No es una ciencia exacta. —Se giró el doctor hacia ella, agarrándole de una mano.

—Ya —susurró tragando saliva.

Entrecerré los ojos porque su actitud...

—¿Te conozco? —pronuncié.

—¿Eh? —Buscó mis ojos—. No, no tienes por qué hacerlo —negó varias veces—. Nunca nos habíamos visto antes del accidente.

—¿Y por qué actúas como si...?

—¿Le importaras? Lo haces, porque fue ella la que te rescató —habló la enfermera, Olga.

La miré sorprendido, pasando la mirada de unos a otros cerciorándome de que era verdad.

—Atendió tu accidente, te sacó el coche y te trajo al hospital salvándote la vida porque en las condiciones en las que llegaste no hubieras durado mucho tiempo. Se arriesgó porque fue directa hacia a ti en unas condiciones muy difíciles, sin tener la obligación de hacerlo —continuó el doctor—. No te acuerdas, pero tu accidente lo provocó una tormenta como nunca habíamos vivido, la que dejó mucho destrozo a su paso.

;

o—No fue nada. —Le quitó importancia la chica.

s

Fijé la vista en ella, analizándola a conciencia. Se removió nerviosa ante mi observación sin perder el contacto de la enfermera.

—Gracias —susurré desconcertado por todo lo que estaba sabiendo.

—No hay de qué —sonrió, pero fue un gesto tenso, nada parecido a una sonrisa natural—. Me alegro de que haya abierto los ojos, seguro que poco a poco recobrarás la memoria y estarás bien.

Asentí sin saber qué más decir.

—Te dejo descansar por ahora, voy a programar unas pruebas y en un rato vendrán a por ti. Tómalo con calma porque las prisas nunca son buenas —dijo el doctor dándome varios toquitos en una mano—. ¿Lo has sentido normal? —volví a asentir—. Olga, revísalo bien e infórmame de los detalles. —Se giró hacia la enfermera.

Después de la confirmación de ella se despidió de nosotros y me quedé a solas con las dos mujeres. La profesional retiró la sábana de mi cuerpo y empezó a trabajar mientras yo iba respondiendo a todas las preguntas que me hacía, por suerte, favorablemente, sin llevarme ningún otro sobresalto.

—Bueno, yo mejor me voy ya. Mi misión ya ha terminado —habló la chica que me había rescatado, dirigiéndose a la enfermera.

—Ahora no puedes irte. —Reaccionó la aludida y captó mi atención—. Con todo el tiempo que has pasado junto a él, hasta verlo despertar, no es justo para ti irte sin saber algo positivo de su estado.

—Está reaccionando bien —le respondió entrecerrando los ojos—. Lo de la cabeza ya ha comentado Levi que puede tardar un poco...

—¿No querías ayudarlo hasta el final? —continuó sonriente Olga.

—¿Por qué no te dedicas a hacer tu trabajo y te callas? —Reaccionó levantando una ceja.

—¿Has estado conmigo desde que me trajiste al hospital? —intervine al ver que podían alargarlo y yo no necesitaba saber.

—Sí —confirmó susurrando, centrándose en mí.

—Más que eso —murmuró la otra.

—¿Qué quieres decir? —pregunté desconcertado hacia la enfermera que era quien había hablado la última.

—Ya está, Olga —dijo en tono alto la otra chica, provocando que la mirásemos a la vez.

—Cariño...

—He dicho que se acabó. —Hizo una mueca—. Bastante tiene. —Me señaló—. Ahora lo único importante es que sepa quién es y que recupere sus recuerdos. Espero que consigas las dos cosas. —Se centró en mí otra vez.

s

—Gracias —susurré—. ¿Tu nombre?

—Zoe —sonrió tensa—. Espero que pronto pueda hacerte la misma pregunta y sepas decirme la respuesta —asintió.

Sin decir nada más se giró cogiendo un bolso de una silla y se fue dejando la habitación en silencio, hasta que la enfermera, Olga, lo rompió.

l—Que no salga de aquí porque me mata, pero ha estado muy preocupada por ti. No se ha separado desde que te trajo al hospital —dijo mientras continuaba haciendo su trabajo.

—¿Por qué? —Quise saber intrigado, después de responderle un sí a la pregunta de si sentía la zona que me estaba tocando.

—Porque es así. —Se encogió de hombros, sonriéndome—. Tuviste mucha suerte de que fuera ella la que diera contigo.

—No le he agradecido eso, nada de lo que ha hecho. —Tragué saliva mirando hacia la puerta.

—No hace falta, si lo haces le quitará importancia. —Se encogió de hombros sin perder la sonrisa—. Ya he terminado. Las reacciones de tu cuerpo son las que deben ser, tienes sensibilidad en todos los puntos clave. Durante estos días un fisioterapeuta ha estado dándote masajes para mantener los músculos activos, aun así, has perdido mucho. En cuanto Levi, perdón, el doctor, lo confirme, empezarás a levantarte y asistir a las clases de recuperación, personalmente.

Asentí sintiéndome cansado y cerré los ojos, superado por el impacto de todo lo que me había enterado en un espacio breve de tiempo.

—Descansa. —Entreabrí los ojos al escucharla—. El calmante ya empieza a hacer efecto. Todo irá bien. —Me apretó una mano.

Esa sensación fue la última que noté, dejándome llevar otra vez por la oscuridad, en la que por lo visto había estado mucho tiempo.

Capítulo 9



Zoe

—¿Te vas sin despedirte? —Me sobresalté al escuchar a Levi.

Me giré para buscarlo, encontrándolo apoyado en la pared. Me encogí de hombros como respuesta provocando que levantara una ceja.

—Vamos a por un café. —Pasó por mi lado.

—No me apetece. —Hice una mueca.

—De la cafetería.

—Ah, vale, entonces sí —me animé a ello porque lo último que necesitaba era echarme una bomba al estómago de una de las máquinas de la sala.

Rio mientras me ponía a andar a su lado. Me sentía muy removida por dentro, en un principio me había ilusionado, pero la felicidad del principio, al ver los ojos del hombre abiertos no había tardado en evaporarse al darme de frente con la realidad. Por ese motivo Levi me estaba esperando para que no me escapara, para hablar conmigo sobre ese tema, bien lo sabía sin necesidad de que dijera nada al respecto.

Nos dirigimos hacia la cafetería, pedimos dos cafés con leche en condiciones y regresamos sobre nuestros pasos hacia la sala, para tomárnoslos con calma y estar más cerca de su área de trabajo.

—¿Cómo estás? —Empezó nada más ocupar una silla.

—Bien. —Me encogí de hombros haciendo lo mismo.

—Voy a empezar de nuevo. —Carraspeó—. ¿Cómo estás Zoe? —Se recostó en la silla, mirándome atentamente.

—¿Qué quieres que te diga? —negué.

—La verdad, ya lo sabes —sonrió—. Soy yo, en cuanto no me la digas lo sé, así que...

—Ha sido chocante, no esperaba, no había pensado... sabía que la posibilidad estaba, me lo has repetido muchas veces, pero aun así, quería conservar la esperanza y no pensar en el peor resultado.

—El peor resultado hubiera sido que hubiera muerto en el accidente y no fue así gracias a ti.

—Con eso no vale. —Busqué sus ojos, con los míos brillantes.

—Lo que he dicho dentro de la habitación no es mentira. —Se inclinó hacia delante, agarrándome una mano—. La mente es un campo tan complicado que nadie puede predecir cómo puede reaccionar y evolucionar. —Me acarició.

—¿Y si nunca le llegan los recuerdos? ¿Y si nunca puede saber lo que ha vivido hasta ahora? Tanto lo bueno como lo malo... tiene un pasado que lo espera en algún lugar para seguir en él —hablé con la voz tomada.

—Cariño, nadie lo sabe. —Hizo presión en mi mano y bajé la vista hacia nuestro contacto, sintiendo las primeras lágrimas deslizarse por mis mejillas—. Si ese es el caso, tendrá que crear nuevos recuerdos a partir de ya, por muy duro y difícil que suene e injusto, para quien forma parte de su historia. Está vivo, respira, eso es lo único importante porque la cabeza es como una telaraña, con muchos caminos que van tejidos hasta llevar a un punto central, el que lo sostiene todo. Cada parte es vital y alberga datos importantes de nosotros mismos.

—¿Te has encontrado algún caso así? —Levanté la cabeza.

Se tomó un tiempo para responderme, retirándome las lágrimas con una sonrisa triste, hasta que asintió haciéndome soltar el aire.

—¿Y? —Me removí nerviosa.

—El que yo viví hace unos años no ha recuperado la memoria hasta el día de hoy, pero... —me apretó la mano— conozco más de uno que llevaron compañeros de profesión en otros hospitales, en los que los resultados fueron idénticos al de él y los pacientes lo consiguieron poco a poco.

—¿Cómo se le puede ayudar? ¿Cómo se hace para...?

—Nada.

—¿Cómo que nada? —Agrandé los ojos.

—La cabeza va por libre, Zoe. Una vez sana en el sentido de superar el traumatismo y las operaciones, nadie puede propiciar que se le active de una manera u otra. Si se le agobia será peor, si él mismo sobrepasa el querer saber, se bloqueará y puede retrasar o incluso anular las posibilidades de recuperarse.

—Solo tiene que empezar de nuevo... —susurré.

—Exacto. Ahora está desconcertado por todo y él mismo con su desesperación por recordar conseguirá el efecto contrario. Es de humanos, es un proceso que no se puede evitar al haberlo olvidado todo, bloqueando lo primordial. Calma, tiempo... no hay otro camino. Le costará entenderlo, pero llegará un punto en el que tendrá que aceptarlo, sin más.

—Pero su familia... debe tenerla y estarán preocupados. —Tragué saliva.

—¿Adrián no sabe nada todavía?

—No, hoy iba a ver a Rober. —Dejé la vista fija en la taza.

—Pues esperemos a saber cómo va, no adelantemos nada. —Acercó su silla y pasó un brazo por encima de mis hombros, apretándome contra él.

/

Así nos quedamos durante un buen rato, bebiendo de nuestros cafés mientras nos reconfortábamos los dos. Yo con miles de pensamientos en la cabeza que me atormentaban, él sabiendo perfectamente lo que sucedía en mi mente, manteniéndose a mi lado respetando mi silencio.

—Estáis aquí. —Giramos los dos la cabeza hacia la puerta, al escuchar a Olga.

—¿Todo bien? —le preguntó Levi.

—Sí —asintió sentándose a nuestro lado—. Sus reacciones son buenas, ahora está Nando con él —se refirió al fisioterapeuta.

—Eso es bueno. —Cogió aire Levi.

—Pues sí, al menos podrá salir por sus propios pies de aquí —confirmó Olga—. Cariño...

—Estoy bien, solo ha sido el *shock* que me he llevado —sonreí.

—¿Por qué no vas a verlo?

—Ya no —negué y sentí la mirada de reojo de Levi, pero seguí atenta hacia Olga.

—¿Por qué? Llevas haciéndolo...

—Estaba dormido, no era consciente. Eso ya ha cambiado.

—No le hará ningún daño que estés. —Me frotó el brazo mi amigo.

—Ya lo sé, pero puede confundirlo y lo vital es que empiece una normalidad por él mismo, hasta que encuentre lo que necesita en su interior —susurré.

—¿Estás segura? —insistió Olga, haciendo una mueca— Ha preguntado por ti.

—¿Lo ha hecho? —Tragué saliva al verla asentir, sonriendo— Lo estoy —negué triste—. Inventaros algo por mi ausencia, no sé... Por mi parte se acabó el estar aquí a no ser que sea para veros a vosotros. —Me encogí de hombros.

—Ahora te necesitará más que antes —dejó caer Levi.

—No lo creo, ya se vale por sí mismo. —No quise ceder, aferrándome a lo que pensaba que era lo correcto.

—Como quieras —asintió serio—. Igualmente, si las pruebas vuelven a salir bien, poco tiempo se mantendrá aquí aunque venga a las visitas con Nando cuando las programe.

—Sobre los resultados, creo que no queda mucho para que te los den. Se lo han llevado antes de que Nando llegara —confirmó Olga.

—Lo imagino, las he puesto como urgentes —dijo pensativo Levi.

—Yo me voy ya —hablé dándole el último sorbo al café, levantándome.

—¿Quieres que te llame para...? —empezó a decir Levi siguiendo mis movimientos.

—Sí. —No lo dejé terminar y sonrió, asintiendo—. Dime cómo salen, solo eso.

—Pues nos vamos todos, mi descanso también ha acabado. —Se levantaron los dos.

Me acompañaron hasta la salida y me despedí con abrazos y besos, hasta la noche porque me propusieron salir a cenar y después a tomar algo. Acepté porque me vendría bien despejarme y salir del encierro de mi casa. Olga fue la primera en alejarse, quedándonos Levi y yo en la zona de las ambulancias.

—¿Cómo va con tu compañera nueva? —Ladeé la cabeza y levanté una ceja al ver su reacción a mi pregunta—. No me has dicho mucho desde que se incorporó.

—No te he dicho nada. —Rio, contagiándome—. Tampoco hay mucho que decir.

—Detecto un poco de...

—Ni lo digas, que nos conocemos —me cortó.

—Por eso mismo —afirmé divertida.

—No coincidimos mucho, normalmente antes de que llegue ya me he ido.

—¿Y eso por? Que yo sepa te gusta dejarlo todo bien atado, informando de tus pacientes.

—Lo hago, pero todo por escrito —se justificó.

—Creo que alguien va a saltarse su regla número uno. —Reí.

—No creas tanto que vas muy desencaminada —negó serio.

—Eres como un libro abierto para mí, como las páginas que me he releído mil veces y aunque sé lo que a va a pasar, no puedo evitar seguir hacia delante. ¿Cómo se llama? Ni eso me has dicho.

—Amber. Lo único importante es que su profesionalidad la respalda, sabiendo eso y cómo se mueve por el hospital haciendo su trabajo, tengo suficiente.

—Vamos que todos están encantados con ella menos una parte de ti. Me pregunto cuál será y por qué. —Fruñí los labios para no volver a reír.

—Tú y tus preguntas. —Me giró para que me fuera, empujándome, lo que provocó que no aguantara más la risa y soltara una carcajada—. Nos vemos a la noche. —Se despidió dándome un beso en el pelo sin dejar que me alejase.

Cuando sentí que ya no me sujetaba me giré hacia él, pero solo vi su espalda entrando en el edificio. Negué sabiendo interpretarlo perfectamente y expectante por conocer a la tal Amber, la que había provocado mucho en mi amigo. Con un suspiro me fui caminando hacia la camioneta, la que había dejado bien aparcada en la calle del hospital. Cuando llegué a ella me subí y no puede evitar mirar hacia el hospital, pensativa mientras me despedía mentalmente del motivo que me había llevado cada día, incluso varias veces, a traspasar sus puertas.

Arranqué sintiendo un vacío que me costó digerir, intentando apartar de mi cabeza lo que había vivido últimamente.

—Se acabó —dije en alto, soltando un suspiro antes de empezar a circular.

Una llamada en el móvil me distrajo, la que se conectó a la camioneta. No tardé en escuchar la voz de Adrián, mi hermano, y sonreí por el saludo que me dio. Su tono de voz cambió en el instante en el que yo contesté, al identificar que algo me sucedía.

—Se acabó —dije en alto, soltando un suspiro antes de empezar a circular.

Una llamada en el móvil me distrajo, la que se conectó a la camioneta. No tardé en escuchar la voz de Adrián, mi hermano, y sonreí por el saludo que me dio. Su tono de voz cambió en el instante en el que yo contesté, al identificar que algo me sucedía.

Capítulo 10



Seis días después de despertar...

Él (nombre desconocido)

Sentado en la cama tenía la vista fija en la ventana. Había llegado el momento, no faltaba mucho para tener el alta y salir del hospital que había sido mi casa durante mucho tiempo. Había vivido los días más desconcertantes de mi vida. Qué gracia, ¿verdad? Como si pudiera recordar si había pasado por algo que hubiera provocado en mí las mismas sensaciones.

Una mierda recordaba, seguía con la mente en blanco por muchos intentos que había hecho para que cambiara. Hasta dolores de cabeza me habían entrado intentado encontrar algo que no se había dado. Solté un suspiro y me levanté de la cama, cogiendo mi supuesta ropa que habían lavado y dejado doblada encima de una silla, con la que llegué al hospital.

Ni ella me resultaba familiar. La extendí sobre la cama, mirándola fijamente por si llegaba algo a mí. Otra mierda bien grande porque solo vi un bóxer, calcetines, un jersey, una chaqueta y un pantalón al que le habían arreglado una pierna. Pasé una mano por el parche que le habían colocado, sabiendo que se rompió en el accidente, por lo que me comentó la enfermera que la dejó en mi habitación. Estaba a la altura de la cicatriz que tenía.

Lo agarré todo y me dirigí hacia el baño, para vestirme. Por suerte las sesiones intensivas con el fisioterapeuta habían surtido efecto y ya caminaba bien, pocas más me quedaban según me informó. El primer día que me hizo levantarme por poco me voy al suelo, si no hubiera sido porque él reaccionó rápido, cogiéndome al estar a mi lado, lo habría hecho.

Era increíble la fuerza que se perdía en la musculatura cuando pasabas más días de los debidos sin utilizarla, postrado en una cama. Como digo ya podía moverme con normalidad, por lo que me vestí rápido y salí a la habitación, yendo hacia la ventana para esperar de pie porque estaba harto de estar cerca de una cama.

—¿Cómo va? —Escuché la voz del doctor, Levi, a mi espalda y me giré para quedar de cara a él.

—Bien, si se puede decir. —Terminé carraspeando.

—Claro que sí, lo estás. —Me hizo un guiño apoyándose en la cama, cruzándose de brazos—. ¿Te notas con fuerzas?

—Por ese lado, sí —asentí.

—Perfecto. He hablado con Nando y solo tiene dos visitas más programadas, después serás libre.

—Sí, me lo comentó ayer. ¿Libre para qué? No tengo ni puñetera idea hacia dónde dirigirme. —Me froté la cara.

—Sin agobios.

—¿Cómo se hace eso? Porque yo no consigo una mierda de nada —solté un suspiro pasándome una mano por el pelo, notando la cicatriz.

i—Sé que es complicado.

—¿Alguna vez has perdido la memoria? ¿Todos tus recuerdos que componen tu vida?

—No, lo siento —negó—. Pero es mi profesión y por desgracia lo he vivido de cerca y de lejos, por eso te digo que sé que es complicado. Haz lo que te he dicho varias veces, no está todo perdido. Las pruebas que te he realizado hasta ayer salen perfectas, date tiempo.

—Lo sé, gracias por todo. —Cogí aire.

—No me las des —sonrió—. ¿Qué vas a hacer cuando salgas de aquí?

—Ni idea. —Hice una mueca—. Por no tener no tengo ni dinero, a saber, dónde mierda se perdió mi cartera. Si al menos la tuviera podría saber algo de mí y empezar a tirar de hilos.

—Está a punto de llegar una persona que ha intentado buscar tu identidad. —Centré la mirada en él, frunciendo el gesto.

—¿Quién? —Di un paso hacia delante.

—Es...

—Hola —saludó un hombre parándose en la puerta de la habitación.

—Ah, aquí está. —Se incorporó el doctor, yendo hasta él—. Te presento a Adrián, es el hermano de Zoe. —Se

acercaron los dos hacia mí.

—Zoe —repetí.

—Así es —confirmó el aludido.

Levantó una mano hacia mí como presentación y llevé la mía a su encuentro, correspondiéndole.

—¿Sabes quién soy? —pregunté expectante para escuchar su respuesta.

—Lo único que he podido averiguar, gracias a un amigo —carraspeó—, es que el coche en el que tuviste el accidente era de alquiler y estaba a nombre de una empresa. —Se llevó una mano a la chaqueta y sacó un papel, dándomelo—. Aquí está escrito.

Lo agarré y lo leí. Ni puñetera idea tuve después de hacerlo varias veces, ni un mísero recuerdo me trajo a la mente.

—No he llamado. —Levanté la cabeza, centrándome en él—. He preferido que lo hagas tú.

—¿Ves? Ya tienes algo por lo que empezar. —Me apretó un hombro el doctor y asentí volviendo a centrar los ojos en el pequeño papel.

—Algo es algo —susurré.

—Me alegro de verte así —habló Adrián.

—Gracias —sonreí tenso—. Tu hermana... —Empecé, pero me callé mirándolos a los dos.

Uno sonrió, Levi, el otro, bueno, digamos que levantó una ceja, interpretarlo como queráis.

—Ha dejado de venir por ti —interrumpió el silencio Levi.

—¿Por mí? —Fruncí el gesto.

—No quería confundirte en tu camino de recuperar los recuerdos. —Se encogió de hombros.

—¿En serio? —dije desconcertado.

—Desde el primer momento siempre ha querido lo mejor para ti —comentó Adrián, mirando de reojo a Levi.

No me pasó desapercibido que había hablado por un codazo del doctor, más que nada porque no fue muy

disimulado.

—Me gustaría... —Pasé la vista de uno a otro.

—¿Sí? —Me animó a continuar Levi.

—No sé, se fue sin tener la oportunidad de agradecerle todo lo que hizo por mí.

—Se da por agradecida —dijo rápido Adrián, ganándose otro codazo.

—¿Hay algún problema? —Entrecerré los ojos.

—Para nada —respondió rápido Levi, pero no lo miré porque de él lo esperaba. Del que no aparté los ojos fue del que me había traído una pequeña pista a seguir, de Adrián, porque mi pregunta iba dirigida a él.

—Supongo que no. —Terminó diciendo, soltando un suspiro—. No tengo nada en contra de ti, de verdad, pero mi hermana ha estado muy involucrada contigo y no quiero que salga dañada.

—Yo no haría nada para que eso sucediera. —Reaccioné extrañado.

—¿Cómo lo puedes saber? Hasta que no recuperes la memoria... —susurró.

—Entiendo —asentí apretando la mandíbula, guardándome el papel en un bolsillo del pantalón tejano.

—Te repito que no tengo nada en contra de ti —se justificó al ver mi expresión.

—Has dejado claro tu punto de vista. Puede que no recuerde una mierda, pero sé diferenciar lo que me encuentro ahora.

—No he querido ser grosero, solo me preocupo por lo mío —contraatacó serio.

Asentí porque hasta cierto punto lo entendía, me refiero a la protección que mostraba hacia su hermana, porque era lo de que le fuera a hacer daño... pensativo me quedé analizando el significado de su reacción y el motivo de sus palabras. Tengo que decir que me importaron poco, por no decir una mierda, ya lo he dicho, es lo que había. No encontraba que fuera hacer un daño por ir a verla y agradecerle en persona el haberme salvado la vida y el haber estado tan pendiente de mí en todo momento.

Cualquiera con corazón tendría el mismo impulso que me nacía y que pensaba llevar a cabo para seguir avanzando en mi recuperación. Era de dejar las cosas cerradas, no me gustaba dejar nada pendiente ni al azar... un momento, me dije agrandando los ojos.

—¿Qué sucede? —Se acercó extrañado hasta mí Levi.

—Acabo de tener un pensamiento de cómo suelo actuar —respondí abriendo los ojos más de lo normal.

—Eso está muy bien, claro que sí, joder. —Me felicitó con una sonrisa, apretándome un hombro.

—¿Y cuál ha sido? —se interesó Adrián.

—Que me da igual lo que pienses, voy a hacer lo que creo que es correcto y ello me lleva hasta tu hermana. No soy de dejar las cosas sin decir ni hacer. Ahí lo llevas.

Levi soltó una carcajada y el otro se quedó con una ceja levantada, pero sorprendentemente con los labios curvados por lo que acababa de escuchar.

—Vamos, que vas a pasar por encima de mi amigo y te va a sudar todo —continuó riendo Levi.

i

—Más o menos. —Carraspeé intentando no unirme a él en las risas—. Ahora soy yo el que te digo que no tengo nada en contra de ti.

—Me gusta —confirmó Levi dándome un golpecito en la espalda, más que satisfecho.

—¿Dónde la puedo encontrar? Estoy perdido por completo, no sé hacia dónde dirigirme, ni siquiera puedo ir a ningún hotel para pasar la noche. Yo que sé. —Empecé a agobiarme otra vez, frotándome la cara.

—Por lo último no te preocupes. —Llamó mi atención Adrián—. Entre Levi —lo señaló con un gesto de la cabeza— y yo hemos hecho una hucha. Ahora te dará el dinero él para que puedas moverte hasta que hagas la llamada a esa empresa. Tendrás suficiente para empezar, te durará bastante.

—No sé qué decir. —Tragué saliva, mirándolos a los dos emocionado.

—Nada hombre, solo faltaría. —Le quitó importancia Levi—. No te íbamos a dejar en la calle sin nada y perdido.

l

—Muchas gracias —negué frotándome los ojos.

—Sin nada, no —intervino Adrián.

—¿Cómo?

1—Tengo una maleta y una mochila, las que llevabas en el maletero del coche con el que tuviste el accidente.

—¿En serio? —Cogí aire.

—Sí, pero la maleta contiene ropa de mujer. —Fruncí el gesto intentando averiguar por qué y a quién pertenecía.

—Iba yo solo... —susurré.

—Sí, es una incógnita más que tendrás que averiguar —asintió Adrián—. Pero al menos espero que la mochila fuera tuya, ahí tienes ropa.

Asentí desconcertado, dejando la vista ida por unos segundos, hasta que el movimiento de Levi captó mi atención cuando se dirigió hacia la cama y cogió una carpeta de la que sacó un folio.

—Toma —dijo ofreciéndomelo, después de escribir en él—. Esta es la dirección de Zoe.

Antes de aceptárselo miré de reojo a Adrián, su hermano, y al comprobar que no hacía nada y no modificaba el gesto, lo cogí, leyéndolo. No es que fuera a saber dónde era, pero bueno, lo hice por instinto.

—Os tengo que dejar por el trabajo. —Carraspeó Adrián—. Te he dejado en el despacho de Levi los equipajes. Espero que consigas todo lo que necesitas y no me refiero a mi hermana. —Levantó una ceja siendo más fuerte que él el no callarse sobre el asunto.

—Gracias. —Esa vez le ofrecí la mano yo, la que aceptó—. Aunque no estoy de acuerdo con todo lo que has dicho —aclaré y los dos supieron perfectamente hacia donde iban dirigidas mis palabras.

Levi volvió a reír ganándose una mirada feroz de Adrián. Poco le importó porque reaccionó peor, sin poder pararse a hacerlo. Con un bufido Adrián se giró y nos dejó solos.

—No se lo tengas en cuenta —habló cuando se calmó—. Yo también adoro a Zoe, es como una hermana pequeña para mí, pero no le voy a negar lo que está deseando y se ha privado por tu bien. Su hermano la protege mucho, es su única familia de sangre y darían la vida el uno por el otro, para que entiendas su postura. Está intranquilo desde el primer momento por cómo le afectó a Zoe la situación, por cómo la llevó al involucrarse tanto.

—No quiero ni voy a hacerle daño —murmuré.

—Lo sé, pero lo que tú no puedes saber, porque todavía no eres consciente de tu vida, es si esa implicación que ella tiene se verá afectada por tus vivencias, ¿entiendes?

—Lo hago —asentí comprendiéndolo.

—Si no estuviera seguro de tus buenas intenciones, en la vida te habría facilitado nada. Espérame aquí, voy a por la tarjeta del banco, ahí hemos metido el dinero.

—Levi. —Lo paré antes de que desapareciera.

—¿Sí?

—¿Lo está deseando? —pregunté con dudas, refiriéndome al detalle que había dicho sobre Zoe.

No me contestó, simplemente me hizo un guiño y sonrió de oreja a oreja. Me quedé pensativo, mirando fijamente la dirección que me había facilitado mientras caminaba otra vez hacia la ventana. Aparté los ojos del papel y los llevé hacia el exterior.

No podía estar más agradecido porque dentro de todo lo malo que me había sucedido, había tenido la gran suerte de dar con personas que me habían ayudado y seguían haciéndolo, y de qué manera... fue mi pensamiento mientras dejaba vagar la mirada.

,
,
,

—Levi. —Lo paré antes de que desapareciera.

—¿Sí?

—¿Lo está deseando? —pregunté con dudas, refiriéndome al detalle que había dicho sobre Zoe.

No me contestó, simplemente me hizo un guiño y sonrió de oreja a oreja. Me quedé pensativo, mirando fijamente la dirección que me había facilitado mientras caminaba otra vez hacia la ventana. Aparté los ojos del papel y los llevé hacia el exterior.

No podía estar más agradecido porque dentro de todo lo malo que me había sucedido, había tenido la gran suerte de dar con personas que me habían ayudado y seguían haciéndolo, y de qué manera... fue mi pensamiento mientras dejaba vagar la mirada.

Capítulo 11



Zoe

—¡Ya está perfecto! —grité hacia arriba.

Álvaro estaba colgado de una escalera comprobando mi tejado. Por cuarta vez, sí, así se lo había ordenado Adrián

—Yo quiero vivir en paz con tu hermano y no temer a que se cuele en mi casa. No sé tú, pero si tengo que revisar tu tejado y toda la estructura de la casa cien veces, ahí voy con todo el instrumental —respondió divertido.

—¡Qué cruz! —Puse los ojos en blanco, dándolos a los dos por imposible.

—Con todo lo que digas estoy de acuerdo, preciosa —rio mientras subía un poco más—, pero es lo que hay.

Iba a responderle cuando el sonido de un motor me hizo girar para mirar en su dirección. Observé cómo un taxi se acercaba hasta donde estábamos. Intenté ver quién ocupaba el interior, pero solo conseguí distinguir a Pedro, uno de los taxistas de la zona. Cuando paró a cierta distancia, sin bajarse, me saludó con un gesto de la mano, el que le correspondí. Escuché a Álvaro bajar y llegar a mi lado, momento en el que silbó saludándolo también.

Sorprendida me quedé cuando una de las puertas traseras se abrió, por la que salió la persona que menos esperaba ver y mucho menos donde me encontraba, en mi casa. El hombre que había rescatado del accidente se quedó apoyado en ella, observando hacia nosotros.

—Vaya, esto no lo esperaba —comentó Álvaro.

—¿Lo conoces? —Giré la cabeza hacia él.

—Sí —me hizo un guiño—. Alguna vez que otra he acompañado a tu hermano al hospital, lo único que no lo he visto en ninguna ocasión despierto.

—¿Adrián también ha ido a visitarlo? —Me asombré porque no me había comentado nada al respecto y no me

había cruzado con él las veces que yo había estado.

—Sí, su corazoncito así se lo pedía —afirmó divertido y negué emocionada.

—Lo tiene muy grande —confirmé lo que los dos sabíamos.

—Demasiadas cosas tiene grandes. —Soltó una carcajada a la que me uní.

—Hola. —Llamó nuestra atención el invitado sorpresa y nos centramos en él, viéndolo delante, a poca distancia.

—Hola, ¿cómo va tío? Me alegro de verte de pie. —Álvaro se adelantó hasta él, ofreciéndole una mano.

—Bien, gracias —respondió aceptándosela.

—No esperaba... —Tragué saliva sintiendo un nudo en la garganta con los ojos puestos en él, encontrándome con los suyos.

Durante unos segundos nos quedamos en silencio, sin apartar la vista.

—Interesante —soltó Álvaro.

—¿El qué? —Captó mi atención.

—Nada, solo digo que es interesante. ¿Habéis visto que día tan maravilloso hace? Fíjate, un pájaro sobrevolando nuestras cabezas. —Señaló hacia arriba.

—¿Qué dices? —Levanté las dos cejas.

—Lo obvio. —Soltó una carcajada, acercándose a mí—. Te dejo, preciosa, tienes que atenderlo como sabes. —Me hizo un guiño inclinándose para darme un beso.

—Ves mirando hacia arriba no vaya a ser que el pájaro descargue sobre tu cabeza. Solo digo lo obvio —comenté provocando que soltara otra carcajada cuando se alejaba hacia la camioneta, después de despedirse del invitado.

Me quedé callada mientras se subía a ella y cantarín, porque se puso a cantar, arrancó y empezó a ir marcha atrás, alejándose de nosotros divertido, pero se paró.

—Por cierto, un dato importante por si no cae saco roto —gritó sin perder la sonrisa—. Soy Álvaro que no te he dicho mi nombre, amigo de Zoe, de Adrián, de Levi... puedo continuar, pero la lista es bastante larga. Pues eso —levantó una mano como última despedida—, recuerda, solo amigo.

Quedándose a gusto, por la expresión que mostró, giró el volante y cambió la dirección encarándose hacia el camino de tierra. En ese momento me di cuenta de que Pedro, el taxista, también se había ido y empecé a ponerme nerviosa al ser consciente de que nos habíamos quedado a solas los dos.

—Me ha quedado claro que es amigo de todos —cortó el silencio él.

—Sí, como para no hacerlo —sonreí tensa—. ¿Qué haces aquí?

—Bueno —soltó un suspiro desviando los ojos hacia la casa—, con el desconcierto de despertar y de todo lo que me encontré —buscó mi mirada, la que seguía atenta a él—, no te agradecí lo que hiciste por mí. Gracias por todo Zoe.

—No hacía falta —negué avergonzada—. No fue nada.

1 —Lo fue todo —me rectificó serio, metiéndose las manos en los bolsillos.

—Vale —asentí aceptándolo—. Me alegro de verte así —sonreí—. Estás muy bien, quiero decir que te ves muy bien, bueno... —Me quedé cortada y me callé para no seguir empeorando como estaba sonando.

—Sé lo que quieres decir. —Curvó los labios al ver mi apuro—. Acabo de salir del hospital y lo primero que quería hacer es esto

Ante mi sorpresa acortó la distancia conmigo y me rodeó con los brazos. Me quedé rígida al sentir su contacto. A pesar de sentirlo porque fue muy evidente, no me soltó como si me diera tiempo a recomponerme, lo que hice poco a poco, relajándome al entender su muestra de cariño y agradecimiento. Moví los brazos para aceptar con el mismo gesto que había tenido al abrazo.

—Si no fuera por ti, no estaría aquí —susurró sin separarse, lo que provocó que el vello se me erizara.

—Si no hubiera sido yo, lo habría hecho cualquier otro —respondí en el mismo tono, sin saber qué más decir.

—Lo dudo. He tenido un buen informador durante estos días, Levi. Me lo ha explicado al detalle. —Se separó sonriendo, pero la tristeza se reflejaba en su cara.

—Ya, fue una situación de mucho caos. Durante varios días no aflojó de intensidad. ¿Quieres...? —Señalé hacia la casa y asintió.

Me giré hacia ella y empecé a caminar seguida por él. No conseguía quitarme el desconcierto que su presencia me había provocado, sin conseguir actuar como era yo. Entramos y le ofrecí que me esperara en el salón mientras yo iba hacia la cocina.

—¿Qué prefieres? ¿Un café, un refresco u otra cosa? —pregunté antes de entrar en ella. Eran las diez de la mañana, yo lo tendría claro, pero...

—Un café.

—¿Te acuerdas de tus gustos? —me dio por preguntar. Tragué saliva, indecisa al aventurarme a hacerlo.

—Sí —asintió—. Sé que me gusta el café y varias cosas más. —Curvó los labios y me quedé un poco ida por la expresión que mostró, lo que me llevó a reaccionar con una pregunta sin sentido.

—¿Por qué te lo han ofrecido en el hospital? No respondas. —Hice varios gestos con las manos—. Es una tontería, he hablado sin pensar porque sé muy bien el menú que ponen. —Puse los ojos en blanco provocando que ampliara la sonrisa.

—Muy variado no es, la verdad. Lo sé de antes y por la hora que es, me apetece —afirmó.

—Marchando. —Di una palmada, satisfecha con esa información.

Cuando dejó de verme solté un suspiro, apoyándome en la encima con los ojos cerrados.

—Mierda, tengo que medir las palabras que suelto. —Me presioné la frente.

—No tienes por qué hacerlo. —Di un respingo por su respuesta, al pensar que estaba sola en esa zona.

—Lo siento. —Lo miré apurada.

—No pasa nada. —Se encogió de hombros—. Es normal que digas lo que consideras una rutina, yo como no la recuerdo...

—¿Quieres ayudarme a prepararlos? —Cambié la dirección de la conversación.

Asintió y se acercó hasta mí. Encendí la cafetera y mientras se calentaba le pedí que sacara dos tazas pequeñas de un armario y yo fui hacia la nevera a por la leche, cogiendo cuando regresaba las cucharillas.

Yo hice uno, él hizo el otro y de esa manera, coordinados, los dejamos listos y fuimos hacia el salón después de calentarlos un poco, sentándonos en el sofá.

—No todo se me ha borrado del disco duro —empezó a hablar—. Podría decir que ahora mismo tengo memoria muy selectiva —dijo en tono gracioso.

»He dejado apartados los recuerdos vivos de mi vida, pero referente a gustos y otras cosas simples no tengo ningún problema en saberlo. Levi me ha dicho que no me desespere —cogió aire—, que no todo está perdido.

»Mañana tengo que ir a verlo, me ha propuesto una terapia que puede ayudarme a avanzar. Sé que mi caso lo tiene intrigado —negó—, es raro que no recuerde ninguna de las cosas pasadas, aunque fuera en la adolescencia, yo que sé...

—Confía en él. Es el mejor y solo quiere ayudarte —susurré.

—No tengo duda de ello —sonrió sin mirarme, centrando en el café—. ¿Sabes que tu hermano me ha dado una pista que puedo seguir? El nombre de una empresa. Por lo que se ve el coche en el que iba era alquilado y estaba a nombre de ella.

—Sí —confirmé porque estaba informada de todos los detalles, lo que me alegró mucho en cuanto Adrián me llamó para comentármelo.

Sucedió en el mismo instante en el que salió de reunirse con Rober. Su amigo policía localizó a quien pertenecía el vehículo, una empresa de alquiler, y ese dato lo llevó a contactar con ella y así conseguir a nombre de quién se había hecho el contrato.

—Le estoy muy agradecido, a todos. —Giró la cabeza hacia mí.

—Todo lo que hemos hecho es lo mínimo que podíamos hacer. —Me encogí de hombros quitándole importancia.

—No lo creo, quizás el salvarme sí, pero ¿el resto? Lo dudo —negó fijando la mirada en el televisor—. Hasta me han dado una tarjeta con dinero antes de salir del hospital, él y Levi, para que tenga con lo que subsistir, incluyendo ropa, la que supuestamente llevaba conmigo cuando tuve el accidente —negó.

—También lo sé —sonreí—. ¿Has localizado la empresa?

—No me he atrevido todavía, ni siquiera a eso, aunque tampoco tengo teléfono para poder hacerlo —soltó un suspiro dejando la taza encima de la mesa pequeña que teníamos enfrente—. Si te soy sincero me da miedo abrir la puerta a los recuerdos y no encontrarlos, aunque lo intente. Quiero, pero me paraliza para no llevarme otro palo

—Pero cuando consigas el número, dónde llamar y lo hagas, seguro que saben decirte algo. A lo mejor trabajas en esa empresa y te facilitan tu nombre con todos los datos, incluida tu cuenta bancaria, hasta puede que conozcan parte de tu vida llevándote hasta tu familia —susurré—. Todo es empezar. Estoy convencida de que se llevarán una sorpresa más que gratificante y alegre por el tiempo que has pasado desaparecido.

—Todo lo que dices lo he pensado. —Apoyó los codos en las piernas y dejó caer la cabeza en las manos, pasándoselas por el pelo varias veces.

—¿Quieres hacer la búsqueda en mi móvil? —sugerí por si al estar acompañado encontraba más fuerzas para llevarlo a cabo.

Levantó la mirada hacia mí. Me removí nerviosa sin saber si me había sobrepasado por la expresión que me transmitió, cuando el único motivo por el que lo había propuesto era para ayudarlo al saber cómo debía sentirse. Perdido por completo en tantas emociones que debían estar superándolo, así me sentiría yo.

—¿Por qué te comportas así conmigo? —dijo serio.

—¿Cómo? No quería sonar... yo...

—No te inquietes, no lo digo a malas ni te estoy recriminando nada, solo faltaría... me refiero a lo pendiente que estás de mí, desde el principio, a que siempre quieres ayudarme, incluso dejando de ir a verme al hospital para no confundirme. —Se incorporó quedándose sentado, girando en el sofá hasta quedar cara a cara.

Me sentí inquieta por todas las sensaciones que me provocaba, sin entender muchas de mis reacciones porque no me reconocía en ellas. No pude responderle porque en mi mente empecé a buscar las respuestas correctas a sus dudas. Ni yo sabía el motivo, ¿qué iba a decirle? Pues estaba claro, la única verdad que había.

Levantó la mirada hacia mí. Me removí nerviosa sin saber si me había sobrepasado por la expresión que me transmitió, cuando el único motivo por el que lo había propuesto era para ayudarlo al saber cómo debía sentirse. Perdido por completo en tantas emociones que debían estar superándolo, así me sentiría yo.

—¿Por qué te comportas así conmigo? —dijo serio.

—¿Cómo? No quería sonar... yo...

—No te inquietes, no lo digo a malas ni te estoy recriminando nada, solo faltaría... me refiero a lo pendiente que estás de mí, desde el principio, a que siempre quieres ayudarme, incluso dejando de ir a verme al hospital para no confundirme. —Se incorporó quedándose sentado, girando en el sofá hasta quedar cara a cara.

Me sentí inquieta por todas las sensaciones que me provocaba, sin entender muchas de mis reacciones porque no me reconocía en ellas. No pude responderle porque en mi mente empecé a buscar las respuestas correctas a sus dudas. Ni yo sabía el motivo, ¿qué iba a decirle? Pues estaba claro, la única verdad que había.

Capítulo 12



Él (nombre desconocido)

—Dime, Zoe ¿por qué? —insistí sin dejar de observarla.

—Voy a ser sincera, sí, eso voy a ser —habló y me pareció que lo hacía para ella misma, autoconvenciéndose, lo que me hizo gracia, pero no lo mostré—. No lo sé. —Se encogió de hombros.

—¿Ya está? Pensaba que me ibas a soltar un discurso trascendental. —Apreté los labios, intentando ocultar la diversión.

—A ver —soltó un suspiro, removiéndose en el sofá y poniéndose en la misma posición que yo—. Es que no lo sé, aunque en todo este tiempo he llegado a una conclusión.

—¿Cuál?

—Creo que al rescatarte me sentí responsable de ti y más al estar indefenso y sin poder valerte por ti mismo. Sentí...

—¿Qué? —Me acerqué un poco más hacia ella, sin que se notara mucho porque pareció como si me acomodara.

—Una conexión. —Tragó saliva, desviando la mirada hacia un lado—. He estado presente en tu vida porque no podía evitar ir al hospital y atenderte con lo que yo pudiera hacer durante los ratos en los que estaba. Solo con saber que nadie iría a sustituirme... hasta te afeité. —Me miró arrugando la nariz.

—¿Lo hiciste? —Me sorprendí, pero a pesar del asombro combatí por no reír al ver la mueca que hizo.

—Sí, pero solo una vez, es que eso —señaló hacia mi cara—, tiene que picar. Bueno nunca he tenido barba, pero era la sensación que daba ahí acumulada.

—Nunca me ha picado, pero gracias —dije divertido.

—No es por nada, pero tampoco creo que te dieras cuenta. —Carraspeó y reí—. No me las des porque la inexperiencia y el atrevimiento me llevaron a dejarte alguna que otra marquita. —Juntó dos dedos entre nosotros, dejándomelo más claro y negué divertido.

—No me refería estando en la cama de hospital, sino a... oh, joder. —Me puse rígido.

—¿Qué? —Se acercó a mí.

—Que lo he dicho porque recuerdo un momento concreto. Me he visto frente a un espejo, afeitándome con barba de varios días.

—¿Sí? ¿Y qué más?

—Nada. —Fruncí el gesto intentando recuperarlo—. Nada, mierda. —Me froté la cara—. ¿Será porque soy un egocéntrico?

—¿Qué dices? —dijo con voz ahogada.

—No sé, solo me he visto yo —negué.

—¿Y qué querías ver? Estábamos hablando de barbas y de afeitar. Es lógico, eres el protagonista de tu vida. ¿Cuántas veces lo habrás hecho? Bufff... —Hizo un gesto gracioso, el que me hizo sonreír.

—Es un avance —aseguré y asintió emocionada.

La observé a conciencia, recorriendo todas las facciones de su cara. Me transmitía algo a lo que no sabía ponerle nombre, pero que era muy bien recibido y aceptado, haciéndome sentir... la miré más intensamente, me salió solo ante los pensamientos que estaba teniendo y a la conclusión que acababa de llegar, pero lo bloqueé a propósito.

Seguí sus movimientos cuando se levantó cortando el momento. Nerviosa y en silencio caminó por el salón, hasta que desapareció por el pasillo. Me incliné hacia la taza de café, dándole un buen sorbo, perdido en mis pensamientos. Me pregunté hasta qué punto también sentía el vínculo del que había hablado. ¿Eso era posible? Yo había estado inconsciente, sin ver lo que me rodeaba ni saber lo que sucedía.

Ni puñetera idea si podía darse, pero la conexión que estaba sintiendo hacia ella me tenía removido por dentro, aunque intentara no mostrarlo. Me había pillado por sorpresa porque esa vez, en su casa, era la primera que estábamos compartiendo más tiempo juntos, hablando y relacionándonos. La anterior no contaba al volver de la oscuridad porque entre el desconcierto y lo descolocado que estuve, y que solo se quedó junto a mí pocos minutos hasta que se fue...

Aunque siendo sincero conmigo mismo debo decir que desde que abrí los ojos, encontrándome con el doctor, la enfermera y ella, la única que captó más mi atención fue Zoe. En ese instante sin saber el motivo ni todo lo que ella había hecho por mí, simplemente fue la que se llevó más mi inspección, sin apartarla, aunque a veces estuviera atento a las voces que me hablaban, como la de Levi. Incluso en esos instantes, la sentía muy presente sin hacerse notar. Ni puñetera idea, a lo mejor, aunque había estado sedado algo en mí había reconocido su tono de voz, quizás si me habló al encontrarme herido mi subconsciente...

Cuando escuché sus pasos cerca giré hacia ella. Levantó un móvil y me lo ofreció cuando volvió a sentarse a mi lado, subiendo las piernas encima del sofá.

—Todo tuyo, para que hagas la búsqueda —dijo al ver que no hacía nada, solo lo sujetaba entre las manos.

—Tengo que hacerme con un móvil —solté un suspiro—. Aunque no sé para qué, no tengo a nadie para agregar a la lista de contactos —negué.

—Te grabas el mío y ya tienes el primero, junto al de la empresa que vas a buscar ahora. —Me centré en ella que me miraba sonriente—. Eso para empezar, no dudo de que no tardarás en llenarlo de contactos, ya verás.

—No quiero utilizar el dinero que me han dado tu hermano y Levi para eso, necesito dejarlo para sobrevivir hasta que...

—Por algún rincón debo tener uno antiguo que todavía tiene que funcionar, pero claro, se nos está pasando por alto el dato más importante, aunque podrías utilizarlo con una nueva. La tarjeta, si consiguieras la tuya, la que tenías... eso sí que sería bueno porque a través de ella podrías saber todos tus contactos, aunque esa rueda creo que no se dará ahora mismo —murmuró de carrerilla—. No encontramos ningún teléfono en el coche ni en tu ropa, ojalá, porque hubieras tenido hace tiempo un poco de luz.

—Por lo visto lo perdí todo, joder. —Bufé—. O a lo mejor soy de esos que casi no existen, los que rehúsan la tecnología.

—No lo creo —dijo pensativa—, qué mínimo que para hacer llamadas y recibirlas, ¿no?

—Sí —sonreí apoyando un brazo en el respaldo, dejando caer la cabeza en la mano. Me sentía tan tranquilo y a gusto a su lado... —. Recordar mi número no lo voy a hacer, por lo tanto... si no sé cómo me llamo anda que voy a conseguirlo —sonreí tenso—. Con este de momento tengo más que suficiente, gracias —dije levantando el suyo

Al primer contacto con él móvil me había quedado en blanco mirándolo, pero mis dedos terminaron moviéndose solos por la pantalla. Dejé que actuaran sobre él y todo se dio con una normalidad que me hizo pararme, preguntándome si eso es lo que tenía que suceder con todo lo que estaba intentando buscar sin descanso.

Entonces recordé las palabras de Levi, las que me había repetido varias veces: *«No puedes forzar nada, lo más*

importante es que dejes fluir todo, absolutamente todo, hasta la forma en la que haces las cosas. A veces, cuanto más quieras calcularlo, peor es el resultado. Fluye, déjate llevar sin pensar y tú mismo irás dándote cuenta de que te llevarás más de una sorpresa. Lo tienes todo en la cabeza, aunque no lo sepas ver, las experiencias, las rutinas, solo tienes que esperar el momento en el que salgan a la luz por sí solas».

—¿Estás bien? —Parpadeé varias veces al escuchar su voz porque me había quedado ido.

—Sí, he recordado algo.

—¿De verdad? —Se inclinó hacia delante, expectante.

—De Levi. —Fruncí los labios.

—Ah, vale. ¿Ya lo tienes? —Quiso saber desviando el tema para no darle importancia, asomándose encima del móvil.

Curvé los labios viendo solo su cogote por lo atenta que se quedó inclinada sobre él. Hasta con esa parte me quedé medio lelo, mandaba narices. Al ver que no le respondía ni hacía nada con los dedos levantó la cabeza para mirarme. No pude evitar, ni quise, la intensidad con la que conecté con sus ojos, los que quedaron muy cerca de los míos por la posición que había tomado.

—Sí, creo. He tecleado el nombre, pero no he mirado el resultado —susurré.

—¿A qué esperas? —insistió en el mismo tono de voz que yo había utilizado.

—Zoe...

—Dime.

Frené mis palabras porque no tenía ningún derecho a soltar lo que quería decir, recordando la conversación con Adrián y Levi, y, sobre todo, el significado que tuvo referente a Zoe. Yo tenía una vida fuera de allí, a saber, cuál y a qué distancia, pero la tenía y no era justo para ella que yo... ¿qué? Joder, quise besarla en ese instante y faena tuve para retener el impulso de agarrarla de la nuca y atraerla hacia mí para probar la suavidad de sus labios.

Increíble lo que me estaba haciendo sentir y las reacciones que me provocaba, notando la dichosa conexión tirando fuerte, lo que me dificultaba pensar con claridad. Hasta que carraspeé y bajé la mirada hacia el móvil. Sentí su mirada durante unos segundos más y maldije por no poder hacer lo que deseaba.

—Se ve grande —comenté entrecerrando los ojos, dejando el móvil entre los dos con la imagen de la empresa que correspondía al nombre.

—Es de arquitectura —dijo deslizando la pantalla leyendo los detalles—. ¿Te recuerda a algo? —murmuró sin apartar los ojos de la información.

—No —respondí tranquilo, mirando de reojo sus facciones.

Dos tontos parecíamos al esquivarnos, al estar evitándonos sin atrevernos. Mierda, tuve un cúmulo de sensaciones que tuvieron como resultado que atrajera a mi mente unas imágenes salteadas e intermitentes, pasando a gran velocidad por mi cabeza sin poderlas retener, las que me dejaron claro de que, de la forma en la que estaba actuando no era yo. Supe perfectamente que en otra situación habría actuado totalmente diferente a como...

Tragué saliva al darme cuenta de que había tenido más *déjà vu* estando junto a ella, en un corto espacio de tiempo que en todo el que llevaba con los ojos abiertos y consciente. Interiormente me dije que estar a su lado me hacía bien, pero no podía ser, no podía hacerle eso porque si lo llevaba a cabo, si me mantenía cerca, lo que estaba pasando entre los dos iría a más y...

—Es de arquitectura —dijo deslizando la pantalla leyendo los detalles—. ¿Te recuerda a algo? —murmuró sin apartar los ojos de la información.

—No —respondí tranquilo, mirando de reojo sus facciones.

Dos tontos parecíamos al esquivarnos, al estar evitándonos sin atrevernos. Mierda, tuve un cúmulo de sensaciones que tuvieron como resultado que atrajera a mi mente unas imágenes salteadas e intermitentes, pasando a gran velocidad por mi cabeza sin poderlas retener, las que me dejaron claro de que, de la forma en la que estaba actuando no era yo. Supe perfectamente que en otra situación habría actuado totalmente diferente a como...

Tragué saliva al darme cuenta de que había tenido más *déjà vu* estando junto a ella, en un corto espacio de tiempo, que en todo el que llevaba con los ojos abiertos y consciente. Interiormente me dije que estar a su lado me hacía bien, pero no podía ser, no podía hacerle eso porque si lo llevaba a cabo, si me mantenía cerca, lo que estaba pasando entre los dos iría a más y...

Capítulo 13



—Aquí está el número de teléfono. —Su voz me trajo de vuelta a su salón, al sofá, teniéndola muy presente a poca distancia de mí.

Asentí al centrar la vista en lo que señalaba y pulsé encima de él. Ocupó en grande la pantalla, preparado para darle a icono de llamada. Cogí aire y me levanté del sofá, rodeando la mesa pequeña. Me giré hacia Zoe y sonreí tenso al ver su expresión emocionada. Le di a llamar y me llevé el móvil a la oreja, sintiendo los nervios recorrerme en cuanto los primeros pitidos empezaron a sonar.

Al apreciar la intranquilidad de Zoe, que no estaba mucho mejor que yo, lo separé de mí y activé el altavoz. Ya que había hecho tanto por mí, qué mínimo que hacerla participe de la conversación que iba a tener.

—Estudio Kevmar de arquitectura, buenos días. ¿En qué puedo ayudarle? —respondió una voz de mujer.

—Hola —dije empezando a moverme por el salón con el móvil a la altura del pecho—. ¿Podría pasarme con el responsable de la empresa?

—Oh, ¿puede volver a hablar? —preguntó alterada provocando que frunciera el gesto.

—Le he pedido si pude pasarme con alguien responsable de la empresa.

—Dios mío, ¿Kevin? ¿Eres tú? ¡Oh, dios mío!

—¿Kevin? —repetí parándome, buscando la mirada de Zoe que estaba atenta y se había levantado del sofá.

—Eh, perdón, ¿no te llamas así? Es que tu voz...

—Discúlpame, pero no sé... —Carraspeé—. Necesito hablar con alguien...

—Responsable de la empresa. —Terminó por mí.

—Así es.

—¿De parte de quién? —Quiso saber casi en un susurro.

—Déjame. —Se acercó hasta mí Zoe y agarró el móvil—. Buenos días, mi nombre es Zoe. Mi amigo y yo estamos interesados en contratar los servicios de su estudio y nos han recomendado hablar directamente con la persona encargada. Es urgente, por favor.

—Buenos días, sí, claro. Ahora mismo le paso. —La llamada se quedó en espera, sonando una música.

Cerré los ojos reaccionando a la melodía, sintiendo mi cuerpo vibrar, pero sin conseguir ver nada con claridad.

—Buenos días. —Sonó la voz de un hombre que me hizo enfocar la vista en el teléfono—. Mi nombre es Martín y soy uno de los arquitectos dueños del estudio. ¿En qué puedo ayudarla?

—Hola, soy Zoe. Sí, verá...

—¿Podría hablar el hombre que la acompaña? Mi empleada me ha comentado algo que necesito comprobar. — Los ojos de Zoe y los míos se encontraron. Ella asintió sonriente como si intuyera y adelantara lo que iba a suceder.

—Hola —hablé carraspeando, aclarándome la voz.

—¿Cómo se llama?

Me quedé sin saber reaccionar. ¿Qué mierda decía? ¿Que no lo sabía? ¿Que no tenía ni puta idea de algo tan personal?

—¿Es relevante?

—¿Kevin? —Se escuchó un ruido fuerte, el que me aclaró Zoe. Había sido una silla arrastrándose.

—Eres la segunda persona que me llama por ese nombre. —Tragué saliva interiorizándolo porque tanta coincidencia no podía haber, ¿no?

—Tío, déjate de bromas, joder. ¿Sabes cómo estoy desde que desapareciste? ¿Dónde mierda estás? ¿Qué te ha pasado? —habló de carrerilla, dejando ver lo nervioso que estaba— Cojones, háblame. No se te ocurra cortar, sé que eres tú, ¿me oyes? No entiendo nada de tu comportamiento. —Bufó.

—He tenido un accidente y no recuerdo nada —me justifiqué tranquilo porque daba a entender que era alguien importante en mi vida.

—¿Cómo? —gritó— No me jodas.

—Perdone —intervino Zoe—. Con quien está hablando no se acuerda de su nombre. Hemos contactado con su empresa porque era la que constaba en el contrato de alquiler del coche con el que tuvo el accidente.

—Mierda de empresa, esa que no tiene unos puñeteros GPS en los vehículos para localizarlos —soltó cabreado—
¿Es en serio? Quiero decir...

—Sí —continuó Zoe, dejando los ojos fijos en mí—. Perdió la memoria en el accidente o con las posteriores operaciones que le realizaron en la cabeza, no se sabe en qué momento sucedió o si una cosa empeoró a la otra.

—¿Quién eres tú?

—La que lo rescató y lo llevó al hospital. —Vi cómo se sonrojaba desviando la atención de mí, y a pesar de la tensión que me recorría, no pude evitar curvar los labios—. Ha salido hoy de él y está desubicado porque no sabe hacia dónde ir ni recuerda su pasado.

—No me lo puedo creer, joder —soltó un lamento—. ¿Kevin? Sé que eres tú, tío. Nos conocemos desde que entré en la secundaria en el colegio al que tú ibas. Mierda, llevamos más de media vida juntos, ¿me oyes? Háblame, por favor.

—Siento no... —cogí aire— siento no recordar nada. Espero que al haber dado contigo puedas aportarme un poco de luz.

—¿Luz? Un fogonazo vas a tener, joder, sí, podría decirte hasta la rutina en la que vas al baño a cagar.

A Zoe se le escapó una risilla moviendo los ojos hacia varios lados, todos menos hasta hacer contacto con los míos.

—Pues no sabes cómo me alegro de haber dado con tu empresa.

—¿Mi empresa? Es nuestra, tío, de los dos. La creamos nada más salir de la universidad. Eres un arquitecto reputado e imprescindible aquí. Tienes muchos proyectos importantes a tus espaldas y otros que se han quedado parados por el momento. El nombre Kevmar del estudio es una mezcla del tuyo y del mío, Kev de Kevin, Mar de Martín.

—¿De verdad? —Me sorprendí.

—Dime ahora mismo dónde estás y salgo pitando para allí. Cuando esté llegando te llamo.

—No tengo teléfono, bueno ni cartera con documentación por eso no sé nada. Aún no tengo ni idea de cómo lo perdí todo.

—Joder.

—Puedes llamar a este teléfono, si no está cerca tengo manera de localizarlo. El pueblo es...

Escuché como hipnotizado la voz de Zoe mientras le detallaba hacia donde tenía que venir. Estaba más que agradecido porque siguiera junto a mí, ayudándome y apoyándome, ofreciéndome las fuerzas que me faltaban ante el caos que tenía encima.

—Perfecto, estoy saliendo. Tengo casi cuatro horas de camino.

—No hay prisa, después de todo... —comenté emocionado porque no faltaba mucho para reordenar mis vivencias.

¿Quién mejor que un amigo de toda la vida para guiarme en ello? Martín colgó la llamada diciendo: «Espérame, no te muevas de ahí» y el silencio nos rodeó, quedándonos de pie en medio del salón, mirándonos fijamente.

—¿Ves? No todo es tan malo —dijo con un intento de sonrisa—. Ya mismo sabrás quién eres, bueno, el nombre ya lo tienes. Kevin, ¿te gusta?

Apreté los labios para no soltar una carcajada por la pregunta, la que había hecho por lo nerviosa que estaba.

—Supongo que sí, es el que tengo desde que nací. —Me encogí de hombros—. Tampoco es que pueda elegir, vamos, que he crecido reaccionando a él. ¿A ti te gusta?

—Lo sé —sonrió de forma exagerada, dándose cuenta—. Es bonito, sí. —Se sonrojó y esa vez el que sonreí fui yo—. Pues ya está, dentro de poco podrás irte. —Bajó la cabeza hacia el móvil que seguía en sus manos.

—Aún no —respondí rápido, serio.

—¿No vas a irte? —Se extrañó.

—Hasta que no terminé con las sesiones de Nando, el fisioterapeuta del hospital, no. Después de todo, no tengo ninguna prisa.

—Claro, es lo mejor. Así te vas recuperado del todo —asintió.

—Gracias, Zoe. —Alargué su nombre entre los labios.

—No hay de qué —negó con una sonrisa tensa—. Me alegro de todo lo que te está pasando. Seguro que, dentro de poco, con la ayuda de tu amigo, consigues que todo vuelva a su sitio.

—Puede ser —susurré mirándola con intensidad.

—¿Qué vas a hacer hasta que llegue? Quiero decir... ¿tienes algún sitio adónde ir?

—Solo conozco el hospital y tu casa. —Me encogí de hombros—. Tenía la intención de pedir otro taxi cuando saliera de aquí, para que me llevara hasta el hospital para recoger el equipaje que tu hermano me ha dado hoy. Levi lo ha guardado en su despacho hasta que fuera a por él —asintió—, y después que me acercara hasta algún hotel o algo parecido. Poco más.

—Si quieres puedo llevarte yo, tanto al hospital como al hotel. No tendréis problema en reservar para ti y tu amigo. Conozco a la dueña, es una amiga —sonrió.

—Acepto si me dejas invitarte a comer.

—No hace falta.

—Quiero hacerlo. —Apreté la mandíbula, pero no por la conversación que estábamos teniendo, sino al saber que sería de las pocas y últimas oportunidades que tendría para estar cerca de ella.

Cuatro horas de recorrido equivalía a bastante distancia. Esas eran las que tenía por delante Martín por el último comentario que había hecho. Por lo tanto, mi vida estaba bastante alejada de Zoe.

—Además —carraspeé para aligerar el momento—, nos invitan Levi y Adrián, pagan ellos.

—Eso parece, ¿no? —habló divertida.

—Sí, pero en cuanto llegue mi amigo, repondré el dinero y les devolveré todo. No voy a irme sin hacerlo. ¿Nos vamos? Me apetece disfrutar del buen día que hace.

—Claro, dame unos minutos —sonrió y caminó ligera hacia el pasillo, perdiéndose en él.

Cogí aire varias veces sin poder apartar la vista de dónde había desaparecido. Me sentía sobrepasado y en ese instante, increíblemente, no por lo que acababa de descubrir ni por la inminente llegada de Martín, mi amigo desde hacía muchísimos años.

Me froté la cara queriendo eliminar todas las sensaciones que tenía. Una mierda conseguí porque milagros como que no. Tenía tantas contradicciones dentro de mí... por un lado necesitaba y me urgía recuperar mi vida olvidada lo que ya estaba encaminado por una buena dirección, pero otro lado... dejé caer las manos a los lados al ser muy

inconsciente de que no quería romper lo que Zoe me hacía sentir, de que necesitaba descubrir hasta qué punto era recíproco y a qué nos podía llevar si actuábamos dentro de una normalidad.

Eso no se daría, no faltaba mucho para que me fuera porque ¿qué eran dos días más? Una mierda de tiempo para lo que tiraba de mí. Esos eran los que tenía que permanecer en el pueblo, dos días más en los que en cada uno me visitaría Nando.

Fui hacia el sofá y me senté, dejando la vista fija hacia delante en la pared. Pensativo, intentando coordinar todo lo que notaba en mi interior, así me encontró Zoe cuando salió. Giré la cabeza al escuchar su «ya estoy» y tragué saliva, apretando la mandíbula.

Se había cambiado de ropa y estaba... ante mis ojos preciosa, joder. Asentí sin mostrar nada y me armé de valor para continuar a su lado. Eso mismo tenía que encontrar para mantenerme firme para no traspasar ninguna línea. No se lo merecía, aún no sabía qué rodeaba mi vida. ¿Tendría pareja? ¿O mujer? Vete a saber, porque Martín no había hecho referencia a nada de eso, lógicamente el impacto había sido muy inesperado y fuerte y únicamente había reaccionado a mi llamada sin dar ningún detalle que no fuera lo que me vinculaba a él.

Joder, era dueño de una empresa y por lo que se mostraba en internet y los pocos comentarios que había dejado caer él, muy bien posicionada y con éxito. Era arquitecto, increíble que no recordara nada sobre ello, como para ponerme delante en plano, pensé, aunque si me sucedía como cuando había cogido el móvil que me había quedado en blanco por unos segundos y al final había actuado por instinto... a saber si conseguiría traer a mi mente lo necesario o no pasaría de los dibujitos típicos infantiles plasmando en una hoja una casa.

consciente de que no quería romper lo que Zoe me hacía sentir, de que necesitaba descubrir hasta qué punto era recíproco y a qué nos podía llevar si actuábamos dentro de una normalidad.

Eso no se daría, no faltaba mucho para que me fuera porque ¿qué eran dos días más? Una mierda de tiempo para lo que tiraba de mí. Esos eran los que tenía que permanecer en el pueblo, dos días más en los que en cada uno me visitaría Nando.

Fui hacia el sofá y me senté, dejando la vista fija hacia delante en la pared. Pensativo, intentando coordinar todo lo que notaba en mi interior, así me encontró Zoe cuando salió. Giré la cabeza al escuchar su «ya estoy» y tragué saliva, apretando la mandíbula.

Se había cambiado de ropa y estaba... ante mis ojos preciosa, joder. Asentí sin mostrar nada y me armé de valor para continuar a su lado. Eso mismo tenía que encontrar para mantenerme firme para no traspasar ninguna línea. No se lo merecía, aún no sabía qué rodeaba mi vida. ¿Tendría pareja? ¿O mujer? Vete a saber, porque Martín no había hecho referencia a nada de eso, lógicamente el impacto había sido muy inesperado y fuerte y únicamente había reaccionado a mi llamada sin dar ningún detalle que no fuera lo que me vinculaba a él.

Joder, era dueño de una empresa y por lo que se mostraba en internet y los pocos comentarios que había dejado caer él, muy bien posicionada y con éxito. Era arquitecto, increíble que no recordara nada sobre ello, como para ponerme delante en plano, pensé, aunque si me sucedía como cuando había cogido el móvil que me había quedado en blanco por unos segundos y al final había actuado por instinto... a saber si conseguiría traer a mi mente lo necesario o no pasaría de los dibujitos típicos infantiles plasmando en una hoja una casa.

Capítulo 14



Zoe

—Hola, Clara. ¿Está Emma? —pregunté nada más llegar junto a la recepción del hotel.

—Hola, Zoe. Por aquí anda, como siempre —me respondió sonriente.

—¿La localizas?

—Claro, dame unos minutos porque para dar con ella, con lo que se mueve. —Me hizo un guiño.

—Tranquila —sonreí.

Me alejé y fui hacia Kevin que se había quedado parado en medio del vestíbulo con el equipaje. Antes de ir a comer habíamos pasado a ver a Levi para recogerlo y, de paso, Kevin le había informado de las últimas novedades, las que había recibido emocionado y contento por el giro que había dado su situación.

Aún me costaba pensar en él como Kevin, ahora que ya podía ponerle nombre y voy yo y se me hace raro pronunciarlo. Detalle que quedaba solo para mí, lógicamente. Pero me gustaba, no le había mentido cuando me había devuelto la misma pregunta que le había hecho. Anda que menudas luces había tenido en ese instante. Las palabras habían salido solas de mi boca por los nervios y es que la situación había sido emocionante por lo que suponía para él. Mejor no había podido darse todo, al primer intento y «tachán» se había obrado el milagro de saber su identidad.

Cuando mi amiga Emma apareciera y le hablara de que necesitaba dos habitaciones para varios días iríamos a comer al restaurante de César, el que estaba a una calle de distancia.

—Mi amiga no tardará en salir —avisé a Kevin que asintió, serio.

Me había preguntado varias veces el motivo de su expresión, la que modificaba de vez en cuando, pero cuando me daba cuenta la seriedad cubría otra vez su rostro. Supongo que es normal por los nervios que debía tener. Estar a

punto de saber todo lo que has vivido y recorrido tenía que generar ansiedad al no poder recordarlo por uno mismo.

Desde que apareció en mi casa todo en mi interior se había removido al no esperarlo, lo que había quedado en nada con todas las emociones que había sentido al estar en el interior. Había intentado por todos los medios aparentar normalidad, intentando sacar cómo era yo. No lo había conseguido mucho, ya los digo, pero es que me había puesto tan nerviosa por su cercanía. No tardé en darme cuenta de que el miedo que había exteriorizado Adrián, mi hermano, era más que justificado por cómo estaba reaccionando de cara a Kevin.

Me había repetido varias veces, sobre todo cuando me tomé unos segundos sola al ir hacia mi habitación, que la había cagado y de qué manera. No entendía cómo me había calado tan hondo, hasta el punto en el que estaba. Supongo que cuando las personas comparten experiencias traumáticas se crea un vínculo especial, a otro nivel, el que cuesta desdibujar porque forman de manera inesperada parte de una con una, con una intensidad diferente. Como si solo nosotros pudiéramos compartir las sensaciones y sentimientos de lo que provocó su situación y lo que llegó después, haciéndolo algo personal.

Aunque su implicación, la manera en la que lo había visto y notado... él tampoco había tenido mucho contacto conmigo y ni mucho menos fue consciente de nada, toda la intensidad de lo vivido me la llevé yo. Por ese motivo más de una vez me había quedado desconcertada al sentir la fuerza que me atraía hasta él, al ver sus ojos fijos en mí o sentirlos, porque en alguna ocasión así había sido, pero había actuado como si no me diera cuenta.

¿Por su parte era posible lo mismo que me había sucedido a mí? Esa era la pregunta que llevaba un tiempo atormentándome y de la que no tendría respuesta porque dado a que ya tenía encaminada su vida, la nueva y la antigua, y de que solo le quedaban horas para estar allí... ¿cómo podía ser que me afectara tanto el saber que en ese plazo de tiempo ya no volvería a verlo? Así era, con unas emociones que no me gustaban nada porque me tenían descentrada.

Incomprensiblemente no lo entendía porque estando él consciente ¿cuánto tiempo habíamos estado juntos? Una miseria porque solo fueron unos minutos en el instante en el que despertó y las horas que llevábamos juntos ese día.

—Cariño... —Escuché a mi espalda y me giré sonriendo.

Emma se acercaba hacia mí de la misma manera, ligera, ondeando la mano en alto hasta que llegó frente a mí.

—Hola. —Reí cuando me agarró y me acercó a ella con energía, abrazándome.

—¿No me digas que necesitas una habitación con tu ligue? —Asomó la cabeza por encima de mi hombro al ver a Kevin parado detrás de mí.

^e —¿Qué dices? —dije nerviosa.

—¿No es así? Mmm... —habló sin apartar los ojos de él— pues déjame decirte que es una pena.

—Cállate —la advertí y se centró en mí extrañada, levantando una ceja.

—No es tu ligue —sonrió de forma exagerada.

—No —negué para que le quedara más claro—. ¿Y para qué iba a necesitar una habitación si tengo mi casa?

—Yo que sé. ¿Por qué a lo mejor tu hermano se ha atrincherado en ella? Vamos como si fuera raro. —Rio—. ¿Te acuerdas cuando Angus intentó llegar a tu casa la primera vez? Qué bloqueo hija, ni los mejores especialistas. Pareció que lo estaba esperando detrás de un árbol y saltó sobre él.

Reímos al recordarlo, ahora claro, cuando sucedió yo me cagué en todo porque me chafó el plan que tenía. El motivo que lo propició todo es que a Adrián no le caía bien Angus y con el tiempo tuve que darle la razón, esa es la realidad, aunque no lo viera por anticipado como él.

—Te presento. —Me puse de lado dejando a Kevin frente a ella, el que en ese instante estaba sonriendo—. Emma una de mis mejores amigas junto a Olga, él es Kevin.

—Un placer guapo. —Se acercó y le dio dos besos—. ¿Y Kevin es? —Lo miró atentamente.

—Deja las preguntas. —Puse los ojos en blanco—. Estamos aquí porque necesita dos habitaciones para varios días.

—¿Por qué no las habéis reservado? No hay problema. Tengo el hotel bastante lleno, pero hay sitio.

—¿Por qué así aprovechaba para verte? —negué divertida—. ¿Cuántas veces me has amenazado con que ni se me ocurriera traer a alguien conocido sin avisarte personalmente? Anda que...

—Pues también es verdad. —Rio colgándose del brazo de él, como si lo conociera de siempre—. Tú no te asustes Kevin, que, si no fuera por mi manera de ser tan increíble, este estupendo hotel no destacaría entre todos los que están por la zona. —Le hizo un guiño.

—Ya veo —respondió intentando no reír—. No te preocupes, no suelo asustarme.

Al decir las últimas palabras nuestros ojos se encontraron y supe que había tenido algún otro momento de lucidez referente a él. Cuando dejamos de mirarnos yo lo hice hacia Emma, la que llevaba la cabeza de uno a otro, demasiado interesada e intrigada con la situación.

—Bueno, ¿le reservas dos habitaciones? Así puede dejar el equipaje en la habitación. Queremos ir a comer.

—¿De qué os conocéis? —Ahí iba la primera pregunta.

—Es...

—Zoe me rescató de un accidente provocado por el temporal que dejó mucho destrozo.

—¿Eres tú? Hay mi madre... —Se apartó de él, llevándose las manos a los mofletes, haciéndole un recorrido de arriba abajo.

—Emma... —Carraspeé.

—No pasa nada —intervino Kevin. Al menos no le estaba molestando porque la sonrisa no se le borraba de la cara.

—Perdona, es que he oído hablar tanto de ti que... me callo, ya me callo, ¿verdad?

—Pues sí. —Puse los ojos en blanco.

Esquivé volver a encontrarme con los ojos de Kevin que al escuchar las palabras de Emma habían vuelto a dejarlos fijos en mí.

—Venid, te doy las llaves. Dos, ¿no? —Se giró hacia él cuando empezó a andar hacia la recepción.

—Sí —respondió serio, otra vez me dije, mierda.

—Mmm... ¿por casualidad no será algún amigo, así como tú?

—¿Cómo yo? —La miró extrañado Kevin.

—Sí. —Rio ella—. Guapetón, por decirlo de manera fina porque podría darte muchos más calificativos. —Le hizo un guiño, divertida.

—Pues no sé cómo es, no lo recuerdo —respondió pensativo.

—Lo siento, quería hacer una gracia y... —Se paró antes de llegar, apurada, buscando mi ayuda. Bien conocía su historia por mí, pero al hablar no había caído.

—No pasa nada. —Se encogió de hombros Kevin—. No tiene importancia.

—Gracias —sonrió ella—. Las reservo a tu nombre, ¿vale? —Se dirigió a mí.

—Claro —le sonreí con cariño, gesto que me devolvió.

Rodeó la recepción y le pidió a la recepcionista, Elisa, que la dejara un momento. Enfrente del ordenador hizo la reserva sin pedir ningún tipo de documentación porque no iba a cometer otro fallo que pudiera hacerlo sentir mal y mis datos los conocía de sobra, por lo que no tardó en terminar y levantarse. Se dirigió hacia un armario lateral de donde sacó dos llaves, dejándolas encima del mostrador.

—Aquí tienes. Primera planta, están contiguas —le sonrió.

—Muchas gracias. —Las cogió—. Voy a subir el equipaje, enseguida vuelvo. —Me miró.

Asentí con una sonrisa y me quedé apoyada en el mostrador observando cómo se alejaba cargando la mochila y arrastrando la maleta.

—Joder, nena. —Llamó mi atención Emma—. ¿Por qué en ninguna de las conversaciones que hemos tenido has sacado a relucir cómo era? Madre mía, qué hombre. —Reí al verla con los ojos abiertos, sorprendida.

—¿Ese dato es importante? —negué.

—¿Perdona? Tú tuviste que llevarte un golpe en el temporal porque esto no es normal. —Bufó haciéndome reír más—. Acompáñame a la calle, voy a fumarme un cigarrillo.

Me despedí de Elisa que se había mantenido al margen sin saber la situación real, pero divertida por las salidas de Emma. Así era ella, espontánea y directa.

—¿Cuándo ha salido del hospital? —Quiso saber después de encendérselo.

—Hoy, esta mañana. —Cogí aire mirando hacia la carretera.

o—¿No hay novedades? —susurró.

—Sí, e importantes para él. —La miré sonriendo.

—Esos labios así —imitó mi gesto—, como la que quiere sonreír, pero le sale como una caca me dan a entender que para ti no.

—¿Qué dices? —Reí negando—. Claro que sí, ha sido emocionante. Ya te lo explicaré bien, ahora no es momento.

—Vale. Anoche hablé con Olga para quedar, te iba a llamar más tarde. A las nueve vamos a salir las tres, que falt

te hace y así me pones al día.

—¿Y la pregunta directa? ¿Y mi respuesta? Ya lo dais por hecho.

—Hija yo siempre soy muy directa, pero, cuando sé cuál va a ser la reacción, pues qué quieres que te diga, me salto algún paso que otro.

—Me apetece, me vendrá bien —asentí.

—Vale. —Me frotó un brazo—. ¿Estás bien? —Cambió el gesto.

—Sí, ¿por qué no iba a estarlo? No te preocupes —susurré desviando la mirada, llevándola hacia la calle.

—Ok, paso de tu respuesta y me quedo con tu reacción. Esta noche barra libre, nos vamos a beber hasta las sobras —dijo convencida, agarrándose de mi brazo.

—Pues no me vendría mal llegar a casa noqueada. —Reí.

—Dicho y hecho, ya lo verás. Ni vas a llegar, ya te lo digo porque del hotel seguramente no pasamos de la que vamos a pillar. —Me acompañó en las risas.

—Ya estoy. —Escuchamos a Kevin a nuestra espalda y nos giramos al mismo tiempo hacia él.

—Perfecto —sonreí.

—Muy bien guapetón, nos veremos durante estos días por mi humilde morada. —Le hizo un guiño refiriéndose al hotel—. Os dejo chicos, que disfrutéis de la comida. —Curvó los labios y contuvo el poner los ojos en blanco para que pasara desapercibido el doble sentido que tenía para ella—. Cariño, nos vemos luego.

Nos despedimos los dos con varios besos, después de que Kevin le agradeciera todo y empezamos a caminar por la acera, directos hacia el restaurante.

te hace y así me pones al día.

—¿Y la pregunta directa? ¿Y mi respuesta? Ya lo dais por hecho.

—Hija yo siempre soy muy directa, pero, cuando sé cuál va a ser la reacción, pues qué quieres que te diga, me salto algún paso que otro.

—Me apetece, me vendrá bien —asentí.

—Vale. —Me frotó un brazo—. ¿Estás bien? —Cambió el gesto.

—Sí, ¿por qué no iba a estarlo? No te preocupes —susurré desviando la mirada, llevándola hacia la calle.

—Ok, paso de tu respuesta y me quedo con tu reacción. Esta noche barra libre, nos vamos a beber hasta las sobras —dijo convencida, agarrándose de mi brazo.

—Pues no me vendría mal llegar a casa noqueada. —Reí.

—Dicho y hecho, ya lo verás. Ni vas a llegar, ya te lo digo porque del hotel seguramente no pasamos de la que vamos a pillar. —Me acompañó en las risas.

—Ya estoy. —Escuchamos a Kevin a nuestra espalda y nos giramos al mismo tiempo hacia él.

—Perfecto —sonreí.

—Muy bien guapetón, nos veremos durante estos días por mi humilde morada. —Le hizo un guiño refiriéndose al hotel—. Os dejo chicos, que disfrutéis de la comida. —Curvó los labios y contuve el poner los ojos en blanco para que pasara desapercibido el doble sentido que tenía para ella—. Cariño, nos vemos luego.

Nos despedimos los dos con varios besos, después de que Kevin le agradeciera todo y empezamos a caminar por la acera, directos hacia el restaurante.

Capítulo 15



Kevin

Desde la aparición de Emma, la amiga de Zoe, la situación que acababa de vivir no podía haber sido más interesante y esclarecedora. Antes de hacerme notar cuando bajé de la habitación, me había quedado parado unos minutos escuchándolas hablar entre ellas.

—Es simpática. —Rompi el silencio que se había creado entre los dos mientras caminábamos por la calle.

—Sí.

—¿Hace mucho que sois amigas? —Me interesé.

—A Emma la conocí un par de años más tarde que a Olga, hace muchísimo ya. Hemos crecido juntas las tres. Olga y yo nacimos aquí, Emma llegó de pequeña junto a sus padres. El padre era forestal y lo destinaron a este pueblo por petición de él. Cuando Olga y yo nos la encontramos conectamos al instante, y formamos un grupo de tres inseparable. Donde estaba una, ahí que íbamos las otras dos.

—Tiene que ser bonito poder recordar esos instantes vividos y la conexión que tenéis —comenté pensativo.

—Lo siento, no he pensado...

—¿Por qué? —sonreí— Yo he preguntado y he querido saber. No pasa nada, me gusta escucharte.

—¿Sí? —Se sorprendió y más lo hizo cuando reí con ganas, consiguiendo que sus labios se curvaran al verme.

—¿No te lo había dicho? —Carraspeé cuando se paró en la entrada del restaurante.

—No tenía ni idea.

—Pues ya lo sabes. —Le hice un guiño con el que se sonrojó y a mí no me pudo gustar más su reacción—. Me

relaja oírte, me siento tranquilo y muy divertido muchas veces.

—Gracias —susurró.

—¿Entramos? —Señalé la puerta con la cabeza.

—Sí. —Me adelantó haciéndolo primero y negué siguiéndola.

Ocupamos la mesa a la que nos llevó un camarero, el que por lo visto Zoe conocía. Entablaron una conversación rápida ya que las mesas estaban casi al completo. Sentado en la silla los observé, se la veía tan diferente interactuando con él, tan espontánea y natural. Normal, me dije, se tendrían que conocer desde hacía tiempo, lo que no sucedía conmigo y menos en mis circunstancias.

Sabía que se retraía para decir según qué cosas, por cómo pudieran afectarme. Tanto cuidado tenía que se coartaba en ser ella misma, lo que me encantaría que sucediera y que me hiciera participe de ello. Aunque tampoco iba a variar mucho en mi forma de verla porque ya me tenía ganado. ¿Qué le iba a hacer? Era una verdad indiscutible.

—Hay bastante ambiente —comenté cuando ocupó la silla de enfrente.

—Sí, a esta hora, como por las noches, siempre es así y terminará por llenarse, ya lo verás —sonrió.

—Los platos que he visto en las mesas tienen muy buena pinta.

—Y saben mejor. Saúl, el cocinero y dueño, tiene unas manos únicas. Todo lo que cae en ellas lo convierte en delicias.

—Ya me has abierto el apetito. —Curvé los labios.

—Me alegro porque lo vas a necesitar, son raciones considerables. —Apoyó los brazos en la mesa.

—Se te ve diferente —dejé caer.

—¿Diferente?

—Sí, más en tu zona de confort —aclaré.

—He crecido por estas calles. Casi todos nos conocemos desde que íbamos a la guardería, los de mi edad, claro. El resto, los más mayores, de otras situaciones, pero no dejamos de ser una gran familia, lejana. Sí que de un tiempo a esta parte, parece que el pueblo se ha convertido en un atractivo turístico y cada vez viene más gente a asentarse aquí. De hecho, no dejan de construir casas nuevas, por suerte terreno hay de sobra sin tener que salir perjudicada la naturaleza. La zona invita y favorece a ello, es llamativa.

—Me gustaría tener más tiempo para quedarme y conocerla a fondo. —Me incliné hacia delante como estaba ella agarrando el vaso vacío, jugando con él.

—Siempre puedes volver —susurró—. Quién sabe, lo mismo cuando ordenes tu vida y empieces con tu rutina de nuevo te apetece desconectar del ajetreo. Por lo que he visto tu empresa está situada en una gran ciudad, nada que ver con esto.

—Mi empresa —dije pensativo—, aún me estoy acostumbrando a ello —negué—. Por lo visto soy un chico de ciudad, sí.

—A los chicos de ciudad también les gusta esto —dijo divertida.

a —Les gusta, te lo aseguro —comenté en tono bajo, conectando con sus ojos.

Sentí satisfacción al ver su reacción, que no fue otra que quedarse callada, observándome de la misma forma en la que lo hacía yo y tragando saliva, hasta que no pudo mantenerme más la mirada y la desvió como buscando a algún camarero.

Iba a comentar algo más, pero me quedé callado cuando levantó una mano llamando la atención y a los pocos segundos una chica a la que saludó nos pidió que le dijéramos qué queríamos. Empezamos por la bebida, la que Zoe se animó a elegir por su cuenta con mi aprobación. A lo de mi aprobación me refiero a que me gustó que fuera vino, el tipo que era ni idea, la verdad.

Una botella, de entrante unas brochetas con una salsa por encima que no supe de qué era cuando la nombro. Imaginé que sería algo típico de la zona porque la chica insistió en que no me iban a decepcionar. Continuamos con una carne a la brasa, de esa me encapriché yo y por último una pasta con una salsa de setas que era la especialidad de la casa.

Y le di la razón referente a las manos del cocinero. Cada plato con comida que trajeron, con algunos extras que no pedimos y llegaron por sorpresa, se deshacía en la boca con una textura espectacular y unos sabores que por mucho que comieras querías más.

Rematamos el final con dos postres diferentes, los que repartimos para probarlos los dos. Todo ello con una conversación relajada y fluida, en la que me interesé por la vida de Zoe, lo que nos llevó a que las horas pasaran y muchas de las mesas de nuestro alrededor se fueran vaciando, con nosotros sin tener la intención de movernos.

—Trabajo en una tienda de restauración —respondió a mi pregunta.

—¿Y qué restauras? —Quise saber apoyando los brazos en la mesa. Ya no quedaba nada para comer, solo terminar de vaciar las dos últimas copas de vino.

, —Muchas cosas, todo lo que se deteriora por golpes, por las manos de las personas o por el tiempo —sonrió—. Pero con lo que más me gusta trabajar es con la madera, me encanta. Además hago creaciones de artesanía, la alfarería me relaja y ocupa mi tiempo libre. Aparte de en el trabajo, en casa tengo una habitación preparada para ello.

—¿En serio? —asintió.

—¿Por qué te sorprendes tanto? —Ladeó la cabeza.

—No es eso, solo que no te imaginaba con esos oficios.

—¿Y con cuáles lo hacías? —Levantó una ceja, dejando ver la diversión.

—Ni idea —reí—, pero si tuviera que haber pensado en uno, ni por asomo hubiera nombrado los que has dicho.

—Eso es porque eres de ciudad y allí no destaca tanto lo que hago —negó sonriendo—. Aquí tienen mucha salida te sorprenderías la cantidad de sillones, armarios, espejos y un sinfín de cosas cotidianas que tengo acumuladas para entregarlas a los clientes. Y el tema de la artesanía, si te das una vuelta por el pueblo o por los de los alrededores, te darás cuenta de que la gran mayoría de decoración es a base de ello. Esta zona abarca mucha distancia.

—Lo poco que he recorrido contigo no me he fijado, la verdad. Donde he estado más tiempo es en el hospital y como que no creo que allí tengan las cosas que comentas.

—No, a Levi le daría algo. —Apretó los labios.

—¿Por qué?

’ —Porque dice que es alérgico a la arcilla.

—¿Eso existe? —La miré intrigado.

—Ni idea, supongo que como todas las alergias es probable por nazcan de la nada y ninguna se descarta, pero él no lo es, solo que no le gusta nada y los tiene aborrecidos.

—Ah, entiendo. —Reímos.

—Mi móvil —dijo inclinándose hacia el bolso, sacándolo de él.

Estaba sonando y lo dejó encima de la mesa para que viera quien era. La pantalla mostraba un número sin

identificar por lo que nos miramos antes de que descolgara.

—¿Sí? —respondió sin apartar los ojos de los míos.

—¿Zoe? —solté un suspiro al escuchar a Martín.

—Sí, soy yo. ¿Ya has llegado?

—Ja, eso me gustaría. Mierda, me he perdido, bueno ya me he encontrado, pero es que iba siguiendo la señal del GPS y no sé por dónde ha empezado a indicarme que he empezado a dar vueltas sin sentido. Yo creo que no está actualizado y las carreteras tienen que haberlas reformado, a saber, por dónde narices estoy.

—Nunca se te ha dado bien orientarte. —Me incliné para que me escuchará.

Fue decirlo y quedarnos los tres en silencio. Martín sorprendido, Zoe mirándome emocionada y yo, pues cuando fui consciente de que recordaba ese pequeño detalle por poco empiezo a saltar por el restaurante, el mismo impulso que había tenido cada vez que algo había llegado hasta mí, pero lo había contenido sin mostrarlo hacia fuera.

—Joder, tío, ¿te acuerdas de esa habilidad mía? Dios —habló Martín.

—Por lo visto, sí —susurré.

—Martín, para que te sea más fácil llegar voy a enviarte la dirección del hotel donde Kevin ha reservado habitación para vosotros dos. El GPS te llevará directo porque es un punto muy conocido y reclamado, el camino no tiene pérdida.

—Perfecto. Iba a decir calculo que llegaré a tal hora, pero mejor me lo reservo porque no tengo ni puñetera idea si todo confabulará a mi favor. —Reímos los tres.

—Seguro que sí. Te esperamos allí, no hay prisa.

—¿Te das cuenta? —hablé cuando nos quedamos solos los dos otra vez.

—¿De qué te has acordado de algo más? Claro —sonrió.

—Sí, eso también, pero me refería a que desde que estoy contigo se ha dado muchas veces. ¿Cuántas llevo ya?

—¿Qué quieres decir?

—Desde que desperté me he tirado casi una semana en el hospital, comiéndome la cabeza para intentar que algun

información me llegara, sin conseguir nada. Salgo, estoy contigo y parece que todo se normaliza.

—Es normal.

—Ahora el que no te entiende soy yo. —Fruncí el gesto, pensativo.

—Durante el tiempo del hospital solo has estado pendiente de eso, agobiándote. Levi te lo dijo, ¿no es así? Has salido, has desconectado y te has relajado centrándote en otras cosas, lo que está provocando que la información t llegue en pequeñas dosis, sorprendiéndote.

—Tienes razón. —Me froté la cara varias veces, soltando un suspiro.

—Es un gran avance. En cuanto continúes haciéndolo confío en que lo recuperarás todo —sonrió—. He escuchado muchas veces decir a mi amigo que, si los pacientes no tienen fogonazos de retazos de sus vidas durante los primeros días después de despertar, sea de la forma que sea y variando la cantidad, por mínima que sea, es difícil que consigan recuperar la memoria. Tú lo estás haciendo y por lo visto avanzando mucho.

—No quiero olvidarte. —La miré con intensidad, hasta mi voz tomó otro tono diferente.

—A mí me conociste después de la pérdida, no lo vas a hacer —negó con una expresión...

—Zoe, me refiero... a que no lo voy a hacer por mucho que todo vuelva a mí. No te voy a olvidar.

—Eso no lo sabes y el tiempo pasa lento o rápido, es muy relativo en según qué situaciones, pero pasa y todo se ve diferente. Ahora porque soy con la que más has estado, sin contar al personal del hospital, pero...

—No lo voy a hacer —dije cortándola, apretando la mandíbula.

Por la forma en la que me miró, con los ojos brillantes y tragando saliva, maldije por un instante porque no tendrí que haber ido por ese camino. Pero no me arrepentí, necesitaba que supiera la realidad de lo que iba a suceder.

—¿Te molesta?

—¿El qué?

—Lo que acabo de decir, es lo que siento de corazón. No quería hacerte sentir incómoda. —Me llevé la copa a los labios, sin dejar de observar sus gestos y expresiones.

e

a

s

Capítulo 16



Zoe

—Para nada —negué—. Me gusta saber que me guardarás en una pequeña parte de tus nuevos recuerdos —susurré.

Cuando terminé de hablar curvó los labios dándole un sorbo al vino porque hasta que no le había respondido se había mantenido con la copa en el aire.

—Hay un fallo en tu frase. —Carraspeó dejándola en la mesa, sin dejar de mirarme. Continuó al ver mi expresión de no entender a lo que se refería—. En lo de pequeña, créeme de que no va a ser así. —MoviÓ la cabeza despacio, negando—. Ten muy presente que lo que estoy diciéndote es la única verdad. Primero porque no te voy a olvidar, nunca —remarcó la última palabra—, y segundo, lo que es provocado por lo anterior, estás destinada a estar en mí de una forma que no imaginas.

Me removí nerviosa en la silla y esa vez fui yo la que cogí la copa, necesitando remojar me la garganta porque se me había quedado seca. Por sus palabras, pero también por la forma en la que me estaba observando. La seriedad había cubierto su cara dándole más énfasis a lo que había dicho, incluso podría decir que se había puesto en tensión mientras no apartaba los ojos de mí, transmitiéndome una intensidad que al final me hizo dejar la copa vacía.

—Lo que has dicho es muy bonito. —Fue lo único que pude decir como contestación, al sentirme superada por muchas emociones.

—Gracias, pero es la realidad. Quería que lo tuvieras claro. Zoe, gracias a ti estoy aquí, respiro. Gracias a ti, tengo una nueva oportunidad. Y gracias a ti, no me he sentido solo en ningún instante, aunque interiormente lo estuviera. Todo el conjunto y más, sumándole todas las sensaciones que se ocasionan de todo lo que ha sucedido, hacen que desde que abrí los ojos sintiera un vínculo especial hacia ti, el que nunca se va a romper a pesar de que tomemos distancia.

—No sé qué decir, solo que es recíproco —murmuré.

—Eso es todo lo que necesito saber. —Me hizo un guiño, recostándose en la silla.

—¿Nos vamos? Tu amigo Martín debe estar a punto de llegar e imagino las ganas que tienes de verlo.

—Como si fuera la primera vez —dijo con gracia y se me escapó una risilla, la que provocó que él sonriera.

Dejé que pagara porque con esa condición había aceptado ir a comer con él y porque sabía, que era importante para él empezar a hacerse cargo. Salimos del restaurante, el día seguía tan perfecto como cuando entramos, aún más, después de lo que se había dado dentro. Caminamos por la acera en silencio, el que se mantuvo mientras esperábamos para cruzar la calle y cambiar de acera porque el hotel quedaba al otro lado.

Fue un silencio bien digerido, el que me proporcionó calma y satisfacción, con el solo hecho de sentirlo a mi lado «Cambia la dirección ya de esos pensamientos y de los tantos que estás teniendo», me grité en la cabeza a través de una mini yo muy bien creada y dibujada en mi imaginación, la que se puso a hacer llaves marciales mientras lo repetía una y otra vez, incansablemente.

Ahí estaba mi protectora, la que me estaba rogando, a su forma, la que yo le había dado, que me protegiera por lo que estaba sintiendo. La aparté sutilmente, con sus quejas de que me iba a arrepentir. Seguramente lo haría, pero como era muy consciente de lo que había, como también de que quería disfrutar de los últimos minutos junto a Kevin sin que se notara un cambio en mí, desconecté esa parte de las neuronas dejándolas en silencio.

Nos llevó poco tiempo estar frente a la puerta del hotel, en la que esperamos mirando hacia los coches que circulaban delante de nosotros.

—¿Se habrá perdido otra vez? —comentó dejando salir una chispa de diversión.

—A saber. El GPS le habrá marcado bien el camino, pero si no se orienta bien a pesar de él. —Apreté los labios.

—¿Sabes? No lo recuerdo, no puedo ni poner una imagen en mi mente de cómo es, pero su voz y cómo se ha dirigido a mí en todo momento, la forma en la que ha reaccionado desde el principio, el conjunto me transmite una sensación de confianza, de paz... como si me sintiera a salvo.

—Eso es bueno porque, aunque no seas consciente, lo reconoces de otra manera —sonreí mirando el perfil de su cara.

Ladeó la cabeza hacia mí, correspondiéndome al gesto y asintiendo. Un coche llamó nuestra atención, o más bien el sonido del claxon. Nos centramos en la carretera viendo un coche, del que salió rápido un hombre dirigiéndose hacia nosotros al reconocer a Kevin. Poco le importó dejarlo en doble fila, con los cuatro intermitentes de emergencia puestos.

—Tío —dijo sofocado, lanzándose hacia él.

Sonreí emocionada al ver el abrazo que le dio, el que correspondió Kevin cuando reaccionó, igualando la intensidad. El reencuentro no pudo darse mejor.

—Estás bien —afirmó al apartarse de él, recorriendo su cuerpo con los ojos.

—Ya sí —respondió Kevin.

—Vale, tenía que comprobarlo de cerca —soltó un suspiro—. Voy al coche, aparco y enseguida estoy de vuelta. Hola. Zoe, ¿verdad? —Se dirigió a mí.

. —Sí, hola.

' —Encantado, preciosa. —Se acercó a darme dos besos, los que le devolví—. En un parpadeo vengo. —Se giró y corrió hacia el coche, gritándonos desde dentro que no nos moviéramos.

Divertidos lo vimos insultar a otro coche que pasó muy cerca de él, diciéndole que si no había visto el intermitente y su intención de incorporarse al tráfico. Nos callamos al decirle que todavía no había quitado los de emergencia y lo seguimos con la vista cuando se perdió por la calle buscando aparcamiento.

—Creo que no me voy a aburrir. —Terminó riendo Kevin.

—Pienso lo mismo. —Lo acompañé en las risas.

Cinco minutos tardó Martín en aparecer casi a la carrera por el final de la calle, hasta que llegó otra vez a nuestro lado.

—Bueno, yo os dejo. Tenéis mucho de lo que hablar —comenté al verlos mirarse fijamente.

^a Martín estaba emocionado, era evidente, Kevin, no llegaba a tanto, entendible dada su situación, pero sí que mostraba un poco de esa sensación sin poder apartar la vista de su mejor amigo, haciéndose a su imagen. Mi intervención provocó que me buscara.

—No me molesta que te quedes con nosotros —dijo.

—Gracias, Kevin, pero a partir de aquí es tu camino. —Cogí aire para encontrar el valor en la despedida, acercándome a él.

Cuando llegué a su altura me puse de puntillas para darle dos besos. Cerré los ojos cuando mis labios tocaron su mejilla, al sentir sus brazos rodearme con fuerza. Lo mismo hice yo, tragándome todas las emociones al saber que

hasta ahí habíamos llegado.

—Dame tu número de teléfono —me susurró en el oído, sin aflojar el agarre y provocando que el vello se me erizara.

—Claro —murmuré con mi mejilla pegada a la suya, sintiendo sus brazos aguantando mi peso porque era bastante más alto que yo.

Nos separamos, pero no nos soltamos. En ese instante pareció que todo lo que teníamos alrededor pasó a un segundo plano mientras nuestros ojos eran incapaces de apartarse.

—Sé muy feliz y lucha por recuperarlo todo —dije tragando saliva, parpadeando más rápido de lo normal al sentir humedad.

—Te lo prometo —susurró recorriendo mi cara varias veces, hasta que dejó la vista fija en mis labios.

Deseé que me besara, deseé que se atreviera a bajar la cabeza y rozar mis labios, pero no sucedió a pesar de la intensidad del momento y de la que me transmitía. Con las facciones marcadas, apretando la mandíbula, así / continuamos no sabría decir cuántos minutos. Muy pocos para mi gusto y los que necesitaba, pero era lo había cuando nos separamos intentando recomponernos.

—¿Martín? —Llamó la atención de su amigo, sin dejar de mirarme. Yo tampoco pude.

—¿Sí?

—¿Puedes grabar el número de Zoe? Yo no tengo teléfono, todavía. —Cogí aire cuando me acarició la mejilla, dejando la mano reposar en ella.

—Claro —respondió.

Cuando me lo pidió se lo di de carrerilla porque estaba demasiado concentrada en intentar salir del trance en el que nos habíamos metido los dos. Kevin en ningún momento apartó el brazo que seguía rodeándome de la cintura ni la mano que tenía posada en mi cara, ni aflojó la intensidad con la que sus ojos miraban directos a los míos.

—Lo tengo, ese es el mío. Para cualquier cosa. —Se escuchó el tono de la melodía de mi móvil.

Ese fue el instante en el que conseguimos separarnos. Yo me quedé temblorosa, vamos, intentando coordinar la fuerza para que las piernas no me cedieran e irme al suelo.

—Zoe. —Me nombró Martín y me giré despacio hacia él. Su expresión de satisfacción y de algo más que no supe darle nombre porque no lo conocía lo suficiente, me dejó más desconcertada de lo que estaba—. Quiero

agradecerte personalmente todo lo que has hecho por mi hermano, porque eso es lo que es Kevin para mí, aunque no tengamos la misma sangre. De corazón, gracias por salvarle la vida y por haber estado con él hasta dar conmigo. No sabes lo importante que es para mí, te estaré eternamente agradecido.

Me reconfortó el abrazo que me dio, del que Kevin fue testigo con una sonrisa al vernos.

e

—Cúidalo —susurré cuando nos separamos—. Sé que sabe hacerlo por él mismo de sobra, pero por ahora...

—Te he entendido. No te preocupes que en mejores manos no puede estar, sin contar ni faltar a las tuyas. —Me hizo un guiño y me sonrojé, provocando que curvara los labios.

r —Ahora sí, os dejo para que empecéis eso del compañerismo y salgan las batallas que habréis vivido a lo largo de los años. —Tragué saliva, levantando una mano.

Sin decir nada más porque estaba todo más que dicho, al menos lo que se podía decir, empecé a caminar por la acera, sintiendo la mirada de Kevin siguiendo mis pasos. Me obligué a no girarme, me obligué a mirar hacia el frente, aunque lo veía todo borroso por las lágrimas.

Y di gracias al silbido que escuché, reconociéndolo. Me paré girándome hacia el hotel, poca distancia me había alejado de la entrada principal. En ella encontré a Emma, apoyada en la pared con los brazos y los tobillos cruzados. Su expresión me hizo saber que lo había presenciado y escuchado todo y el gesto que hizo aún más.

Sin decir nada señaló con la cabeza hacia el interior del hotel, pidiéndome en silencio que fuera hacia ella. Moví mis pies yendo a su encuentro y subí las pocas escaleras que había. Cuando llegué a su lado pasó un brazo por encima de mis hombros y me dio un beso en la cabeza, tirando de mí hacia dentro.

Me dejé guiar por mi amiga, recibiendo sus muestras de cariño mientras con la tranquilidad que me dio el entrar en su despacho, dejé salir las lágrimas que había estado conteniendo en todo momento, para no venirme abajo delante de Kevin.

,

agradecerte personalmente todo lo que has hecho por mi hermano, porque eso es lo que es Kevin para mí, aunque no tengamos la misma sangre. De corazón, gracias por salvarle la vida y por haber estado con él hasta dar conmigo. No sabes lo importante que es para mí, te estaré eternamente agradecido.

Me reconfortó el abrazo que me dio, del que Kevin fue testigo con una sonrisa al vernos.

—Cúidalo —susurré cuando nos separamos—. Sé que sabe hacerlo por él mismo de sobra, pero por ahora...

—Te he entendido. No te preocupes que en mejores manos no puede estar, sin contar ni faltar a las tuyas. —Me hizo un guiño y me sonrojé, provocando que curvara los labios.

—Ahora sí, os dejo para que empecéis eso del compañerismo y salgan las batallas que habréis vivido a lo largo de los años. —Tragué saliva, levantando una mano.

Sin decir nada más porque estaba todo más que dicho, al menos lo que se podía decir, empecé a caminar por la acera, sintiendo la mirada de Kevin siguiendo mis pasos. Me obligué a no girarme, me obligué a mirar hacia el frente, aunque lo veía todo borroso por las lágrimas.

Y di gracias al silbido que escuché, reconociéndolo. Me paré girándome hacia el hotel, poca distancia me había alejado de la entrada principal. En ella encontré a Emma, apoyada en la pared con los brazos y los tobillos cruzados. Su expresión me hizo saber que lo había presenciado y escuchado todo y el gesto que hizo aún más.

Sin decir nada señaló con la cabeza hacia el interior del hotel, pidiéndome en silencio que fuera hacia ella. Moví mis pies yendo a su encuentro y subí las pocas escaleras que había. Cuando llegué a su lado pasó un brazo por encima de mis hombros y me dio un beso en la cabeza, tirando de mí hacia dentro.

Me dejé guiar por mi amiga, recibiendo sus muestras de cariño mientras con la tranquilidad que me dio el entrar en su despacho, dejé salir las lágrimas que había estado conteniendo en todo momento, para no venirme abajo delante de Kevin.

Capítulo 17



Kevin

—Yo no sé si tú lo sabes o eres consciente, pero esto que he presenciado... —Escuché la voz de Martín, lejana.

Me había quedado con los ojos fijos en la entrada del hotel, por donde Zoe había desaparecido junto a Emma.

—Lo sé y soy consciente —susurré más que convencido.

—Joder, tío, me llevas de sorpresa en sorpresa. —El tono divertido que utilizó me hizo centrarme en él, mirándolo—. Ya me lo explicarás bien.

—Gracias por venir y tan rápido —comenté serio, pero no hacia él. Todavía estaba digiriendo la despedida con Zoe.

—Estás de broma, ¿no? —Levantó una ceja—. ¿Tú has escuchado lo que le he dicho a Zoe? ¿Lo que significamos el uno para el otro? Hasta al centro de la Tierra iría a por ti —negó emocionado—. Eso sí, si te lo puedes ahorrar mucho mejor —sonreímos.

—Quiero recordar. —Apreté la mandíbula.

—Lo harás. Si te conocieras ahora mismo tan bien como lo hago yo, no tendrías dudas de ello. —Curvó los labios acercándose—. Déjame que te manoseé, tío, aún estoy en *shock* por todo —susurró abrazándome otra vez.

Sonreí y claro que le dejé que me manoseara, dándome un abrazo. Bien recibido era e incluso sentí que muy esperado y normal entre nosotros, lo que me provocó una paz interior difícil de describir.

—¿Aquí nos vamos a quedar? —Quiso saber mirando la fachada del hotel.

—Sí. Todavía me faltan dos sesiones de rehabilitación y me darán el alta. Estoy bien, pero el fisioterapeuta me ha pedido que no deje de ir —le informé.

—El tiempo que necesites. En el trabajo lo he dejado todo atado y en buenas manos —asintió serio.

—¿Has comido?

—Qué va, quería llegar cuanto antes —sonreímos.

—Te acompaño a comer. Yo lo he hecho con Zoe antes de que llegaras, vamos al mismo restaurante —sugerí.

—Perfecto, así cuando volvamos, de camino, cojo la mochila que he dejado en el maletero. —Me apreté un hombro.

Volví a desandar el recorrido que nos llevó al restaurante, en el que ocupamos otra mesa diferente a la que había estado con Zoe. No sé si fue un acierto regresar o hubiera sido mejor investigar por la zona hasta encontrar otro diferente porque, al poco tiempo de estar allí, cada rincón hacia dónde miré me trajo a la mente, con más intensidad, la presencia de Zoe.

Intenté centrarme en Martín que empezó a hablarme haciendo un recorrido por nuestras vidas, las que estaban muy ligadas. Debo decir que con algunas de las partes que explicó sentí algún que otro pellizco interno, como si lo tuviera al alcance, pero sin llegar a tocarlo con los dedos, o en este caso con la memoria.

Lo bueno es que durante un buen rato estuvimos riendo por la fluidez y humor con el que contaba las situaciones ; porque mucho de lo que dijo lo propició. Todo se estaba dando muy natural y cercano entre nosotros.

—Tengo padres —dije pensativo cuando llevábamos un tiempo más relajados, al haber dirigido la conversación hacia mí como único protagonista—. ¿Cómo es posible que no me acuerde ni de eso? Joder. —Me pasé las manos por el pelo.

—Yo no entiendo una mierda de cómo va la cabeza, pero se te habrá cortocircuitado todo. Sí, pero viven fuera de España.

, —¿Dónde?

—En Alemania. Tienes que saber, a eso llegarás por ti mismo, que vuestro trato nunca fue, cómo decirlo... —Carraspeó—. ¿Íntimo? ¿Cercano? Naciste en la cuna de una familia adinerada y en cuanto pudiste te escapaste de agarre que ejercía tu padre.

—¿Cómo es eso? —Fruncí el gesto.

—Siempre lo ha controlado todo y no de la mejor manera, ¿entiendes? —asentí serio—. Es de imponer y que se obedezca y tú, que siempre tenías algo que decir al respecto, pues te puedes hacer una idea de cómo fueron los

años junto a él. El día que explotaste, el que colisionasteis, tembló toda la ciudad —negó divertido.

»No le debes nada de lo que tienes —aclaró—, todo el mérito es tuyo, de tu esfuerzo y dedicación. Él quería que siguieras sus pasos, pero jamás pensaste en la posibilidad de trabajar bajo su mando. Lo único que aportó a tu vida fue crearte y los inicios de tus estudios, hasta que cumpliste la mayoría de edad y pasaste a encargarte de ti mismo.

»Te viniste a casa de mis padres a vivir, pero trabajando de día y estudiando de noche, sin descanso. Contribuías en todo, a lo que mis padres siempre se opusieron, pero no tuvieron nada que hacer porque cualquiera te quita una idea de la cabeza. Hasta que conseguiste ahorrar el suficiente dinero para irte a vivir por tu cuenta, bueno yo salí de cabeza de casa detrás de ti.

»Compartimos durante muchos años piso y estudios. Cuando la empresa que montamos empezó a funcionar bien, a asentarse y a tener buenos beneficios, cada uno tiramos por nuestro lado e invertimos en una casa para independizarnos por nuestra cuenta.

»No es que nos molestáramos, eso jamás ha sucedido ni sucederá, pero llegó un punto en el que quisimos más privacidad y así lo llevamos a cabo. No te creas que te libraste de mí, porque si no era en las horas de trabajo en el estudio de arquitectura, que ya te digo que no eran pocas, siempre estábamos para arriba y para abajo, de un lado al otro.

—¿Algo más importante que deba saber? —pregunté interiorizándolo todo— Por cierto, sin contar mi trato con mis padres... ¿se han preocupado por mi desaparición? —La respuesta fue silencio durante un buen rato, no necesité más confirmación para saber cuál era la respuesta.

—A ver. —Se echó hacia delante en la mesa, apoyando los brazos—. Los llamé al no saber de ti y claro que se preocuparon, pero...

—Pero no movieron ni un dedo por mí. —Terminé por él. Asintió serio—. Perfecto, ya sé toda la información importante referente a ese tema —confirmé con la misma seriedad.

—Cuando volvamos a donde vivimos, te llevaré a tu casa. Tengo un juego de llaves, al igual que tú tienes uno mío en ella, porque imagino que no las tienes, ¿no?

—Si no tengo la cartera con la documentación y lo demás, voy a tener unas llaves —negué centrando la vista en la mesa, moviendo la servilleta entre los dedos.

—Ni te preocupes, soy tu solución a todo. —Me hizo un guiño y sonreí.

—Lo que te he preguntado antes... ¿hay algo más que me falte por saber?

—Sí. —Se echó hacia atrás.

—¿El qué? —Levanté una ceja.

—Es que... bueno, no hay «es que» que valgan. Lo suelto y tú verás lo que haces con ello —asentí—. Llevas

medio año saliendo con Gabriela.

e

^a Fue automático y con la única información con la que tuve un choque en mi interior, como si dos trenes
^b colisionaran a gran velocidad. No pude evitar ponerme tenso, detalle que no pasó desapercibido para Martín que
^s me observaba con atención.

l

Lo que no quería oír saltó encima de mí, dejándome fuera de combate en cuestión de segundos. Cogí aire lentamente, volviendo a mirar hacia la mesa, pensativo.

—¿Es serio? ¿Tengo una relación? —Quise asegurarme. La voz me salió más ronca de lo normal.

—Yo no lo considero de esa manera —su respuesta captó mi atención al momento. Levanté la cabeza, rápido
^l hacia él, encontrándome con una sonrisa que me desconcertó.

—¿Qué quieres decir?

—He dicho que estás saliendo con Gabriela, no que tengas una relación —dijo divertido.

—¿Eso cómo se come? —Levanté una ceja, pero sintiendo que me quitaba un gran peso de encima.

—Empezasteis tonteando, pero esa mujer es muy insistente. Tú, hasta que desapareciste, te dejabas llevar porque querías, claro, porque si no, no hubiera tenido nada que hacer. Ella es bastante acaparadora, aunque la sabes manejar muy bien parándole los pies.

—¿La quiero?

o

—No —respondió rápido y entrecerré los ojos.

a

—¿Y qué mierda hago con una persona a la que no quiero? ¿Durante seis meses?

—Eso me he preguntado muchas veces y tú eras conocedor, porque te las he dejado caer a ti. —Se encogió de hombros—. Pero para responderte a esa pregunta, paso a hablar de su padre.

—¿Qué tiene que ver ese hombre con todo esto?

—Al saber que empezasteis a tontear, fue él el que te pidió que estuvieras con su hija para que pusiera los pies en el suelo. Cómo decirlo, insinuó que lo hicieras lo más formal posible, aunque no confirmaste en ningún momento la relación. Por él es por lo que sigues con ella.

—¿En serio?

—Sí, puede que te sorprenda, pero se comportó como un verdadero padre contigo, aunque la mayoría del tiempo no estuviera presente en tu vida. Es un hombre muy ocupado.

—Ya veo —dijo pensativo—. Entonces no la quiero. —Me agarré a ese detalle porque el otro tema, el vinculado con el padre la tal Gabriela, podía solucionarlo en un abrir y cerrar de ojos.

—Digamos que si la dejas no vas a soltar ni una lágrima y hasta respirarías más tranquilo. —Levantó una ceja.

Cogí una gran bocanada de aire, sintiendo un alivio automático al ser conocedor de la verdad.

—Te voy a decir una cosa... —Volvió a inclinarse sobre la mesa, poniéndose serio—. En la vida, y lo digo muy en serio, en la vida te he visto actuar con una mujer como lo has hecho con Zoe, amigo. Os he observado, he sido testigo de vuestras reacciones, gestos y miradas... eso no se puede ocultar, ni habéis podido hacerlo, más que nada porque durante el tiempo que ha durado he desaparecido para vosotros. Otro dato sumamente importante que le da más énfasis a la situación en la que os encontráis.

Mis labios se curvaron solos. No necesitaba sus palabras para saber lo que había nacido sin darme cuenta, tan rápido como inesperado, pero así era. No iba a analizar el motivo de ello, o si era imposible que en un corto de espacio de tiempo se diera la posibilidad de lo que había sucedido, ¿para qué? Hay personas que conectan con solo una mirada, otras con una conversación, las hay que se enamoran al instante, algunas necesitan más tiempo y este se encarga de dejar fluir los sentimientos... sería por historias y situaciones.

Quien pasa por una en concreto, le cuesta entender las otras, o quizás no, pero eso quedaba para cada cual, según la vivencia de cada uno. A mí me importaba una mierda cómo se pudiera ver desde fuera, lo único que tenía claro es lo que llevaba por dentro y me había sobrepasado de una manera, que cuando Martín sacó a relucir que tenía una relación de meses, me cagué en todo, queriendo huir muy lejos de Gabriela. Primero hablándole claro y directamente, con la verdad por delante, pero, en resumidas cuentas, huir al fin y al cabo, porque por mucho que los recuerdos de mi vida me llegaran siendo consciente de mis sensaciones, impresiones y sentimientos... como bien había dejado claro mi amigo, nada de lo que había estado viviendo se podría comparar a lo que había ocupado mi vida hasta hacía poquísimo, siendo él testigo final. De eso estaba más que seguro.

—Yo dejo de hablar ya. —Su voz me trajo de vuelta al restaurante—. Sabes todo el resumen que conseguirás alargar y completarlo en algún instante, por lo tanto, ahora quiero que me cuentes todo lo que sabes desde que desapareciste. Lo que te ha pasado hasta hoy, incluyendo a Zoe. —Curvó los labios y no fue el único.

—Sí, puede que te sorprenda, pero se comportó como un verdadero padre contigo, aunque la mayoría del tiempo no estuviera presente en tu vida. Es un hombre muy ocupado.

—Ya veo —dije pensativo—. Entonces no la quiero. —Me agarré a ese detalle porque el otro tema, el vinculado con el padre la tal Gabriela, podía solucionarlo en un abrir y cerrar de ojos.

—Digamos que si la dejas no vas a soltar ni una lágrima y hasta respirarías más tranquilo. —Levantó una ceja.

Cogí una gran bocanada de aire, sintiendo un alivio automático al ser conocedor de la verdad.

—Te voy a decir una cosa... —Volvió a inclinarse sobre la mesa, poniéndose serio—. En la vida, y lo digo muy en serio, en la vida te he visto actuar con una mujer como lo has hecho con Zoe, amigo. Os he observado, he sido testigo de vuestras reacciones, gestos y miradas... eso no se puede ocultar, ni habéis podido hacerlo, más que nada porque durante el tiempo que ha durado he desaparecido para vosotros. Otro dato sumamente importante que le da más énfasis a la situación en la que os encontráis.

Mis labios se curvaron solos. No necesitaba sus palabras para saber lo que había nacido sin darme cuenta, tan rápido como inesperado, pero así era. No iba a analizar el motivo de ello, o si era imposible que en un corto de espacio de tiempo se diera la posibilidad de lo que había sucedido, ¿para qué? Hay personas que conectan con solo una mirada, otras con una conversación, las hay que se enamoran al instante, algunas necesitan más tiempo y este se encarga de dejar fluir los sentimientos... sería por historias y situaciones.

Quien pasa por una en concreto, le cuesta entender las otras, o quizás no, pero eso quedaba para cada cual, según la vivencia de cada uno. A mí me importaba una mierda cómo se pudiera ver desde fuera, lo único que tenía claro es lo que llevaba por dentro y me había sobrepasado de una manera, que cuando Martín sacó a relucir que tenía una relación de meses, me cagué en todo, queriendo huir muy lejos de Gabriela. Primero hablándole claro y directamente, con la verdad por delante, pero, en resumidas cuentas, huir al fin y al cabo, porque por mucho que los recuerdos de mi vida me llegaran siendo consciente de mis sensaciones, impresiones y sentimientos... como bien había dejado claro mi amigo, nada de lo que había estado viviendo se podría comparar a lo que había ocupado mi vida hasta hacía poquísimo, siendo él testigo final. De eso estaba más que seguro.

—Yo dejo de hablar ya. —Su voz me trajo de vuelta al restaurante—. Sabes todo el resumen que conseguirás alargar y completarlo en algún instante, por lo tanto, ahora quiero que me cuentes todo lo que sabes desde que desapareciste. Lo que te ha pasado hasta hoy, incluyendo a Zoe. —Curvó los labios y no fue el único.

Capítulo 18



—¿Por qué no te pones esta falda tan mona? —Se interesó Olga, con ella en alto mientras seguía rebuscando en mi armario.

—Porque ya estoy vestida y arreglada. Los pantaloncitos que llevo son perfectos e ideales —respondí sentada en la cama, viéndola divertida—. No saques más cosas que no me voy a cambiar.

—¿Se ha empeñado en que lo lleves al aire? —Se asomó por la puerta Emma, terminando de masticar lo que hubiera cogido de la cocina.

—Por lo visto sí y mira que ya he perdido la cuenta de responderle lo mismo —negué.

—Jo, chica, una aquí preocupada por el conjunto perfecto y tú ahí tan pasota —resopló cerrando el armario.

—¿Qué tienes en contra de lo que me he puesto? —Levanté una ceja.

—Dile la verdad. —Rio Emma, apoyándose en el marco de la puerta.

Más intrigada me quedé a la espera de escuchar lo que tenía que decirme. Yo había elegido unos *shorts* de tela de vestir que se adaptaban perfectamente a mi figura, combinándolo con una camiseta de arreglar que dejaba un hombro al aire y, como complemento final, unos zapatos de tacón normales, sin excederme porque sabía lo que suponía cada vez que nos echábamos a la calle por la noche.

Aguantar el tipo demasiadas horas, eso precisamente íbamos a hacer entre ir cenar y lo que surgiera después, según nos apeteciera. Normalmente frecuentábamos los mismos locales, mayoritariamente porque no era un pueblo muy grande y todo se agrupaba en la misma zona. Nuestra primera opción y la que pocas veces variaba, una vez salíamos del restaurante, era la de ir a tomar una copa relajadas en un ambiente que invitaba a ello. Por último, a otros más animados para mover un poco el cuerpo.

Me había dejado el pelo suelto y me había maquillado un poco, resaltando los labios para que destacaran con todo lo que llevaba puesto. Para encima de la camiseta ya había dejado en el salón una torerita del mismo color que los

pantalones y los zapatos. El tiempo empezaba a mejorar y durante las horas de sol se notaba un cambio considerable de temperatura, lo que no sucedía por las noches por la localización en la que estábamos.

—La verdad es que quiero que te desnudes y salir corriendo con lo que te has puesto para ponérmelo yo, me encanta. —Soltó una carcajada Olga, a la que nos unimos.

—¿Llevo media hora escuchando tus quejas por ese motivo? —Me levanté de la cama divertida.

—Chica, qué quieres, era eso o tirarte en la cama y quitártela yo. —Me hizo un guiño—. Estás preciosa —sonrió alisándome el pelo cuando se puso frente a mí.

—Gracias, lo estamos las tres —afirmé porque así era, ellas también habían elegido unos conjuntos perfectos para la ocasión.

—Yo sé de uno que como nos lo encontremos, le va a dar un jamacuco. —Rio Emma—. Menos mal que eres enfermera, ¿eh? Ahora que lo pienso, no sé si el jamacuco le dará a propósito por ese motivo.

—Claro, como si me viera en algún momento, más gracia no puedes tener. —Puso los ojos en blanco Olga y sonreí de oreja a oreja porque se estaban refiriendo a Adrián, mi hermano.

—Verte te ve, ahora que meta mano al asunto ya es otra cosa —dije colgándome de su brazo.

—El cielo ganado tengo con tu hermano, es desquiciante ¡*Aaargg!* —Salió gritando de la habitación mientras nosotras no pudimos parar de reír.

—Ponlo a prueba —sugirió Emma.

—¿Qué a prueba ni qué ocho cuartos? Con lo fácil que son las cosas. —Bufó.

—Para Adrián, no —aclaré divertida.

—Ilústranos con tu sabiduría al compartir sus genes. —Hizo un puchero Olga.

—Pon la grabadora —le pedí seria y no pude evitar reír al ver lo descolocada que se quedó—. Joder, ¿cuántas veces hemos tenido esta conversación?

—Miles. —Silbó Emma—. Tú dale con todo otra vez que se nos está viniendo abajo, necesita otro choque de realidad.

' —No me hace gracia. —Levantó la barbilla Olga, mirándonos de reojo—. Estoy esperando. —Reímos.

—Eres mi amiga. —Empecé como todas las anteriores y tuve que volver a reír al ver a Emma metida en el papel, para seguirme con el siguiente comentario. Nos los sabíamos hasta de memoria.

—Nena, que eso es evidente, lo que necesitamos saber es lo que esconde su interior. ¡A ver por qué el muchachot esquivaba a Olga todo lo que puede y más! —Me hizo un guiño.

—Venga, descifro su comportamiento, lo que no quiere decir que lo comparta —añadí la última parte dejándola clara, aunque la sabían de sobra—. Como siempre he dicho y me repito... nos ha visto crecer a las tres y ya sabéis lo protector que es, súmale que en su mente no entra otra forma de vernos, me refiero a como mujeres para...

—Coño, ni que fuéramos algo raro de la naturaleza. —Rio Emma, picándola más—Especifica, amiga. A ti lógicamente no te ve así y yo entro contigo en el mismo lote, pero aquí la amiga... eso hay que analizarlo a conciencia para saber en qué momento se desvió la rectitud de tu hermano.

—Los sentimientos no se pueden analizar, se sienten sin más —dije pensativa, hasta que Emma me trajo de golpe con un chasqueo de los dedos. Me apoyé en el reposabrazos del sofá—. Sabes de sobra por qué te huye. —Miré a Olga, sonriente. Continué al ver sus ojos brillantes— Le gustas más de lo que querría y te podría decir que gustar se queda muy corto a lo que le nace.

—¿Estás segura? —murmuró haciendo una mueca— Llevo mucho convencida de eso, Zoe, pero ¿cuántos años tengo? ¿Cuántos han pasado? ¿A cuántas se ha tirado? —Levantó las dos cejas poniendo cara de asco—. Puedo seguir, parádmelo.

—Tú desahógate aquí, que como lo hagas una vez en la calle la vamos a liar a lo grande y la coordinación no nos va a dar ni para llegar al hotel —la animó Emma subiéndose a la mesa del salón, quedándose sentada.

—Lo estoy —le respondí—. Pero por ese mismo motivo nunca se va a acercar a ti.

—Joder —soltó cabreada.

—Como decía, hemos crecido bajo su protección al ser mayor que nosotras. Toda una vida viéndonos juntas y la unión que tenemos, la que él por ningún motivo se perdonaría estropear.

—Ni que eso pudiera darse. —Bufó poniendo los ojos en blanco.

—Él lo ve así, ya lo sabéis. —Me encogí de hombros—. Solo piensa en todas las posibilidades que saldrían mal, las que tensarían la situación cada vez que nos reuniéramos, que no son pocas —aclaré.

—Tengo que buscarme un ligue —susurró desanimada Olga, dejándose caer en una silla del salón.

—Pues creo que sería la mejor opción, ¿verdad? —habló Emma dirigiéndose a mí y supe por dónde iba. Asentí

con una sonrisa porque podía ser la única solución para lo que estaba pasando.

—Estoy de acuerdo, ya toca —confirmé con palabras, cómplice con ella.

e

—Leches, pensaba que ibais a quitarme las ganas. —Se sorprendió Olga.

—No amiga, porque si lo haces, puede que el estallido sea inmenso, créeme. —Emma y yo sonreímos cuando agrandó los ojos al pillar el significado—. Es lo que te queda por hacer y, si aun así, nada, pues quien sabe, lo mismo con ese ligue surge algo.

Se levantó de golpe dando palmadas, con pequeños saltitos sobre los tacones, lo que terminó haciéndonos reír a las tres.

—Nos vamos ya. ¿Por qué tardáis tanto? —Reaccionó rápido Olga, poniéndose la chaqueta al vuelo y caminando hacia la puerta— Venga, mover esos culazos que Dios os ha dado, me espera una noche movidita. —Soltó una carcajada y de esa manera desapareció por la puerta.

No tardamos en salir detrás de ella, directas a mi camioneta. Habían llegado hasta mi casa cada una por su cuenta en taxi, con la intención de dormir en el hotel porque era lo que solía suceder. La noche de fiesta se iba a alargar y nada mejor que tener un lugar para finalizar la noche sin tener que movernos mucho porque el hotel estaba situado a pocas calles de la zona animada en la que estaríamos.

Nada más llegar al centro de pueblo y aparcar fuimos al bar de tapas de Leo, un amigo de la infancia. No había vez que no nos pusiera todo por delante, hasta él mismo lo hacía al acompañarnos siempre que tenía un rato libre, con todo controlado por sus camareros. Cenamos entre risas, comentando cómo había ido la semana de trabajo, pero el tema estrella, el que yo hubiera querido evitar a toda costa, fue el que acaparó más la velada.

Desde que Emma y Olga aparecieron en mi casa había apartado el cómo me sentía, intentando desconectar de todas las sensaciones que me habían agobiado y trastocado desde que me despedí de Kevin en la puerta del hotel. Bastante me había desahogado con las dos porque cuando Emma me llevó a su despacho, Olga estuvo presente desde la distancia, a través del teléfono.

No me preocupaba pasar la noche en el mismo hotel que él porque no lo vería. En la estancia que nos quedábamos nosotras, la que Emma tenía habilitada para las tres, estaba separada de la entrada principal. Se accedía directamente por una puerta que estaba situada en un lateral, como si fuera un pequeño apartamento dentro del mismo edificio. No teníamos que cruzarnos con nadie, por lo tanto, en ese sentido me sentía tranquila porque verlo supondría otro choque para mis sentidos.

—¿Te apuntas más tarde? —le propuso Emma a Leo después de que pagáramos la cuenta.

—Seguramente, pero esta noche tengo plan, preciosa. —Le hizo un guiño.

—Vaya, vaya... ¿me has sustituido?

—Lo lamento, cariño. ¿No me sustituíste tú el fin de semana pasado? —Rieron los dos.

—Toda la razón, disfruta. —Le hizo un guiño.

Así llevaban tantos años que ya ni nos acordábamos. Cuando les apetecía se juntaban, cuando no, iban por libre por otros caminos, pero sin ningún compromiso ni vínculo porque siempre habían tenido claro que entre ellos no había más sentimientos que los provocados por los años que hacía que se conocían.

Nos despedimos de Leo y salimos a la calle, mezclándonos con el ambiente que había a esas horas. Elegimos una terraza para tomar la primera copa, la que daría comienzo a otra parte de la noche. Olga estuvo más pendiente de observar alrededor que de nosotras, más de una patada recibió de Emma. Yo no tenía ni idea si Adrián iba a salir esa noche por lo que no se lo pude asegurar, de ahí su inspección exhaustiva de todo lo que se movía a nuestro alrededor.

,
)

—Vaya, vaya... ¿me has sustituido?

—Lo lamento, cariño. ¿No me sustituiste tú el fin de semana pasado? —Rieron los dos.

—Toda la razón, disfruta. —Le hizo un guiño.

Así llevaban tantos años que ya ni nos acordábamos. Cuando les apetecía se juntaban, cuando no, iban por libre por otros caminos, pero sin ningún compromiso ni vínculo porque siempre habían tenido claro que entre ellos no había más sentimientos que los provocados por los años que hacía que se conocían.

Nos despedimos de Leo y salimos a la calle, mezclándonos con el ambiente que había a esas horas. Elegimos una terraza para tomar la primera copa, la que daría comienzo a otra parte de la noche. Olga estuvo más pendiente de observar alrededor que de nosotras, más de una patada recibió de Emma. Yo no tenía ni idea si Adrián iba a salir esa noche por lo que no se lo pude asegurar, de ahí su inspección exhaustiva de todo lo que se movía a nuestro alrededor.

Capítulo 19



Kevin

Varios golpes en la puerta de la habitación del hotel me sacaron de mis pensamientos. Me dirigí a abrir a Martín, así habíamos quedado una vez termináramos de arreglarnos.

Después de comer, habíamos dado un paseo por la zona, descubriéndola los dos por primera vez. Cuando llegó el momento de ir hacia el hotel para descansar un poco, pasamos a recoger su equipaje, el que dejó en el coche y nos despedimos antes de entrar cada uno en nuestra habitación, las que quedaban puerta con puerta.

—¿Seguro que te apetece salir? Si lo prefieres podemos cenar algo rápido aquí mismo y seguir hablando, si te apetece —me sugirió cuando cerré la puerta, quedándonos dentro.

—¿No me ves? —Levanté los brazos porque me había vestido para la ocasión. Por suerte en la mochila que Adrián encontró en el vehículo accidentado había un poco de todo, siendo de mi talla, lo que me dejó más claro que me pertenecía porque me quedaba todo como un guante. Lo que me llevó a centrarme en un tema que no había sacado delante de Martín.

—Era por si te lo habías pensado mejor. —Rio.

—Martín... —dije caminando hacia el armario.

—¿Sí? ¿Has recordado algo? —Se interesó siguiéndome.

—Ya me gustaría —solté un suspiro—. Por ahora no, pero me conformo con la sensación que me produce estar a tu lado —dije sin mirarlo.

—Ok, ¿entonces qué ibas a decir? —Lo escuché a mi espalda.

—¿Tú sabes el motivo por el que me fui de viaje? Lo interpreto así porque si el accidente me sucedió aquí y hay cuatro horas de distancia en coche... ¿Sabes qué me hizo venir hasta aquí? ¿Si era mi destino? O a lo mejor estab:

de paso y quería ir hacia otro lugar.

—No tengo ni idea, tío —negó cuando busqué su mirada.

—¿No nos lo contamos todo? Has dicho...

—Es correcto —me apretó un hombro—, pero da la casualidad de que cuando te fuiste yo estaba en otro viaje de negocios. Ahora no voy a entrar en ese tema, ya te lo explicaré en la oficina desde el inicio del proyecto. Esos días nos llamamos, pero al yo tener reuniones e ir de un lado al otro pasó más tiempo del normal entre llamada y llamada.

»Me sorprendió cuando me desperté a la mañana siguiente de irte, que fue bastante tarde porque fue la última cena para celebrar que habíamos cerrado el contrato y se alargó más de la cuenta, ver un mensaje tuyo en el que decías que habías tenido que salir viaje y que ya me pondrías al día cuando llegaras al destino.

—Mierda —susurré llevando la vista otra vez hacia el armario.

—¿Qué pasa?

—Que entonces no puedo saber por qué narices llevaba conmigo esto, en el maletero del coche —Abrí una hoja de la puerta.

No dijo nada mientras observaba la maleta que quedó visible.

—Es tuya —confirmó seguro.

—No pude ser. —Me pasé las manos por el pelo, dejándolas paradas en él, pensativo.

La saqué y la llevé hasta la cama para que entendiera mi respuesta. La sorpresa apareció en su cara cuando la abrí y la ropa de mujer se mostró ante él.

—Joder, ¿has guardado este secreto durante toda la vida? —Me miró de reojo mientras sacaba algunas prendas.

—Muy gracioso, aunque la verdad, no sé si estás en lo cierto. —Seguí sus movimientos.

—No digas tonterías, ese no es tu caso.

—¿Y qué sentido le doy a esto? —La señalé—. Si iba solo en el momento del accidente no lo encuentro, pensaba que si sabías hacia dónde me dirigía...

—Lo siento, tío, no nos dio tiempo a hablarlo —se lamentó—. No me suena de nada. —Revisó todo el contenido.

—¿Puede ser de Gabriela? ¿Hay alguna posibilidad de que...?

—¿De Gabriela? —Soltó una carcajada—. Cuando la veas entenderás mi reacción. Si se pone esto —levantó una camiseta normal—, le entraría urticaria. —Levanté una ceja por el significado.

—Déjalo, vamos a cenar. —Lo aparté y lo recogí todo, llevando la maleta de vuelta al armario.

Me dirigí hacia la mesita de noche y cogí la cartera que me había dado durante el paseo. La abrí para ver otra vez la documentación. Martín había metido una tarjeta de la empresa, una fotocopia de mi documento de identidad que había sacado de nuestra empresa antes de venir y dinero en efectivo. Un tesoro tenía entre las manos, eso es lo que supuso para mí no solo viendo mi nombre, sino sabiendo también mis apellidos.

Antes de salir me guardé el móvil que también me había traído. Uno nuevo que se había parado a comprar antes de venir a mi encuentro, con mi tarjeta en el interior, la que supe que era el número que siempre había tenido. Como me dijo, era una copia de la original, por lo visto la guardaba en el escritorio de mi despacho, de ahí la había cogido. Con él me había entretenido buena parte de la tarde, revisando todos los contactos por si me aportaba algo. Pocas conversaciones había registradas, lo que me aclaró que se debía a que como no pude hacer copia de seguridad en el anterior, no se habían traspasado. No conseguí aclarar nada, solo saber que la lista de contactos era bastante larga.

Salimos del hotel y caminamos por la acera con la intención de ir hacia un cajero que habíamos visto antes de encerrarnos. Mi intención era reponer el dinero en la tarjeta que Levi y Adrián me habían dado, el que había utilizado en la comida con Zoe. Cuando lo hice me la guardé con el pensamiento de devolvérsela al día siguiente : Levi, cuando fuera a la sesión de rehabilitación con Nando, volviéndole a agradecer todo lo que habían hecho por mí.

Cuando llegamos a la zona de los bares y restaurantes había mucho ambiente. Entramos en uno al azar, de picoteo y ocupamos una mesa. Cenamos muy bien, sin prisa y empujado por Martín decidimos ir a investigar los locales que estaban cerca.

Fueron varios en los que entramos, pero tal como lo hicimos salimos. Le aclaré a Martín lo que buscaba después de salir del cuarto. Os lo imagináis, ¿no? Claro que sí, a Zoe. Sabiendo que esa noche había quedado con Emma no lo pude evitar, intentando propiciar otro acercamiento, el que estaba deseando que se diera.

Y en el séptimo cantamos bingo, y menos mal, porque era el último en el que nos quedaba por mirar. Localicé a Zoe en la pista de baile y sin apartar la vista de ella me dirigí hacia el lateral de la barra, quedándonos un poco apartados y escondidos, con la facilidad de seguir viéndola por un hueco que quedaba en la barra, al estar despejada en ese ángulo.

Le hice un repaso, despacio y detallado. El contoneo de su cuerpo, las sonrisas hacia sus amigas porque no estaba sola, Emma y Olga la acompañaban desde los lados. Me apoyé en la barra, gesto que imitó Martín, divertido por la situación. ¿Le presté atención a él? Pues no, tenía los ojos muy ocupados viendo la imagen de Zoe,

divirtiéndose mientras me aprendía de memoria la parte de atrás de su cuerpo.

—¿No te vas a acercar?

—Todavía no —contesté pensando en si llegaría a hacerlo.

Pensamiento descartado y anulado en cuestión de segundos, el tío que se puso a bailar detrás de ella y dejó una mano en su cadera acababa de aniquilar la posibilidad de quedarme en la distancia. Martín soltó una carcajada al ver mi reacción, que no fue otra que empezar a caminar hasta ella.

,

Decidido a ponerme enfrente para que me viera, me paré cuando reconocí a Levi, a Adrián y a Álvaro, el último fue el que se presentó a mí cuando lo encontré con Zoe en el exterior de su casa, cuando fui a verla. Martín se frenó a mi lado, esperando a que llevara a cabo lo que me había propuesto.

Curvé los labios al ver la intención que tuvieron al llegar hasta ellas, la que fue más que evidente y no tardaron en llevar a cabo, espantando a los tres tíos que estaban alrededor de ellas, más cerca de lo normal.

Olga levantó los brazos diciendo algo, lo que no conseguí oír porque no me había quedado lo suficientemente cerca y con la música... pero por lo que aparentó de muy buen humor no estaba y se dirigía a Adrián que en ese instante miraba haciendo un repaso por toda la sala, disimulando. Álvaro a su lado estaba casi doblado de la risa y Levi los observaba a todos divertido, con los brazos por encima de los hombros de Zoe y Emma.

³ Las expresiones de las dos últimas habían pasado de estar molestas por la interrupción intencionada, lo que no me quedó claro es si era porque les habían chafado algún plan al espantar a los que las rondaban, o porque era una situación que se repetía a menudo en el grupo que hacían. Si tuviera que apostar por una de las dos opciones, me lanzaría a la última, por la expresión y los gestos de los chicos.

,

Más calmado y sin tanta prisa empecé a acercarme hacia ellos. Fue Levi el primero en verme, ampliando la sonrisa que tenía, hasta que soltó una carcajada que no entendí, pero que me dio igual. El segundo fue Adrián, el que me observó con una ceja levantada como si supusiera otra amenaza en su plan, la que se tendría que tragar porque conmigo no iba a poder, pensé divertido, pero sin mostrar nada hacia fuera.

—Hola —dije en alto para hacerme notar hacia el resto, por encima de la música.

Todos se giraron hacia mí y la sorpresa de Zoe quedó clara cuando agrandó los ojos, los que por cierto le brillaban más de la cuenta debido a lo que llevaba bebido.

—Kevin... —susurró sin que nadie la escuchara.

Ni yo la oí, identifiqué mi nombre porque me centré en sus labios y los movimientos de ellos. Curvé los labios y a punto de hablar no llegué a hacerlo porque Álvaro se me adelantó.

—Esto hay que aprovecharlo mi ninfa, ¿verdad? —comentó alzando la voz.

Me quedó claro a quién se dirigía con esa palabra cuando Zoe lo buscó entrecerrando los ojos, por parte de él le hizo un guiño exagerado y después soltó una carcajada.

—Vamos a la barra, allí el volumen de la música nos dará más tregua para hablar —propuso Levi.

—¿Ya os estáis haciendo con nuestra noche? Era de chicas, ¿sabéis lo que significa? —soltó Emma, pizpireta, señalándose. No me pasó desapercibida la mirada con la que repasó a Martín.

—Aquí estamos bien —soltó Adrián con energía—. De igual manera no nos íbamos a quedar mucho.

—Claro, ahora que me has estropeado la noche. —Bufó Olga y me extrañó verla de esa forma porque en todas las ocasiones que lo había hecho en el hospital, era todo sonrisas y buen carácter.

Desvié la mirada hacia Adrián, más que nada porque todos en ese instante tenían los ojos puestos en él que atravesaba con los suyos a Olga. Y no me hizo falta saber más, ni que me aclararan la situación para comprender lo que estaba sucediendo, dirigido en la dirección de ellos.

—Chicos —habló Zoe captando la atención—. Él es Martín, amigo íntimo de Kevin. —Nos señaló a los dos.

—Joder. —Levi se separó de ella dando varios pasos hacia mí, con la misma expresión que Adrián y Álvaro, las de las chicas nada tenían que ver porque imaginé que ya estaban al día de mis novedades—. ¿Sabes tu nombre? ¿Qué me he perdido? ¿Martín o Kevin? —Quiso saber emocionado por el descubrimiento.

—Kevin —sonreí encogiéndome de hombros—. Él, Martín. —Puse una mano en el pecho de mi amigo.

—Esto hay que aprovecharlo mi ninfa, ¿verdad? —comentó alzando la voz.

Me quedó claro a quién se dirigía con esa palabra cuando Zoe lo buscó entrecerrando los ojos, por parte de él le hizo un guiño exagerado y después soltó una carcajada.

—Vamos a la barra, allí el volumen de la música nos dará más tregua para hablar —propuso Levi.

—¿Ya os estáis haciendo con nuestra noche? Era de chicas, ¿sabéis lo que significa? —soltó Emma, pizpireta, señalándose. No me pasó desapercibida la mirada con la que repasó a Martín.

—Aquí estamos bien —soltó Adrián con energía—. De igual manera no nos íbamos a quedar mucho.

—Claro, ahora que me has estropeado la noche. —Bufó Olga y me extrañó verla de esa forma porque en todas las ocasiones que lo había hecho en el hospital, era todo sonrisas y buen carácter.

Desvié la mirada hacia Adrián, más que nada porque todos en ese instante tenían los ojos puestos en él que atravesaba con los suyos a Olga. Y no me hizo falta saber más, ni que me aclararan la situación para comprender lo que estaba sucediendo, dirigido en la dirección de ellos.

—Chicos —habló Zoe captando la atención—. Él es Martín, amigo íntimo de Kevin. —Nos señaló a los dos.

—Joder. —Levi se separó de ella dando varios pasos hacia mí, con la misma expresión que Adrián y Álvaro, las de las chicas nada tenían que ver porque imaginé que ya estaban al día de mis novedades—. ¿Sabes tu nombre? ¿Qué me he perdido? ¿Martín o Kevin? —Quiso saber emocionado por el descubrimiento.

—Kevin —sonreí encogiéndome de hombros—. Él, Martín. —Puse una mano en el pecho de mi amigo.

Capítulo 20



Zoe

—¿Y cómo ha sido? Joder me he quedado... —Escuché a Levi que cada vez se alejaba más tirando de Kevin, para saber todos los detalles, junto a Martín que no se separó.

Todos los seguimos de cerca, Adrián como el que no quiere la cosa huyó esquivando a la gente rápido para llegar hasta los tres. Entendía que quería saber de buena mano la información como Levi, pero no fue eso lo que lo motivó a separarse de nosotros, fue Olga que seguía con los labios fruncidos.

El alcohol la había envalentonado para plantarle cara a mi hermano, por el motivo de querer chafar nuestros planes. Bien sabíamos las intenciones con las que se acercaron a nosotras los tres chicos, los que después de presentarse se habían quedado junto a nosotras, rodeándonos cada vez más animados.

Sinceramente yo no buscaba nada, simplemente pasar un rato divertido, bailando y riendo como estábamos haciendo antes de la aparición inesperada. Había dejado que Angus, que era el que se pegó a mí, se tomara la libertad para agarrarme y rozarse más de la cuenta.

Emma había estado más que satisfecha con la situación y a Olga no le costó ni un poco dado que llevábamos varias copas bebidas, lo que había provocado que se desinhibiera.

Si ya sabía que la imagen de ella, cómo la vio Adrián, rozándose con el chico, lo iba a poner por las nubes y no consentiría que siguiera avanzando el tema. No había podido resistirse a dejar clara su postura delante de los tres que nos acompañaban, cuando llegó a nuestro lado con una expresión clara en la cara, la de que, ya tardaban en largarse.

Levi y Álvaro lo habían apoyado, divertidos con la escena, lo que no tuvieron problema en mostrar ganándose cada uno una mirada amenazante de Adrián. Antes de ese instante todo marchaba bien, por mi parte habiendo conseguido el propósito que necesitaba entre el alcohol y las risas, dejar la mente en blanco y disfrutar olvidándome de lo que me tenía removida por dentro.

Pero ese estado se había venido abajo. Primero por los chicos, aunque ya os digo que con mi hermano y el resto podía lidiar sin problema y hasta salirme con la mía cuando quisiera, pero lo que más me había impactado había sido la segunda parte, la aparición de Kevin. La posibilidad de que le diera por salir no había pasado por mi cabeza y mucho menos el coincidir en el mismo bar de copas en el que nosotras llevábamos casi una hora.

Al escuchar su voz, al girarme hacia él... vamos que me había puesto a temblar al admirarlo. Porque eso había hecho, al comprobar cómo iba vestido. Se veía diferente, hasta su mirada lo era, la que me inquietó, pero de la que no pude apartar los ojos. Si os digo que estaba guapísimo me quedaba corta en la descripción, así de simple y de esclarecedor.

—La próxima vez a ver si se te ocurre algo para tirar de Adrián hacia donde te dé la gana, pero no al mismo lugar en el que estamos nosotras —dijo enfadada Olga, dirigiéndose a Álvaro.

a —¿Yo? —Se señaló divertido—. Preciosa, si a estas alturas no sabes que él va a hacer y deshacer lo que le dé la gana tenemos un problema. —Soltó una carcajada—. Y encima lo sueltas como si yo fuera adivino y tuviera que anticiparme a lo que hacéis. Por cierto, ¿me he perdido algo? Porque hasta esta noche siempre has estado encantada con nuestras interrupciones. —Levantó las cejas varias veces.

—Tenía un ligue y me habéis chafado el plan.

—¿Qué era? —La miró interesado por escuchar la respuesta.

—Tirármelo, ¿tengo que aclarártelo? —Soltó un bufido Olga.

—Qué interesante —dijo serio, pero terminó riendo con ganas, siendo muy consciente de la repercusión que podía conllevar ese hecho.

Dejaron de hablar cuando nos reunimos con Levi, Adrián, Kevin y Martín que estaban apoyados en la barra, con las consumiciones que no hacía mucho que habían pedido mientras hablaban entre ellos.

—Es increíble cómo se ha dado todo —dijo Adrián, asintiendo pensativo.

—¿Qué queréis tomar? —Fue Álvaro el que nos preguntó y nos hizo notar hacia el resto.

Le dijimos cada una la bebida que queríamos y nos quedamos las tres juntitas frente a todos. Callados nos observaban. Las miradas variaban entre divertidas, normales, hasta intensas. Martín se acercó a Emma y a Olga para presentarse formalmente.

Fue interesante el roce que tuvieron Emma y él, propiciado por ella, intencionadamente, como también lo fue algo que le susurró en el oído cuando le dio el último beso. Martín cuando se separó la miró con intensidad, con una ceja levantada, pero con los labios curvados dando muestra de que le había gustado.

Di gracias a que empezaron a repartir las bebidas ya que ellos estaban junto a la barra, para tener algo entre las manos y una distracción para soportar los ojos de Kevin que no dejaban de mirarme mientras los míos hacían todo lo posible para evitarlo. Nerviosa perdida estaba y no sabía dónde meterme. Mi situación empeoró cuando de repente, con la copa en una mano, Kevin se adelantó quedándose enfrente de mí. Me agarró de una de las manos que yo tenía libres al sujetar con la otra la copa, como hacía él.

2

Me quedé sin respiración cuando tiró de mí y empezó a alejarse del resto, en silencio, hasta que la voz de mi hermano resonó fuerte, frenándolo.

—¿Adónde vais?

—¿Y a ti que te importa? Por lo visto hay hombres que saben lo que quieren —contraatacó Olga.

Kevin y yo nos habíamos quedado medio girados hacia ellos.

—¿Qué te pasa esta noche? —Se extrañó Adrián, mirándola con intensidad.

—Tú me pasas. —Bufó—. Deja a tu hermana hacer lo que le dé la real gana. —Lo señaló.

—Eso lo hago por mí misma cuando quiero. ¿Verdad hermanito? —hablé levantando una ceja porque a pesar de sus reacciones protectoras, no solo los dos lo teníamos claro, sino que el resto también, sin contar a Kevin y Martín que no nos conocían hasta ese punto.

¹—Esa es mi chica —gritó Emma, recostándose disimuladamente o no, contra el brazo de Martín que la miro divertido.

—Estáis muy graciosos esta noche. —Entrecerró los ojos Adrián.

—Es que no dejas de soltar chistes. —Rio Álvaro.

—Adrián. —Lo llamó Kevin que todavía no me había soltado. Su mano rodeaba a la mía y el calor y la sensación que me transmitía me encantó. No quise perderlas—. Cuando vuelva, si quieres, te lo cuento al detalle.

Con esas últimas palabras y con un guiño le dio la espalda y volvió a tirar de mí, esa vez sí, alejándonos sin más interrupciones mientras escuchábamos a nuestras espaldas resoplidos, los que salieron de mi hermano, pero, sobre todo, carcajadas fuertes, las que soltaron los demás.

² Me guio hacia una parte en la que estaba más libre de gente y que quedaba resguardada no haciéndose visible. Cuando nos acomodamos me quitó la copa de la mano y junto a la suya, dejó las dos encima de una mesa alta.

—¿Te ocurre algo? —Tanteé la situación al ver su expresión dura y seria.

› —Me pasa de todo, Zoe, inexplicablemente —respondió acortando la distancia conmigo.

—Kevin...

—Dime —susurró al quedarse muy cerca.

—¿Qué estás haciendo?

—Lo que quiero y deseo.

Tragué saliva porque si se comportaba de esa forma... Dios mío, iba a estar perdida, ¿qué digo? Ya lo estaba, madre mía, madre mía...

—¿Estás de acuerdo Zoe? —Contuve el aire cuando levantó una mano y rozó la piel del hombro que tenía al aire, deslizando los dedos despacio sobre él— Dime que sí —susurró sin que yo pudiera responder perdida en sus ojos, ante la intensidad con la que me miraba.

—Kevin, tienes una vida lejos de aquí —conseguí decir.

—Lo sé y ya soy conocedor de ella, al completo. —Llevó la mano detrás de mi nuca—. ¿Te lo estabas pasando bien? ¿Con ese tío agarrándote?

—¿Qué?

—Estaba demasiado cerca, ¿no crees? —Se inclinó sobre mi cara, quedándose a pocos centímetros.

—Estábamos bailando —murmuré y puso la oreja cerca de mis labios por unos segundos en los que repetí las palabras, lo que provocó que me acercará a él, tirando de mí cuando volvió a mirarme, sin que quedara nada de separación entre nosotros.

—Quizás esa era tu intención, pero la del otro... —Apretó la mandíbula.

—¿Cómo ha sucedido esto? —dije sin creérmelo, fuera de juego.

—No tengo ni puñetera idea, pero ha pasado, ¿qué te parece? —Su aliento me calentó y cerré los ojos por unos instantes.

—Que lo quiero —dije segura cuando los abrí.

—¿Aunque tenga que irme? —Buscó la verdad en mis ojos y asentí despacio, respondiendo también a la pregunta anterior de si estaba de acuerdo.

Sus labios se curvaron, su mirada bajó hacia mis labios, los que acarició con la otra mano. Su cuerpo se pegó más al mío y yo ya estaba expectante porque sucediera lo que todo ello indicaba. Y temblorosa, porque al estar tan juntos sentí la parte baja de su cuerpo perfectamente, lo que me hizo tragar saliva al sentir la dureza que ocultaba el pantalón.

Mis pulsaciones aumentaron cuando llevó las manos por detrás de mi cuerpo y las dejó apoyadas en mi trasero, cubriéndolo con cada una de ellas mientras hacía presión hacia arriba, buscando mis labios con los suyos. El primer contacto para mí fue electrizante por todas las sensaciones que estaba sintiendo y por las que me provocaba.

Despacio, sin apartar la vista en las dos direcciones, nos besamos acariciándonos, sin tener ninguna prisa mientras interiorizábamos lo que nos hacíamos sentir. La presión de sus manos aumentó en el mismo instante en el que cubrió toda mi boca, movimiento que acompañó haciéndose paso al interior con la lengua. El beso pasó a otro nivel, al igual que nuestros cuerpos que se rozaron con ganas contenidas.

Llevé las manos a su nuca, lo que lo motivó a soltar un gruñido que quedó amortiguado por nuestro contacto, levantando mi cuerpo hacia arriba, poniéndome a su altura.

—No se te ha olvidado cómo besar —dije cuando nos separamos, intentando regular la respiración.

—Por lo visto no, ¿verdad? —Ladeó los labios.

Negué varias veces para que lo tuviera claro, obteniendo que sus ojos se encendieran más de lo que habían estado, traspasándome con la intensidad de ellos.

—Ven conmigo, ahora —susurró con voz ronca, pegando la frente a la mía.

—Sí —respondí con convicción porque era lo que deseaba, fuera donde fuera, mientras estuviera él.

—Nos vamos. —Se separó de golpe y volvió a tirar de mi mano, regresando sobre los pasos que habíamos dado para alejarnos.

Adiós copas, ahí os quedáis en la barra, grité en mi cabeza, emocionada por todo lo que estaba sucediendo y lo que me estaba transmitiendo, tanto con sus actos y gestos, como con sus palabras.

Capítulo 21



Kevin

Agobiado iba sorteando a la gente. No sabía si ese ambiente solía gustarme anteriormente, pero en el momento en el que estaba me superó, solo pensaba en la dichosa salida. Estar con Zoe, a solas, ya era un motivo más que suficiente para que ello se multiplicara, por lo tanto, no sabía si era por lo primero y por lo segundo.

No la solté en ningún momento, no fuera a ser que se me escapara de entre las manos y perdiera la oportunidad que se había dado entre los dos, el que estaba deseando disfrutar como se merecía, aislados de ruido y de personas ya fueran conocidas o no.

Nos vieron llegar cuando nos faltaba poca distancia para darles encuentro. Seguían estando todos, con algún cambio de posición estratégica.

—¿Qué tal? —Fue Martín el primero en interesarse.

—Perfecto —confirmé.

Varias miradas estaban dirigidas a nuestras manos unidas, lo que no me importó. Afiancé más el agarre, tensando el brazo para que el de Zoe me rozara.

—Nos vamos —hablé después de tomarme unos segundos en silencio, en vista de que ni uno había hecho el intento de decir nada.

—¿Ya? —Se extrañó Olga.

—Sí —confirmó Zoe.

—¿Recuerdas cómo volver al hotel? —Me dirigí hacia Martín que asintió divertido.

—No te preocupes, nos pillas de paso para ir a por el coche, lo acompañamos —intervino Levi, haciéndome un

guiño.

Desvió la mirada hacia Zoe e interpreté que tuvieron una conversación silenciosa entre los dos, la que nadie más supo. Cuando pareció quedarse conforme curvó los labios y se recostó en la barra.

—Antes de irme y como la llevo encima —empecé a decir perdiendo el contacto con la mano de Zoe para sacar la cartera de un bolsillo. La abrí y saqué la tarjeta del banco, la que me regalaron de buena fe para ayudarme con mi, digámosle problema—. Gracias por todo otra vez, no sabéis lo que significó para mí al sentirme perdido y sin tener absolutamente nada. —La puse delante de Adrián y de Levi. La moví para que la cogieran porque se lo pensaron mucho y fue el primero, Adrián, el que asintiendo, la agarró—. Está todo el dinero —aclaré guardándome la cartera, volviendo a coger la mano de Zoe.

—Kevin, si faltara algo no tienes que justificarte. Te la ofrecimos para eso mismo, para que lo utilizaras —comentó Levi.

—Lo sé, pero ahora tengo las cosas más o menos encauzadas...

—Lo demás llegará solo. —Me hizo un guiño, seguro de ello.

,

—Ahora sí, espero que nos veamos antes de tener que abandonar el pueblo. —Les ofrecí la mano y mientras les daba un beso a Emma y a Olga vi de reojo la mirada penetrante de Adrián a Zoe, entendiendo por dónde iba su manera de actuar referente a mí.

En un instante en el que Zoe se puso a despedirse yo aproveché para ponerme al lado de Adrián, llamando su atención.

—No voy a hacerle daño.

—Te vas a ir, claro que se lo vas a hacer, aunque no sea tu intención —habló apretando la mandíbula.

—No puedo hacer otra cosa.

—Poder siempre se puede, pero lo entiendo. Apenas has recuperado una pequeña parte de tu vida, te queda mucho camino por delante. Tus circunstancias no son fáciles y espero que el día que lo veas todo con claridad, no apartes a mi hermana como si no fuera nada, porque entonces, te buscaré dónde haga falta.

Pensativo dejé la vista fija en Zoe que reía junto a Emma y Álvaro. Sentí un pellizco en el estómago porque no quería que estuviera de otra forma que no fuera en la que la estaba viendo. ¿Me había equivocado? Y tuve clara la respuesta cuando Zoe giró buscándome, sonriente y esperando a que nos fuéramos.

No, en absoluto me había equivocado, aunque a los dos nos costara separarnos, porque ella no iba a ser la única en

sufrirlo. El primer impulso que había tenido me lo recriminé, pero poco tiempo tardé en tomar el control y centrar la mente.

—Eso no sucederá —lo dije tan convencido que hasta mi tono de voz varió, lo que hizo que Adrián girara la cabeza hacia mí.

Después de un intercambio de miradas entre los dos, asintió aceptándolo. Ese fue el instante que elegí para separarme de él y llegar hasta Zoe.

—¿Nos vamos? —susurré inclinado hacia ella. Sonreí cuando dio un pequeño respingo.

—Sí. —Ladeó la cabeza hacia mí.

Esperé a que se despidiera de su hermano con un abrazo que era el único que le faltaba y esa vez nuestras manos no se unieron, pasé directamente un brazo rodeando su cintura y la atraje hacia mí mientras nos hacíamos hueco para salir. Cuando lo hicimos cogí varias veces aire.

—¿Estás bien? —se preocupó.

—Solo me he agobiado. ¿Aguantas muchas horas dentro? —La seguí cuando empezó a caminar.

—Con varias copas, sí —sonrió.

—Ahora lo entiendo, no me he bebido ni una. —Puse los ojos en blanco.

—¿Dónde vamos? —Se paró observando la calle.

—Vas en buena dirección —le susurré al oído—, al hotel.

—Ok —dijo con un suspiro.

—¿Te parece bien? —la paré cuando dio varios pasos. Necesitaba asegurarme— Si te has arrepentido...

—No —negó—. Es solo que me pone nerviosa estar junto a ti.

—¿En serio? —Curvé los labios.

—Supongo que es por cómo ha pasado todo desde el principio. —Se encogió de hombros y aproveché para rodeárselos con un brazo.

¹ —Quién sabe, tendremos que descubrirlo y ya de paso, cambiarlo —comenté emprendiendo la marcha.

No esperé a que volviera a hablar y eso fue lo que sucedió. En silencio recorrimos las calles que estaban muy animadas, hasta que nos adentramos en la que llevaba directa al hotel. Cuando llegué a la puerta de mi habitación abrí y le di paso. Me apoyé en el marco viéndola llegar al centro, parándose en él. Quedaba perfecta allí, en mi habitación.

Fui hacia una pequeña mesa que había y dejé la cartera y el móvil, deshaciéndome de la chaqueta también.

—¿Te apetece algo de beber?

—Ahora no —me respondió.

—Ven aquí —le pedí sentándome en el brazo del sillón que acompañaba a la mesa.

Abrí las piernas para que se quedara entre ellas y cerré los ojos al sentir sus manos acariciarme el pelo. Tan a gusto me sentí que dejé caer la cabeza hacia delante, dejándola apoyada sobre sus pechos.

—Si supieras con la intensidad que me haces vivirlo todo, Zoe.

—Antes has dicho que eres conocedor de la vida que no recuerdas, ¿quieres hablar de ello?

—No —dije al separarme rápido, bajándole las manos y dejándolas entre nosotros, sujetas—. No quiero hablar. Nuestro tiempo es limitado por el momento y no quiero desperdiciarlo. Me encanta tu voz y escucharte, pero ahora mismo... —Se mordió el labio inferior cuando la agarré de la cinturilla del pantalón corto y tiré hacia mí.

Despacio desabroché botón a botón de la hilera que tenía cerrada y servía también de decoración. Dejé de mirar su expresión cuando bajé la cabeza centrándome en lo que hacía. Cuando ya no quedó ningún impedimento introduje varios dedos por los laterales y lo deslicé hacia abajo. La prenda de vestir cayó por su propio peso dejándola delante de mí, a muy poca distancia, en ropa interior.

Hice el mismo procedimiento con la chaqueta que llevaba y la camiseta, la que salió por arriba sin dificultad ya que tenía mucha apertura. En sujetador y braguitas, la aparté para admirarla bien. Su conjunto lo complementaban las medias y los zapatos de tacón, los que desaparecerían en cualquier momento.

—Eres preciosa —susurré con la voz tomada por el deseo, recorriéndola varias veces.

Me acomodé la erección por encima del pantalón al sentir más de una sacudida por la tensión que sentía en la zona. Poco me ayudó por lo que tuve que cambiar de posición, incorporándome y pidiéndole, con la mano extendida hacia ella, que volviera acercarse.

Los últimos pasos los voló cuando tiré fuerte. Al sentir su pecho contra el mío busqué con ganas su boca, la que

me recibió de la misma manera. Un beso que alargué cogiéndola a peso y que terminé cuando toqué el sillón con las rodillas. Incliné nuestros cuerpos hacia delante, sujetándola bien hasta que su espalda también lo tocó.

Me separé para no perderme detalle. Puesta bocarriba, con el trasero elevado por el reposabrazos y las piernas un poco curvadas, me miraba presionando el labio inferior.

—Sube los pies y acomódate —le pedí con voz ronca.

Conforme lo hacía me desprendí del jersey dejándolo caer a un lado, seguido por los zapatos, los calcetines y el pantalón que terminaron en el mismo lugar. Así explicado parece más rápido de lo que fue, pero hacerlos a la idea de que me tomé mi tiempo para quedarme solo en bóxer, disfrutando de su observación al detalle de cada trozo de piel que dejé expuesta para ella.

Todo ello mientras yo solo podía estar atento a su cuerpo, el que se mantuvo en la posición que le pedí. Llegué hasta el hueco de sus piernas y dejé las manos en ellas, recorriéndolas despacio, con caricias. Necesitando un adelanto se las abrí todo lo que pudo e hice presión hacia delante, dejando que mi ropa interior se rozara contra la suya. Se removió inquieta, yo apreté la mandíbula ante el placer que sentí. Y más se alteró cuando la yema de mis dedos pasó rozando el elástico de la braga, por todo el largo de la parte baja que ocultaba lo que estaba a punto de descubrir sin ningún obstáculo de por medio.

Con un suspiro dejó caer la cabeza hacia atrás, agarrándose con las manos a donde pudo del sillón, justo en el instante en el que tiraba del elástico hacia mí y apartaba el trozo de tela que me molestaba, haciendo visible ante mis ojos su humedad. Necesitando que ese trozo de tela desapareciera y no hiciera de barrera, de un movimiento le levanté el trasero arrastrándola, sacándosela por las piernas.

—Joder, así, sí. —Apreté la mandíbula abriéndola para mí, como la tenía antes de quitarle la ropa interior.

—Kevin —dijo con su suspiro cuando mis dedos resbalaron por toda la humedad.

Si ya era preciosa, verla intranquila y sin poder parar de removerse lo superó, mientras, yo me dedicaba a arrastrar sus fluidos, a acariciar su clítoris y cada rincón que lo acompañaba y a introducirme en su interior comprobando la excitada y preparada que estaba para mí.

La tentación fue demasiada como para no arrodillarme delante de ella y llevar mis labios a sustituir a mis dedos. La apreté contra mí desde los muslos, embebiéndome cada parte suave que me ofrecía. Enloquecido por ello no paré hasta que su cuerpo se tensó y se dejó ir con jadeos repitiendo mi nombre.

Y cómo me gustó en ese instante que lo hiciera, con ese toque tan especial que mostraba su tono de voz, provocado por el placer. Me recreé en alargar el momento, pasando la lengua perezosa por toda la zona, hasta que me quedé satisfecho y después de aspirarle el clítoris por última vez, por lo que volvió a tensarse, me incorporé dejando caer mi peso hacia delante, apoyando las manos en el reposabrazos donde tenía la cabeza.

;

r

o

Capítulo 22



Zoe

No quería que terminara. Después del orgasmo al que me había llevado cerré los ojos ante la sensación de él sobre mí, apreciando todas las sensaciones provocadas por ello. Su miembro duro y encajado entre mis piernas, nuestras pieles rozándose, el calor que desprendía y que yo hice mío sintiendo que la temperatura sobrepasaba todos los niveles...

Por un instante pensé que se retiraría cuando noté más frío entre nuestros cuerpos, nada que ver porque lo hizo un segundo para ir a mi encuentro con intensidad, rozando mi clítoris contra la tela de su bóxer. Hice fuerza con los talones en el reposabrazos para ampliar el gusto que me proporcionaba. Contuve el aire al sentir sus manos bajando la copa del sujetador, para poco tiempo después que su boca bajara al encuentro de los pechos.

En ese proceso fui yo la que me provoqué que se clavara en mí sin descanso, rodeándole la cadera con las piernas, dejándolo encerrado, sin espacio y encarado hacia dónde necesitaba. Lametazos, succiones, caricias con varias intensidades, todo ello acompañado con la presión que iban ejerciendo sus manos, hasta que una de ellas reaccionó a mi posición y me agarró del trasero, haciendo fuerza en el encuentro de nuestros cuerpos.

—¿Con ganas? —preguntó después de atender por última vez a uno de mis pechos, al menos en ese instante.

—Muchas, ¿no lo notas?

—Tendré que volverlo a comprobar varias veces, es bueno que haga repeticiones de una actividad, y más si implica hacerlo con tanto gusto como el que siento. No puedo comparar tus reacciones con nada más, pero estoy seguro de que, al finalizar nuestro encuentro, habré despejado todas las dudas.

—Despéjalas todas las veces que sean necesarias. —Curvé la espalda al apresarme el clítoris entre varios dedos, removiéndolos en torno a él.

Me lamenté cuando se separó. Supe qué iba a hacer y me adelanté, cambiando de posición para quitarle el bóxer, deslizándoselo y acariciando toda la piel que encontré hasta que no pude seguir el recorrido y los dejé caer al

suelo. Cuando mi mano se aventuró a ponerse sobre su miembro, de un movimiento rápido me agarró de la nuca y me besó con fuerza e intensidad, la misma que yo igualé sobre él, provocando que me buscara con ansiedad.

Mi mano no lo soltó hasta que no fue provocado por él, cuando me cogió en brazos. Le rodeé la cintura con las piernas y de esa forma, sin alejarnos de la unión de nuestros labios y lenguas, me llevo hasta la cama, dejándome caer en ella con él sobre mí.

Notar que no había ningún impedimento entre nosotros, sentir cada parte activada, esperando para el estallido final, su cercanía y lo que estaba sucediendo... pero no era suficiente y no fui la única en sentir lo mismo porque cuando se retiró apoyándose a los lados de mi cabeza, vi la determinación en sus ojos.

Se incorporó quedándose de pie enfrente de mí, observándome. Mi cuerpo solo lo ocupaban las medias y los zapatos que todavía no se me habían caído ni los había perdido, junto con el sujetador mal puesto, dejando ver mis pechos al completo. Cuando se movió por habitación aproveché para liberarme de él, detalle que le gustó, lo noté, cuando se paró a pocos pasos y se tomó un tiempo en observarme otra vez.

Aún me costaba pensar en cómo se había dado todo, siendo sincera no había hecho el intento de pensarlo ni analizarlo, por el momento tenía más que suficiente con vivirlo, a otra parte quedaría para cuando se fuera y tuviera que echar mano a los recuerdos.

Levanté una ceja cuando rompió con los dientes un preservativo y se lo colocó con movimientos lentos y premeditados ante mi observación.

—Estás muy preparado, ¿no? —No pude evitar dejar salir las palabras de mi boca.

—Todo el mérito es de Martín, como el resto de lo que tengo. Antes de ir a la calle para cenar, de un bolsillo ha sacado varios y los ha dejado en el primer cajón. —Señaló hacia un mueble que había en un lateral.

Seguí sus movimientos cuando se subió a la cama de rodillas y llegó a mi altura, acariciándome las piernas.

—Quién te iba a decir que con el cabezota que rescataste terminarías así, ¿eh? —Me lamió los labios y le apreté la lengua.

—Nadie, imposible —susurré acariciándole la nuca, recorriendo todas sus facciones, pero, sobre todo, memorizándolas.

—Zoe —siseó separándose, poniéndose en la posición perfecta, quedándose encajado en mí.

—No lo piense más, ya no hay vuelta atrás. —Cerré los ojos inclinando el cuerpo, necesitada.

—Sí que lo hay si lo quieres —habló con voz ronca.

—Kevin, lo único que quiero y en lo que puedo pensar, es que continúes ya.

Mi voz sonó como me sentía, lo que hizo que sus labios se curvaran. Pero ese gesto casi no duró porque fue sustituido por la tensión de su mandíbula cuando empezó a deslizarse en mi interior, haciéndose paso hasta quedar encajado por completo.

Las sensaciones me superaron al sentirme llena por él. Me aferré con fuerza a sus hombros cuando salió despacio, agarrándome de una pierna. Me la abrió más, acomodándola a su cintura. El movimiento de nuestros cuerpos poco tiempo tardó en ir al encuentro del otro, en cuanto se perdió con fuerza en mi interior y marcó un ritmo sin descanso en el que me vi manejada por él, en varias posiciones.

Stuve otro orgasmo intenso por el roce de sus dedos sobre mi clítoris con la misma intensidad frenética en la que se perdía dentro de mí. Estallé con varios gemidos, rozándome contra la colcha desesperada, lo que provocó que él acelerara aún más los movimientos, dejándome desmadejada por completo a su merced.

Su cuerpo se tensó y se corrió con un gruñido. El balanceo de su cuerpo no paró hasta que se vació por completo, alargándolo todo lo que pudo, hasta que se dejó caer sobre mí, quedando un poco recostado sobre la cama para que no tuviese que soportar todo su peso.

Con su respiración descontrolada y con la mía recobrándose poco a poco, lo rodeé con los brazos con los ojos cerrados. La sensación que sentí no pudo ser más buena, sintiendo su respiración en el cuello. No necesitamos decirnos nada más, el momento hablaba por sí mismo.

Nos mantuvimos todo el tiempo que pudimos en esa postura, hasta que con un suspiro él se incorporó dándome un beso rápido, deslizándose hacia fuera. Lamenté perder su contacto, lo que no mostré de cara a él. Me giré en la cama, poniéndome de lado, viendo cómo caminaba hacia el baño.

Su cuerpo era más que perfecto, a pesar de lo que había tenido que sufrir y del deterioro ocasionado por la situación en la que se mantuvo inmóvil, su musculatura estaba definida y su trasero... Válgame, todo era perfecto a haciendo un conjunto increíble para la vista.

Cuando la puerta del lavabo quedó entornada cerré los ojos sabiendo que quedaba poco para que todo terminara. Más que nada porque no sabía si sería capaz de alargar el tiempo junto a él hasta que se fuera del pueblo, para alejarse demasiados kilómetros. Pensar en ello encogió todo mi interior, con una sensación desoladora.

Pero no me arrepentía de nada de lo que había sucedido, lo habíamos deseado los dos y de la misma manera lo habíamos disfrutado. Cuando regresó junto a mí fue con un guiño. Se acercó a la parte alta de la cama y abrió la colcha haciéndome un gesto con la cabeza para que me metiera debajo de las sábanas.

—¿No quieres que me vaya? Pensaba que...

—¿En qué momento te he dado a entender eso? —Levantó una ceja.

—No lo has hecho, pero creía que...

—¿Qué solo me iba a acostar contigo para rematar la noche y si te he visto no me acuerdo? —asentí apretando los labios. Reaccionó cubriendo la cara de seriedad— Olvídate de eso Zoe, nos queda mucho para separarnos, hasta que me vaya. No tanto como necesito y deseo, pero tiempo al tiempo. Primero es importante que regrese para...

—¿Lo dices en serio? —susurré sintiendo que los ojos me picaban.

—Entra —me pidió señalando a su lado.

¹Lo hice sin dudar, quitándome antes los zapatos que todavía decoraban mis pies. Solté un suspiro al hacer contacto con las sábanas frías, sin dejar de mirarlo. Poco tiempo tardé en entrar en calor otra vez, cuando se unió a mí y me acercó hasta su cuerpo, abrazándome y transmitiéndome su temperatura.

—Descansa, esto no ha hecho más que empezar —murmuró dándome un beso en la cabeza, apretándome contra él—. Cuando te despiertes será por los jadeos a los que te llevaré, será el principio de todo lo que venga después. No pienso separarme de ti hasta que tenga que irme, por obligación...

Y así fue, todo lo que dijo con ese último comentario antes de adormecernos y dejarnos vencer por el sueño, lo llevó a cabo. Me despertó la humedad en mi zona íntima, la mía y la de su saliva, con todas las terminaciones nerviosas sensibles. Fueron varios orgasmos los que nos regalamos, con los que terminamos por caer rendidos ¹sobre la cama.

Al día siguiente llamé al trabajo para pedirle a mi jefa que me diera varios días libres. Nunca solía pedir ese tipo de cosas, cumpliendo a rajatabla con mi trabajo. Lo hice tranquila sabiendo que no tendría ningún problema para escuchar una respuesta afirmativa, porque aparte de ser jefa y empleada, éramos amigas. Solo tuve que decirle por encima el motivo de mi petición, más que nada porque se preocupó, y tuve todo el camino libre al ser conocedora de la historia que rodeaba a Kevin y mi implicación con él.

Los dos días siguientes no nos separamos. Lo acompañé a las sesiones con el fisioterapeuta y mientras él ocupaba las dos horas intensivas que duraban porque Nando las quiso aprovechar bien, yo me quedaba con Levi y Olga, alternándome entre ellos y también en soledad cuando sus obligaciones les hacían alejarse de mí.

En uno de esos espacios fue cuando me encontré con una persona a la que estaba deseando ponerle cara, por todo lo que había escuchado. Y no fue premeditado, fue por casualidad en uno de los momentos en los que estuve esperando en la sala de la máquina de los cafés.

—Mierda. —Me giré al darme cuenta de que no estaba sola, me había metido en mis pensamientos aislándome de

todo.

—¿Necesitas ayuda? —Me levanté de la silla, acercándome a la chica que le daba golpes a una de las máquinas.

—Que acabe el puñetero día, eso lo único que quiero —soltó un pequeño grito hacia la máquina que seguía sin reaccionar como ella quería.

—Déjame a mí —le pedí que se apartara y me puse en el lateral—. Llevo muchos años enfrentándolas —conforme lo dije hice fuerza con la espalda contra ella, moviéndola lo suficiente para que...

—Oh, gracias. —Se sorprendió cuando el ruido interno empezó a funcionar para prepararle el café.

—De nada.

a —¿Quieres uno? —Me ofreció con una sonrisa.

—No —reí—, me caen fatal.

:l

o —Pues mira, como a mí cierta persona de este hospital. —Fue casi imperceptible, pero lo distinguí perfectamente

—¿En serio? Conozco a la gran mayoría y... —empecé a hablar, pero me callé al bajar la vista hasta su placa identificativa, leyéndola.

Intenté no reír porque la ubiqué perfectamente, como también intuí por quién iba lo de «cierta persona». Dejé de mirarla cuando perdí el contacto, al inclinarse para sacar el café.

—Una más que conoces. —Me ofreció una mano, sonriente.

^ —Encantada, Amber. Mi nombre es Zoe. —Se la acepté y le aclaré el motivo por el que sabía su nombre, al ver su expresión—. La placa.

—Oh, joder, claro. —Rio nerviosa y me contagié—. Si es que tengo la cabeza ida hoy. —Sopló con tanta fuerza a café que por poco no me baña al hacerlo.

—Espero que sea lo que sea —carraspeé—, se solucione.

—Como no extermine a alguien, no va a suceder.

Solté una carcajada, no la pude contener, sabiendo que Levi estaba del otro lado de lo que le pasaba.

:

—Es un hombre increíble —solté captando su atención.

—¿Eh? —Me miró extrañada.

—Levi, ¿no hablas de él? —Levanté una ceja.

—Mierda, ¿quién eres? Ya la he cagado —se lamentó agrandando los ojos.

—Todo está bien —dije divertida—. La mejor amiga de él.

—No puede ser. —Se tapó la cara con una mano y volví a reír. Al menos ella terminó uniéndose a mí, más por los nervios que por las ganas.

—No sé qué ha pasado, pero...

—Que me ha echado de la planta, ¿te lo puedes creer? —Le dio un sorbo al café haciendo una mueca. Normal, pensé.

—Es muy meticuloso con su trabajo —carraspeé—, y si no me equivoco, tú siempre haces el turno de tarde. Las noches os las alternáis desde casa para las guardias.

—Estás bien informada —dijo con una mueca.

—De primera mano —sonreí.

—Ya sé que no estoy en mi turno, pero, joder, solo quería comprobar unas cosas de dos pacientes que operé hace unos días y me ha echado —negó con expresión de tristeza mezclada con rabia—. No sé qué he hecho para que desde el principio estuviera frío conmigo. Lo he visto interactuar con los demás, ¿sabes? Y sola la única que...

u—La única que le saca de sus casillas porque destaca delante de sus ojos en muchísimos aspectos. —No dejé que terminara, haciéndole un guiño.

l—No lo entiendo, ¿me lo explicas? —Mi sonrisa se amplió.

Teníamos una conversación muy interesante por delante, en la que la guiaría para que interpretara por ella misma, pudiendo sacar sus propias deducciones del porqué Levi tenía ese comportamiento hacia ella, única y exclusivamente en una dirección. No entraría en muchos detalles, eso le pertenecía a él, pero por mi parte, iba a facilitar un poquito las cosas.

Capítulo 23



Una semana más tarde...

Kevin

Me había costado adaptarme a mi supuesta rutina, la que llevaba sin percances antes de salir hacia el viaje que lo cambió todo, por completo. Delante de la cristalera de mi despacho observaba el exterior, casi las nubes porque me encontraba en una planta muy elevada y tenía toda la visibilidad despejada, sin obstáculos.

Dejé vagar la vista, ido en mis pensamientos. Siete largos días sin ver a Zoe, sin estar en su mundo. La intranquilidad podía conmigo, no sabéis de qué manera. La despedida fue amarga, no en el sentido de terminar mal entre los dos, nada por el estilo se dio, todo lo contrario. Pero amarga, mucho, cuando vi las lágrimas contenidas de Zoe, las que se negó a dejar salir mientras me sonreía diciéndome que pusiera mi vida en orden para poder explicarse cuanto antes.

Se me hizo una subida empinada recorrer los kilómetros que me separaban de mi hogar, junto a Martín que se mantuvo la mayoría del tiempo callado dándome el espacio que necesité en ese instante. Superado por completo, así estaba, cuando llegamos a la que era mi casa después de pasar por la de Martín para coger el juego de llaves que tenía reservado para emergencias.

Al poner un pie dentro lo primero que hice fue mirar con atención todos los rincones, con la esperanza de que trajera a mí retazos de algo. No sucedió, lo que sí tengo que decir es que tuve una buena sensación. A pesar de que no la reconocí como mía, en la que llevaba muchos años viviendo, sí que me transmitió que estaba seguro, como si algo tirara de mí haciéndome saber que ese espacio era mi zona de confort.

Llegamos cerca de la una y al ser esa hora, Martín me propuso ir a comer para después dejarme descansar. Así lo hicimos, me llevó a nuestro restaurante favorito, según me comentó cuando nos dirigíamos hacia él. Una vez dentro, sonreí y atendí a todos los saludos que me dieron, sin reconocer realmente a quien se paraba delante de mí.

Las situaciones eran desconcertantes, ver a las personas dirigirse a mí con una naturalidad que me hacía saber que en mi vida habían sido importantes, cada uno a su manera. Comimos con calma, programando lo que haríamos al

día siguiente. Le pedí varias veces a Martín que aflojara, que se relajara, porque buscaba cualquier pretexto para no separarse de mí, adaptando sus horarios a los míos.

—Tío, eres mi responsabilidad —se negó a ello y no pude hacer otra cosa que sonreír, negando también.

El primer día que entré en nuestra empresa, la que me dejó impactado al verla a corta distancia porque ocupaba todo un edificio de gran altura, me sentí desconcertado por todas las personas que se acercaron preocupadas hacia mí, mostrando el cariño que me tenían.

«Pues debía haber sido un jefe cojonudo», eso fue lo que me repetí en la cabeza mientras aguantaba el tipo frente a todos. Cuando quise ponerme a trabajar temí no conseguirlo, la verdad, porque conforme Martín me explicaba una parte de los proyectos que teníamos activos en mi despacho, me sonaba todo como a quien le hablan de una materia complicada que en la vida ha escuchado.

Para mí fue increíble, que después de que él me ayudara a superar el primer día, al siguiente, cuando me senté en la mesa de mi despacho, el que tengo que decir que me transmitió lo mismo que mi casa y que me gustó, cogí la documentación que dejamos preparada el día anterior y me puse a revisarla.

Sin darme cuenta, porque actué por instinto, me vi de repente sentado en un pequeño taburete, delante de una mesa enorme cubierta por completo de planos, con un lápiz en la mano. Ni cuenta me di que fui hacia ella, ni de que cuando la lucidez llegó a mí y fijé la vista hacia abajo, había dibujado perfectamente una imagen de una estructura.

¹

En ese instante sentí un cosquilleo recorrerme y salí emocionado al encuentro de Martín, con el que regresé a mi despacho para enseñarle lo que había hecho sin ser consciente. Su alegría no pudo ser mayor, entre abrazos y risas, emocionado también porque mi disco duro seguía funcionando, aunque no supiera adelantarme a él.

Con el pasar de los días había conseguido pequeños adelantos, los que me habían sorprendido de la mejor manera viendo que poco a poco, aunque no recordara la gran mayoría, muchas pequeñas cosas llegaban a mí de forma natural, sin forzarlo, como me sucedió varias veces estando con Zoe.

²

Con su recuerdo era con el que me dormía cada noche, abrazado a él para sentirme reconfortado. Hablamos por teléfono, a través de llamadas y de mensajes, incluso le hice una videollamada para enseñarle, aunque fuera desde la distancia, mi casa y mi empresa, sobre todo mi despacho y los avances que había llevado a cabo en él.

Las dimensiones de mi casa eran considerables, te perdías dando vueltas por ella. Tenía dos plantas, hasta un pequeño gimnasio había y lo que más llamó mi atención, un jacuzzi de buen tamaño en el que había entrado varias veces, encontrando el remanso de paz que en algunos instantes me faltaba.

La mayoría de las horas las pasaba allí encerrado, a veces sin hacer nada, otras, haciéndolo todo. Me marqué un ritmo, el que no fue otro que adaptarme a cómo me sintiera dejándome fluir como tantas veces me dijo Levi. Y lo estaba consiguiendo, estaba satisfecho de todos los logros que iba superando.

Al segundo día de regresar, la noticia de mi aparición corrió por todos lados, haciéndose eco en todos los rincones. Por ese motivo y no porque yo lo propiciara, recibí una llamada de Gabriela y de su padre, independientes y a diferentes horas. Mi intención era esquivarla hasta que tuviera la cabeza centrada para ponerle solución a lo que supuestamente habíamos tenido, porque de ello, si en algún momento sentí algún tipo de sentimiento hacia ella, fuera de la forma que fuera, ya no quedaba nada.

Lógicamente ese detalle me lo callé en la conversación que mantuve con ella y con su padre, porque mi primera idea era presentarme primero delante de él ya que por lo que me había explicado Martín, si estaba con su hija era en gran parte por él. Me mantuve en silencio, aceptando la alegría que recibí a través de la línea, de los dos. De uno me agradó, de la otra me chirrió, como si automáticamente rechazara algún tipo de contacto con Gabriela.

No tenía ni puñetera idea de qué me transmitió en el pasado ella, pero en el punto en el que estaba mi vida en ese instante, me sobró todo lo que escuché y los planes que empezó a soltar sin venir a cuento. ¿Cómo te pones a ser el centro del mundo nada más aparecer una persona con las características que lo hice yo? Vamos digo, que lo normal es empezar a ir despacio, por muy deprisa que se fuera anteriormente.

Bastante tenía con que mi vida se había borrado, la que no sabía si algún día llegaría a recuperar, como para aguantar el protagonismo egocéntrico de una mujer que ni conocía, ni me interesaba volver a conocer. En mi cabeza, pero, sobre todo, en mi corazón, solo había una posibilidad y esa era Zoe, a la que no pensaba renunciar bajo ningún concepto.

Así de claro lo tenía, y me daba que siempre había dirigido mi vida de la misma manera, siendo muy centrado en mis propósitos a conseguir y a conservar.

Un mensaje sonó y comprobé que era el que estaba esperando cuando fui hasta el móvil que había dejado encima de la mesa de arquitecto ya que había estado dibujando en ella, concentrado en dejarme fluir. Asentí conforme a lo que leí y me guardé el móvil en un bolsillo.

Tenía el armario de casa lleno al completo de trajes, aparte de ropa más informal, pero desde que había puesto un pie en ella ni uno había movido de su sitio, vistiéndome como me apetecía cada mañana, eligiendo la ropa que me había sentir más cómodo, informal pero arreglado. Me daba a mí que a esos trajes les quitaría el polvo solo de vez en cuando, si tenía alguna reunión en el trabajo, por lo demás, también eso había modificado.

Todo marchaba bien, poco a poco poniéndose en su lugar. Al menos, esa era la sensación que tenía y con la que Martín en más de una ocasión había coincidido conmigo, cuando salía en alguna conversación.

s

Salí del despacho poniéndome la chaqueta y me dirigí hacia el de mi amigo y socio. Toqué con los nudillos y me dio paso.

—¿Te vas? —Se extrañó levantándose de la silla.

—Sí —confirmé—, pero necesito pedirte un favor.

;

—¿Qué favor? —negó divertido— Tú suéltalo y ya está.

—Llévame a la empresa del padre de Gabriela —respondí serio y decidido.

—Lo vas a hacer —asintió sonriendo.

—¿Lo dudabas? —Levanté una ceja.

—Para nada, solo estaba esperando a que llegara el momento de escuchar estas palabras. —Me hizo un guiño sentándose otra vez—. Dame dos minutos, guardo el proyecto en el que estoy, cierro y ya soy todo tuyo.

—¿Cómo va? —Me interesé referente al trabajo.

—Cuando volvamos te pongo al día, pero perfecto.

—Genial —sonreí satisfecho.

No pude dejar de admirar al hombre que estaba delante de mí. Mi gran amigo, eso me había quedado claro desde el principio. Estaba tan pendiente de mí, de que no me sintiera sobrepasado, incluso con las pequeñas cosas cotidianas.

—No me mires así que voy a pensar que te has enamorado de mí —soltó sin apartar los ojos de la pantalla, provocando que soltara una carcajada, a la que se unió.

o

;

;

—Sí —confirmé—, pero necesito pedirte un favor.

—¿Qué favor? —negó divertido— Tú suéltalo y ya está.

—Llévame a la empresa del padre de Gabriela —respondí serio y decidido.

—Lo vas a hacer —asintió sonriendo.

—¿Lo dudabas? —Levanté una ceja.

—Para nada, solo estaba esperando a que llegara el momento de escuchar estas palabras. —Me hizo un guiño sentándose otra vez—. Dame dos minutos, guardo el proyecto en el que estoy, cierro y ya soy todo tuyo.

—¿Cómo va? —Me interesé referente al trabajo.

—Cuando volvamos te pongo al día, pero perfecto.

—Genial —sonreí satisfecho.

No pude dejar de admirar al hombre que estaba delante de mí. Mi gran amigo, eso me había quedado claro desde el principio. Estaba tan pendiente de mí, de que no me sintiera sobrepasado, incluso con las pequeñas cosas cotidianas.

—No me mires así que voy a pensar que te has enamorado de mí —soltó sin apartar los ojos de la pantalla, provocando que soltara una carcajada, a la que se unió.

Capítulo 24



Zoe

Solté un suspiro y entré en la base donde trabajaban Adrián y Álvaro, el primero en verme fue nuestro amigo, el que silbó emocionado y de manera exagerada hacia mí, provocando que fuera el centro de atención del resto. Negué porque no tenía remedio.

—¿Todo está bien peque? —se preocupó al instante mi hermano, entrecerrando los ojos.

Normal me dije, tenía ojeras, las que en la vida me habían salido, pero es que me costaba mucho conciliar el sueño y había noches que ni lo veía de cerca, así que, el resultado se mostraba en mi cara.

—Joder, tío, ¿qué va a pasarle? Como si fuera la primera vez que viene a vernos —intervino Álvaro, acercándose a mí para darme dos besos. Con un brazo sobre mis hombros y de cara a Adrián nos quedamos los dos.

—¿Tú eres peque? Porque que yo sepa mides cerca del uno noventa —contraatacó Adrián.

—Peque solo tengo una cosa. —Soltó una carcajada el aludido, haciéndome reír porque juntos eran un caso perdido—. Cuidado —levantó un dedo para dejar más claro lo que fuera a decir—, a peque me refiero en comparación con mi cuerpo, lo que no quiere decir que sea de tamaño...

—Te quieres callar. —Puso los ojos en blanco Adrián mientras se escuchaban varias risillas a nuestro alrededor, las de sus compañeros que yo conocía muy bien y había ido saludando conforme entraba a la base, con algún beso o con un gesto de la mano—. ¿Por qué narices tienes que matizar todo tanto?

—Mira este y después se queja cuando no me explico. —Se ofendió apretándome contra él para que lo mirara.

Me hizo un guiño con el ojo que no quedaba visible para mi hermano y sonreí de oreja a oreja porque su propósito siempre era sacarnos de donde estuviéramos metidos, ya fuera el enfado, la tristeza, la nostalgia y, en el caso de Adrián, también los celos que no eran pocos. De ello era muy consciente porque lo había tenido que oír despotricar del comportamiento que estaba teniendo últimamente Olga, lo que lo tenía por las nubes y no era

capaz de digerir, ni de darse cuenta de sus reacciones.

Touché, me había repetido yo misma en silencio porque mejor no pudo salir el encuentro inesperado aquella noche fatídica para él.

—¿Cómo puede ser que no os entendáis llevando toda la vida juntos y de la misma manera? —Dejé caer, pero bien sabía la respuesta.

Se adoraban y eran un pilar fundamental en la vida de cada uno para que todo funcionara bien. Había momentos en los que se mataban, en sentido figurado, pero preferían morir juntos que separarse. La relación perfecta, vamos

—Eso me pregunto yo cada vez que abre la boca. —Curvó los labios Adrián, parándose delante de mí.

—Yo he llegado a pensar que en otra vida era su mujer y su sumisa porque mi ninfa, ni puñetera idea —dijo concentrado Álvaro, hasta que rio, contagiándonos a los dos.

—No me has respondido —insistió Adrián.

—Todo está bien —le confirmé y asentí varias veces para que se le borrara la cara de preocupación.

o

Se tomó unos segundos analizándome, hasta que aceptó mis palabras como buenas.

—¿Qué te trae por aquí? —Quiso saber.

—Estaba aburrida, vuestra radio no suena con algo interesante. —Arrugué la nariz haciéndolos sonreír—. Levi tenía programadas varias operaciones y ya sabéis que eso le lleva gran parte del día, con sus descansos incluidos en los que le gusta relajarse escuchando música los pocos minutos que tiene. No quería molestarlo. —Me callé a propósito esperando a que mencionara él mismo a Olga, pero ni eso hizo—. Y mi amiga Olga —remarqué provocando que Álvaro carraspeará—, hasta la tarde no tiene libre. Emma está a dos pueblos de distancia mirando una posible adquisición para abrir otro hotel allí, pero más pequeño.

—Ya veo. —Desvió la mirada—. ¿Y por qué no te has ido con Olga a acompañarla a hacer lo que sea? —preguntó sin mirarme, limpiándose las manos en un trapo.

Contuve la carcajada que apretó por salirme, la que no pudo evitar soltar Álvaro, ganándose una mirada fulminante de mi hermano.

o—¿Tú te ríes por todo o qué? ¿Dónde está la gracia de lo que he dicho? —Fue directo hacia él.

—¿Dónde dice? —Álvaro se dirigió a mí y me encogí de hombros sin cambiar la expresión, igualándola él—. Tenemos un hermano tan divertido mi ninfa, yo no sé si lo podré soportar el resto de mi vida. —Así se referían

entre ellos, incluyéndome a mí.

No lo éramos de sangre, pero ni falta hacía por el amor, el cariño, la complicidad, el respeto y la protección que nos dábamos los tres desde que éramos unos renacuajos. Debo decir que en lo de la protección ellos se llevaban todos los honores al ser yo la más pequeña.

Soltamos una carcajada sin poderla aguantar y más lo hicimos ante los resoplidos de Adrián que se cruzó de brazos, quedándose con una ceja levantada.

—. Sé lo que estás pensando —dijo cantarín Álvaro. Continuó al ver la reacción de Adrián—. Que, si no puedes conmigo, anda que con los dos. —Se alejó rápido esquivando el brazo de mi hermano—. Preciosa —habló cuando se calmó—, voy adentro a prepararme un café que todavía me voy de este mundo sin él en el estómago.

Me dio un beso que le correspondí y se alejó haciéndome un guiño, para después mirar serio a Adrián, hablando en idioma que utilizaban entre los dos, sabiéndose interpretar perfectamente. Mi hermano asintió y Álvaro se fue satisfecho hacia la puerta de la sala donde tenían una pequeña cocina y zona de descanso. Si no nos acompañó fue para dejarnos nuestro espacio para hablar.

—Vamos fuera a tomar nosotros uno. —Tiró el trapo en un banco de trabajo y empezó a caminar. Lo seguí sonriendo.

—Olga ya iba acompañada y como que no me apetecía hacer un grupo de tres —le aclaré a su pregunta anterior, con mucha intención oculta o a la vista, según quien la recibiera.

Frenó los pasos antes de salir de la base, mirándome fijamente. El único cambio que se produjo en él es que apretó la mandíbula al interpretar el significado, para seguir caminando. Solté un suspiro porque como no le diera un golpe en la cabeza lo suyo nunca se solucionaría.

, Era un tema que provocaba diversión y muchas risas, pero yo tenía una espina muy grande dentro de mí porque era consciente de lo que había por las dos partes, sin ver ninguna posibilidad de avanzar hacia algo interesante en común entre mi amiga y mi hermano, a los que adoraba.

—¿No duermes bien? —me preguntó cuando nos sentamos en la terraza de una cafetería que estaba a tres locales de su trabajo.

—No. —Desvié la mirada.

—Zoe...

—Estoy bien, no te he mentado. —Me encogí de hombros—. Es solo que me cuesta mucho dormir.

Me observó en silencio, hasta que soltó un suspiro. Estaba al día de mi situación con Kevin, por esa parte estaba tranquilo, por la que no lo estaba es por cómo lo llevaba yo. Sabía que cada día nos llamábamos y nos escribíamos, hasta alguna videollamada me había hecho para enseñarme un poco de su vida. Cuando lo hizo sentí un pellizquito en el estómago. No me entendáis mal, estaba feliz por él, más que eso porque había conseguido muchas cositas en muy poco espacio de tiempo, pero, referente al estatus que tenía...

Para mí fue más que evidente en cuanto supimos que era uno de los dueños de la empresa que localizamos en internet gracias a Adrián. El edificio era inmenso y todas las valoraciones publicadas eran alabando la profesionalidad y el buen trabajo que realizaban. Todo perfecto, orgullosa de él, pero claro, ¿dónde iba yo? Una chica de un pueblo de montaña que solo tenía su humilde casa, su puesto de trabajo, eso sí, el que me apasionaba, y a mi gran familia... dudas y más dudas que me iba callando, tragándomelas.

—¿Sabes algo nuevo? —Se refirió a Kevin y negué—. Vale. —Cogió aire, quedándose pensativo.

l

—Ahora sé tú el centro de atención, por mi parte no hay nada más que contar, lo sabes todo. —Me encogí de hombros, inclinándome hacia delante en la mesa, apoyando los brazos.

Con una ceja levantada se quedó sin pronunciar nada cuando la camarera apareció con el pedido que le habíamos hecho antes de sentarnos.

—¿Eso qué quiere decir? Conoces mi vida al dedillo.

—Me refiero a Olga, Adrián —aclaré lo que estaba evitando, con tantas ganas, que peor le salía.

óSilencio, eso fue lo que obtuve mientras le echaba el azúcar al café y lo removía, hasta que dejé la cucharilla fuera y le di un sorbo pequeño porque quemaba, observándolo por encima de la taza.

—¿Por qué no lo aceptas? ¿Sabes lo que vas a perder como no lo hagas? ¿Eres consciente? Claro que sí y aun sabiéndolo, te niegas a ello.

—Peque no quiero hablar de eso. —Carraspeó siguiendo mis mismos pasos con el café.

—Nunca quieres hablar, nunca quieres hacer nada, pero claro, ves a Olga con algún peligro a la vista, según tú, y saltas encima hasta aniquilarlo de su lado. Algún día no podrás hacerlo, en un algún momento ya no habrá marcha atrás, tete.

—Me he acostumbrado tanto a este papel de ser vuestro protector, de un hermano para las tres... —susurró y sonreí con cariño porque era un gran avance. Ya os lo digo, que llevaba muchos años intentando abrir una pequeña brecha en él.

—Las costumbres se quitan modificándolas con otras nuevas. —Pasé un brazo por encima de la mesa, agarrándoli

la mano. Me la apretó.

—No es fácil, Zoe. —Cogió aire.

—Claro que lo es. Nosotros mismos hacemos que las cosas parezcan difíciles porque les otorgamos esa categoría, asumiéndolo, pero no es así. Estás perdiendo un tiempo valioso de poder estar feliz junto a ella. Los ligues de los fines de semana no significan nada, solo consiguen tapar con una tirita, y por unas horas, el problema. No va a desaparecer a no ser que le pongas remedio. —Le presioné la mano.

—Tengo que pensarlo muy bien... —susurró concentrado en nuestra unión, acariciándome el dorso de la mano.

—Hazlo y toma la mejor decisión, la única que existe. —Me encontró sonriendo cuando buscó mis ojos.

No hablamos más del tema, era algo que teníamos muy interiorizado y que sabíamos a la perfección. Nos dedicamos a tomarnos el café en silencio, sintiéndonos a gusto con nuestras presencias y disfrutando del buen tiempo que hacía. Mi mente la ocupó por completo Kevin, con los recuerdos que tenía de él y pensando en qué estaría haciendo en ese mismo instante. ¿Cabía la posibilidad de que también pensara en mí?

l

l

e

la mano. Me la apretó.

—No es fácil, Zoe. —Cogió aire.

—Claro que lo es. Nosotros mismos hacemos que las cosas parezcan difíciles porque les otorgamos esa categoría, asumiéndolo, pero no es así. Estás perdiendo un tiempo valioso de poder estar feliz junto a ella. Los ligues de los fines de semana no significan nada, solo consiguen tapar con una tirita, y por unas horas, el problema. No va a desaparecer a no ser que le pongas remedio. —Le presioné la mano.

—Tengo que pensarlo muy bien... —susurró concentrado en nuestra unión, acariciándome el dorso de la mano.

—Hazlo y toma la mejor decisión, la única que existe. —Me encontró sonriendo cuando buscó mis ojos.

No hablamos más del tema, era algo que teníamos muy interiorizado y que sabíamos a la perfección. Nos dedicamos a tomarnos el café en silencio, sintiéndonos a gusto con nuestras presencias y disfrutando del buen tiempo que hacía. Mi mente la ocupó por completo Kevin, con los recuerdos que tenía de él y pensando en qué estaría haciendo en ese mismo instante. ¿Cabía la posibilidad de que también pensara en mí?

Capítulo 25



Kevin

—¿Preparado? —habló Martín.

Hacía unos minutos que había aparcado en el garaje de la empresa de Daniel, así se llamaba el padre de Gabriela. Había decidido ir en ese momento al recibir un mensaje de él, confirmándome que durante toda la mañana no iba a moverse del trabajo, después tenía que hacer otro viaje. Por lo que me había ido enterando no paraba durante mucho tiempo, no me extrañaba el imperio que había conseguido.

—En ningún momento no lo he estado —giré hacia él—, solo estaba esperando el momento adecuado y ha llegado.

—No esperaba menos de ti —dijo divertido y negué de la misma manera.

—¿Vienes? —le propuse para que no se quedara solo en el coche.

—No, tienes que hacerlo tú. En la calle de enfrente, a unos metros, hay un bar. Me tomaré un café. Cuando estés listo para irnos, llámame.

—De acuerdo —asentí conforme—. Ahora nos vemos.

Bajé dirigiéndome hacia la entrada principal, con las manos en los bolsillos, tranquilo porque lo que estaba a punto de llevar a cabo me iba a dejar mucho más. Seguí las indicaciones que me había puesto en el mensaje, sin necesidad de pararme en la recepción que ocupaba gran parte de la zona principal. Subí por las escaleras a la primera planta que era donde se encontraba el despacho de Daniel, al que no tardé en llegar, tocando con los nudillos en la puerta para hacerme notar.

—Adelante. —Escuché su voz, al reconocerla de la llamada que me hizo al saber de mi aparición—. Kevin. —Se levantó con una sonrisa, con signos de emoción mientras rodeaba la mesa y se acercaba a mí.

Nos encontramos en medio y correspondí al abrazo que me dio. No terminaba de acostumbrarme a todas las sensaciones que me provocaban las muestras de afecto que me devolvían, menos a las de Martín, con el que tuve una conexión al instante.

Difícil, ¿verdad? ¿Os hacéis a la idea de que todos te sonrían, te abracen, esperen cosas de ti que no consigues encontrar porque no dejan de ser extraños para uno? Para mí era impactante cada nuevo acercamiento y hasta me sentía mal, en el sentido de que no podía sentir lo que ellos, ni devolverles las mismas emociones que recibía.

—¿Cómo estás hijo? Me quedé tan tocado cuando supe por Martín de tu desaparición. Fueron unos días que no se los deseo a nadie, empezando por tu amigo que estuvo desesperado y al borde del colapso al no saber hacia dónde te dirigiste.

—Me hago una idea, tiene que ser desesperante. —Cogí aire siguiéndolo cuando me pidió que nos sentáramos en un sofá que quedaba en el lateral.

—Todo jugó en contra, las cosas de la vida —dijo pensativo.

—¿Qué quieres decir? —Fruncí el gesto.

—Cuando te puse en aviso de lo que estaba haciendo tu padre —soltó un suspiro— y corriste para solucionarlo... —negó—. La mala casualidad de que tu coche estaba en el taller y tuviste que alquilar uno a la carrera, y para colmo que no tuviera un localizador ya fue el summum de la mala suerte. Que sepas que he puesto una denuncia a la empresa de alquiler y por ahora va por buen camino.

—No tenía ni idea, pero... todo eso que has dicho, Martín no me ha dicho nada. No sé de qué me estás hablando. ¿Qué está haciendo mi padre? ¿Hacia qué corría ese día? Daniel...

—Sé que Martín no sabe nada, me di cuenta cuando vino desconsolado a verme a los pocos días de que sucediera. Ni yo lo puse al corriente porque era algo que te pertenecía a ti y era relevante en la situación que nos encontramos.

—Estoy muy perdido. —Y la expresión que mostré se lo dejó más claro.

Intenté con todas mis fuerzas hacer memoria, otro intento más fallido de las veces que forzaba querer saber algo. Ese fue el resultado que tuve y por el que me froté la cara, agobiado.

—Ahora te lo cuento, eso lo dejo para el final. No te agobies. —Me apretó un hombro—. ¿Quieres agua u otra cosa? —negué— Pues primero vamos a hablar de lo que te ha traído hasta aquí —me sonrió con cariño.

—Después...

—No te vas a ir de aquí sin saberlo todo, pero es algo que teníamos que hablar cara a cara.

—Gracias.

—Hijo, entre nosotros eso sobra.

—He venido porque, con lo que me ha pasado...

—¿Aún no recuerdas nada? —me interrumpió.

—No —solté un suspiro—. Sí que van llegándome sensaciones o flases, percepciones, poco más.

—Joder, qué putada, hijo —soltó dejando salir lo mal que le sentaba oírlo, cabreado.

—Dímelo a mí. —Hice una mueca—. Como decía —carraspeé y me chocó ver la sonrisa que apareció en sus labios, aun así, continué—, he venido porque necesitaba hablarte de algo, de Gabriela.

—Lo sé. —Más de desconcertó—. Lo estaba esperando.

—Vuelvo a no entender...

—Sé que nunca has querido a mi hija, entiéndeme, me refiero a que nunca has traspasado la barrera de la cordialidad y del roce con ella. Y si te has permitido el estar juntos solo ha sido por mí, porque te lo pedí.

»Soy padre, Kevin, y en aquel momento, cuando vi que quedabais más de la cuenta jugué mis cartas a mi favor. Nunca tuve la intención de coartarte ni de privarte de nada, era consciente de que, si llegaba el momento en el que conocías a alguien más o sentías interés por otra persona, esta conversación se daría.

»¿Me equivoco? ¿Ese es el motivo o es por qué te sientes superado con lo que te ha pasado? Las dos opciones de respuesta son muy lógicas y las tengo asumidas. Si no he adelantado esto es porque os veía bien dentro de vuestra normalidad, pero en la vida te impondría de malas maneras estar con mi hija.

»Te respeto, admiro y quiero demasiado como para ser tan ruin al hacerte un amargado. Sé cómo es Gabriela y tú llegaste en el momento exacto en el que se empezaba a descontrolar con amistades que no le convenían.

—Me has dejado sin palabras y lo has dicho todo por mí —negué cuando reaccioné—. Voy a ser sincero con el motivo que me ha traído a dar este paso, pero antes déjame decirte, que como bien dices, las dos opciones son lógicas. Ahora mismo estoy en un punto en mi vida que me estoy descubriendo yo, no puedo estar pendiente de nadie más a no ser que...

—Sientas de verdad, que estés enamorado. —me interrumpió.

Por unos instantes me quedé pensativo haciéndome la pregunta de si me había enamorado. Menuda gilipollez, pues claro porque lo que me había sucedido con Zoe desde el primer momento no era normal ni podía deberse a

otra cosa que no fuera a los sentimientos. Estaba enamorado de ella, lo que no sabía era si desde que abrí los ojos y la vi, o yo qué sé. Ni lo había analizado e iba a hacerlo porque lo único importante era que la quería y necesitaba que fuera participe de mi vida, como yo estar en la de ella.

—Hay alguien más, sí. Me he enamorado, Daniel —confirmé.

—Solo me ha hecho falta verte la cara cuando has ido a referirte a ello. No sabes cuánto me alegro, Kevin. Después de todo lo malo que llevas sobre tus espaldas, que te suceda eso...

—Pensaba que esto sería diferente —sonreí y al ver su ceja levantada, continué—. Me refiero, a ver no lo sé porque no recuerdo como interactuábamos tú y yo, pero me había hecho a la idea de que opondrías resistencia a mi decisión de dejar a Gabriela.

—¿Para qué? Vas a hacer lo que te dé la gana y estoy orgulloso por ello porque no permites que nadie te diga ni te imponga nada. —Me apretó un hombro. —Así debe ser.

—Tengo que hablar con ella...

—No hace falta, déjamela a mí. —Me quitó la intención.

—Pero... qué mínimo, aunque mis sentimientos hacia ella no fueran en la dirección de quererla, qué mínimo que me ponga delante de ella y hablemos.

—Sé cómo haces las cosas, cómo actúas. Me está quedando claro que por mucho que no recuerdes eso lo tienes muy interiorizado, no ha cambiado. Gabriela también lo sabe, créeme, no se lo tomará a malas y si es así dos problemas tiene, aceptarlo o aceptarlo. Vas a estar muy liado con todo lo que tienes por delante, tu empresa, tu trabajo, esa chica por la que te cambia la cara y... ahora entro en el tema del principio. —Se puso serio.

—¿De qué se trata? —Me gire sentado, quedando frente a él.

—Iba a decir, como ya sabes, pero mejor me callo —negó—. Voy directo. Tu padre tiene muchos negocios en Alemania y es muy conocido. Eso es bueno y malo a la vez porque todo se termina sabiendo, y más en el círculo en el que nos movemos hombres de negocios como nosotros. Me enteré por casualidad, no te vayas a pensar otra cosa porque no soy dado a los chismorreos —asentí por hacer algo porque los nervios podían conmigo—. Tienes una hermana que tu padre ha intentado ocultar y tapar por encima de todo porque él la considera una deshonra y una amenaza.

—¿Tengo una hermana? —Me levanté en tensión, con los ojos abiertos de par en par.

—La misma reacción tuviste la primera vez que te lo conté, igualita, la mañana del día que te fuiste a buscarla.

—¿Fui a por ella? —Me llené los pulmones de aire.

—Por supuesto, ni lo pensaste y más sabiendo que estaba en peligro.

—¿En peligro? ¿Qué le pasa?

—Tu padre quiere, y ha intentado, quitarla de en medio.

—¿Qué? —grité, llevándome las manos a la cabeza.

—Por eso saliste el mismo día. Yo supe la información varios días antes y la investigué. No quería ponerme delante de ti sin poder decirte lo máximo posible, ni mucho menos que fuera una historia inventada que hubiera corrido de boca en boca. Por ahora, para el resto de las personas es algo a comentar, como un bulo, nadie más que tú y yo sabemos la verdad.

—La ropa de mujer era para ella —susurré centrando la mirada en el suelo, parpadeando varias veces mientras maldecía el tiempo que había perdido sin saberlo, temiendo que fuera demasiado tarde para ayudarla.

—¿A qué te refieres?

—Cuando tuve el accidente encontraron una maleta, la que Martín me confirmó que es mía, con ropa de mujer dentro, aparte de una mochila con la mía.

—Pues sí, era para ella porque cuando te fuiste de aquí, que fue donde nos reunimos para contártelo, me dijiste que salías pitando hacia la dirección que te conseguí y en la que estaba ella, pero que antes irías a comprar algo de ropa para llevarle por si la necesitaba, sin importarte qué talla tendría. Aunque por la fotografía que te enseñé, la que le hizo un detective privado que contraté, podías hacerte una idea.

—¿La tienes? ¿Tienes la foto? —Apreté la mandíbula, nervioso.

—Claro —asintió y se levantó, yendo hacia la mesa.

Abrió uno de los cajones y la sacó, poniéndola delante de mí para que la cogiera.

—Tú le hiciste una foto con el móvil, por eso yo tengo la original.

—Joder —dije centrando la vista en ella, notando como los ojos se me aguaban.

Su imagen no se veía bien, se notaba afectada, no sabría explicarlo mejor en este instante. De aspecto físico estaba bien, me refiero como cualquier otra chica que podías encontrar normalmente, sin que llamara nada la atención. Pero su cara, su expresión... era la tristeza personificada y yo la había dejado a su suerte.

Capítulo 26



—No llegué. —Me acerqué la foto al pecho.

—Sabiendo lo que te pasó, llamé directamente aquí. —Volvió a buscar en el cajón, sacando un trozo de papel.

Lo cogí y lo desplegué, viendo una dirección escrita en él.

—Ahora tienes la posibilidad de hacerlo. Ve junto a Martín, solo tienes que decírselo y te acompañará con los ojos cerrados. La vez anterior no lo quisiste molestar con algo tan importante al estar de viaje, muy ocupado. La dirección es la de una asociación, por lo visto no solo ha tenido problemas debido a tu padre, sino que también ha sido víctima de maltrato.

Apreté la mandíbula sintiendo cómo faltaba poco para destrozarme todos los dientes por la fuerza con la que lo hacía. No tenía suficiente calvario como para encima saber el último detalle.

—Me cago en todo, joder.

—Cálmate. Sé que no tuviste el accidente por lo nervioso que estabas, pero no puede ser bueno en tu estado ponerte así. Apóyate en Martín e id los dos, me quedo mucho más tranquilo si es así.

—No sé cómo agradecerte todo lo has hecho y haces por mí, Daniel. —Tragué saliva.

—Hijo, ya te he dicho que esa palabra sobra entre nosotros. —Se acercó con una sonrisa triste y me abrazó—. Lo haré siempre, aunque no lo necesites. Tu padre biológico nunca estuvo, pero yo sí. —Apreté el agarre, cerrando los ojos, emocionado con miles de emociones recorrerme.

»Ve, olvídate del resto del mundo y céntrate en tu propósito, es lo único importante. Encuentra a Celia, ese es su nombre. Te aviso de que no tiene línea telefónica, al menos a su nombre, no han podido darme esa información. Por todo esto, te he adelantado antes que yo me encargo de mi hija, bastante tienes, Kevin.

Asentí cuando nos separamos y me despedí de él a la carrera, prometiéndole que lo iría llamando y lo tendría informado. De la misma forma recorrí el edificio, como si se estuviera quemando, sacando el móvil cuando bajaba:

las escaleras para llamar a Martín.

—¿Ya está tío? —me preguntó tranquilo, como masticando algo.

—Amigo, te necesito —hablé sofocado.

—¿Qué mierda pasa? —Escuché el sonido de una silla arrastrándose.

—Estoy saliendo. Por lo de Gabriela todo está más que cerrado y solucionado, pero hay algo que nunca llegué a decirte y que yo no he sabido otra vez hasta ahora, por lo que ya sabes.

—¿Qué cojones te ha dicho? Espera, estoy pagando.

—Hazlo, nos vemos en el coche y te lo explico todo, date prisa.

—Estoy corriendo por la calle, llegando.

Cortó la llamada y esperé impaciente al lado de su coche, caminando de un lado al otro sin poderme estar quieto. Cuando llegó junto a mí le pedí primero que abriera y que se pusiera en marcha. No me hizo preguntas, simplemente lo llevé a cabo. Nos montamos y mientras se alejaba de la empresa de Daniel, busqué la dirección en el GPS del móvil y activé el recorrido.

—Aquí tenemos que ir ahora —dije colocando el teléfono en el círculo habilitado para ello.

—Cojones, esto está cerca del pueblo de Zoe. —Se giró hacia mí, sorprendido—. ¿Con lo puesto? No vamos a casa y...

Asentí y negué serio, cogiendo aire varias veces, empezando a contarle todo lo que acababa de saber de buena mano. La sorpresa que tuvo por lo de la ubicación, ni punto de comparación tuvo con la que se llevó al ir descubriendo por mí, la circunstancia que me llevó a viajar.

—No me jodas. Hijo de... —Dio varios golpes en el volante.

—Con razón siempre lo tuve en el punto de mira —dije en tensión, desviando la mirada hacia la ventanilla.

¹Cinco horas interminables recorrimos porque la dirección a la que nos llevó el GPS estaba a una distancia del pueblo de Zoe, el que sería mi siguiente destino, cuando consiguiera dar con mi hermana y hablar con ella para que se fuera con nosotros. Ni loco la dejaba sola, eso si llegaba a tiempo porque esa posibilidad me iba quemando lentamente, interiormente, por mucho que quise apartarla de mi cabeza.

²Una hermana, joder, tenía una hermana, Celia, y por su imagen pocos años menor que yo. Cerré los ojos con

fuerza a poca distancia de llegar, buscando tranquilizarme para afrontar lo que no tardaría en suceder.

—Hemos llegado —dijo Martín y con sus palabras me centré en la carretera, viendo cómo pasábamos el cartel con el nombre del pueblo.

Recorrió las calles, guiado por mí y por el GPS porque en más de un desvío se lo tomaba según le parecía y conseguimos aparcar a unos pasos de distancia del edificio que estábamos buscando. Decidido salí rápido, seguido por Martín y nos dirigimos hacia el interior.

Nada más entrar había como una especie de salón, en el que varias mujeres conversaban. Dejaron de hacerlo en cuanto notaron nuestra presencia y nos siguieron conforme nos adentramos un poco más.

—¿Puedo ayudarlos en algo? —Escuchamos una voz a nuestra espalda y nos giramos al mismo tiempo.

—Sí, necesito encontrar a una chica. —Di un paso al frente.

La mujer joven que teníamos delante levantó una ceja, reacia. Lo entendía y más en el lugar en el que estábamos.

—Si me deja explicarle la situación... busco a mi hermana, he sabido hoy que la tengo. —Tragué saliva y no me dio vergüenza que viera la humedad en mis ojos.

Eso fue determinante para que cambiara la actitud y nos pidiera que la acompañáramos. Entramos en un despacho pequeño.

—Disculpad, prefiero que sea aquí porque hay mujeres que están bajo este techo a las que la presencia de los hombres les resulta...

—Ningún problema, como si es cualquier otro. Es más que entendible —asentí.

—Sentaros, por favor. —Nos miró sonriendo—. Explicame eso de tu hermana —me pidió mientras lo hacíamos, con ella imitándonos al otro lado de la mesa.

Le relaté toda la información que sabía, entrando en pocos detalles sobre nuestro padre, solo lo que le interesaba, que quería hacerle daño, del resto, de eso me encargaría yo personalmente, aunque fuera lo último que hiciera. Cuando terminé de hablar le mostré la fotografía y agrandó los ojos, levantando la cabeza hacia nosotros.

—Es Celia, sí —asintió—. Lo lamento. —Nos miró preocupada.

—¿Por qué? —Eché el cuerpo hacia delante.

—Hace cuatro días que huyó de aquí.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir eso?

n

—No sabemos el motivo —negó—, solo que una mañana salió bien temprano diciendo que iba a dar un paseo y ya no volvió. Dejó todo atrás, aunque sus pertenencias ocupaban la mitad de una mochila.

o—No puede ser. —Me levanté desesperado, frotándome el pelo de la misma manera.

—Si supo de alguna amenaza... por lo que me has contado... ahora entiendo el motivo por el que desapareció de aquí si la descubrieron.

Me paré en el centro del despacho, intentando pensar con algo de claridad porque se me había nublado la mente.

—¿Conocía a alguien? ¿Tenía a alguna amiga? ¿Algún conocido al que podamos recurrir para que nos ayude? —intervino Martín que se había quedado al margen dejándomelo a mí.

—Había una mujer mayor —dijo pensativa.

—¿Sabes quién era? —Me acerqué a la mesa, apoyándome en ella, con la suplica en la mirada.

—Sí, es conocida en el pueblo. Puedo darte hasta su dirección. Venía a ver a Celia de vez en cuando, nunca tuvo más visita que ella.

—Dámela, por favor.

—Claro —asintió y cogió una libreta.

La abrió y anotó otra dirección, dándome la hoja entera, la que me guardé en un bolsillo del pantalón.

—Muchas gracias por la ayuda.

—Todo porque Celia esté bien —dijo emocionada, levantándose—. Espero que la encuentres.

—Yo también —dije serio.

Nos despedimos con prisa y volvimos al coche, activando otra vez el GPS, el que nos llevó a las afueras del pueblo. Nos bajamos frente a una casa del estilo en la que Zoe vivía y caminamos hacia la puerta, en la que llamé.

—Un momento. —Se escuchó en alto.

Impaciente esperé, rezando porque mi hermana estuviera dentro o que la mujer, dueña de la casa, supiera donde

podía localizarla. La puerta se abrió dejando ver a una mujer de unos sesenta años.

—¿Querían algo? —Nos miró extrañada.

—No somos del pueblo. —Escuché un ruido en el interior e intenté ver quién había dentro.

—Perdone. —Me bloqueó el hacerlo la mujer, adelantándose, llevando la puerta con ella, dejándola entornada.

—¿Conoce a Celia? —Intenté tranquilizarme para no sobresaltarla.

—No —respondió rápido y sonreí por la protección.

—Por favor, sé que la conoce. La directora del centro de mujeres me ha dado su dirección por ese motivo.

—¿Carmen? —Reaccionó extrañada.

—Sí, la misma —confirmó Martín.

—Celia está en peligro, tengo que dar con ella, por favor —insistí con esa palabra para que le llegara mi buena fe al ser desconocidos—. Nuestro padre la está buscando y tengo que ser yo primero quien la encuentre.

—¿Vuestro padre? —Se asombró.

—Es mi hermana, me he enterado hoy. —Tragué saliva—. De absolutamente todo. —Tampoco le di más detalles porque no me iba a poner en que antes tenía memoria y en el camino la perdí, precisamente buscando a Celia.

La puerta se abrió un poco y llevé la vista hacia ella, sintiendo un apretón en el hombro de Martín que se mantuvo callado. Sorteé a la mujer que se apartó todavía desconcertada por la noticia y empujé la madera que cedió sin problema.

Di varios pasos al interior, mirando por todo el salón que era donde me había quedado. No había nadie, hasta que caí... me giré hacia la puerta que seguía abierta, viendo al otro lado a las dos personas que tenían su atención en mí, cada una por un motivo y agarré la madera, cerrándola un poco.

Ahí estaba, medio encogida, con los ojos cubiertos de lágrimas, pero con ellos abiertos al máximo al haberme escuchado hablar.

—Celia... —dije sin moverme, para no asustarla.

—¿Qué has dicho? —susurró sin separarse de la pared.

—Que tu padre te está buscando con malas intenciones, creo que ya lo sabes, y que —cogí aire— soy tu hermano ¿Sabías que tenías uno? —asintió sorprendiéndome— ¿En serio?

—Siempre supe quién era mi padre, mi madre me lo dijo. Una vez intenté llegar hasta él y fue la peor decisión que tomé. —Tragó saliva.

—Entiendo, si lo sabías con una tecla tienes en internet toda la información —asentí.

Y así era porque al ser tan conocido y con un buen patrimonio, no eran pocas la fotografías que constaban de mis padres y de mí, de varios eventos a los que asistimos juntos. Yo mismo lo había buscado para ponerle caras a mis padres, en ellas yo era pequeño, nada que ver con mi imagen actual.

—Soy yo, tu hermano. Me llamo Kevin —asintió reconociéndolo también por lo mismo—. Quiero ayudarte, necesito hacerlo. —Tragué saliva—. No estás sola y si tú lo consideras y quieres, jamás lo estarás porque no pienso apartarme más de ti —aseguré serio, transmitiéndole la intensidad de mis sentimientos.

—¿De verdad? —Varias lágrimas cayeron por sus ojos— Nunca pensé... creía que nadie quería saber de mí y después de lo que me he encontrado...

—Nunca supe que existías, Celia. Créeme que si lo hubiera sabido, estaríamos juntos.

Se apartó las lágrimas con las manos y me acerqué con cuidado, con movimientos lentos. Cuando me quedé cerca sin traspasar la barrera de la puerta, levanté el brazo ofreciéndole la mano, para que la agarrara. La miró por unos instantes y solté el aire que estaba conteniendo cuando la aceptó.

No me conformé con eso, tiré de ella lentamente hasta rodearla con los brazos. Me emocioné cuando me correspondió. Así nos mantuvimos durante muchos minutos, mientras ella lloraba desconsolada y yo me tragaba todas mis emociones, pero sin estar mejor.

Levanté la mirada hacia el exterior, encontrándome con la de Martín, emocionado de la misma manera, asintiendo mientras se le escapaban varias lágrimas y con la de mujer, que estaba como una magdalena abrazándose a ella misma.

—Que tu padre te está buscando con malas intenciones, creo que ya lo sabes, y que —cogí aire— soy tu hermano. ¿Sabías que tenías uno? —asintió sorprendiéndome— ¿En serio?

—Siempre supe quién era mi padre, mi madre me lo dijo. Una vez intenté llegar hasta él y fue la peor decisión que tomé. —Tragó saliva.

—Entiendo, si lo sabías con una tecla tienes en internet toda la información —asentí.

Y así era porque al ser tan conocido y con un buen patrimonio, no eran pocas la fotografías que constaban de mis padres y de mí, de varios eventos a los que asistimos juntos. Yo mismo lo había buscado para ponerle caras a mis padres, en ellas yo era pequeño, nada que ver con mi imagen actual.

—Soy yo, tu hermano. Me llamo Kevin —asintió reconociéndolo también por lo mismo—. Quiero ayudarte, necesito hacerlo. —Tragué saliva—. No estás sola y si tú lo consideras y quieres, jamás lo estarás porque no pienso apartarme más de ti —asegué serio, transmitiéndole la intensidad de mis sentimientos.

—¿De verdad? —Varias lágrimas cayeron por sus ojos— Nunca pensé... creía que nadie quería saber de mí y después de lo que me he encontrado...

—Nunca supe que existías, Celia. Créeme que si lo hubiera sabido, estaríamos juntos.

Se apartó las lágrimas con las manos y me acerqué con cuidado, con movimientos lentos. Cuando me quedé cerca, sin traspasar la barrera de la puerta, levanté el brazo ofreciéndole la mano, para que la agarrara. La miró por unos instantes y soltó el aire que estaba conteniendo cuando la aceptó.

No me conformé con eso, tiré de ella lentamente hasta rodearla con los brazos. Me emocioné cuando me correspondió. Así nos mantuvimos durante muchos minutos, mientras ella lloraba desconsolada y yo me tragaba todas mis emociones, pero sin estar mejor.

Levanté la mirada hacia el exterior, encontrándome con la de Martín, emocionado de la misma manera, asintiendo mientras se le escapaban varias lágrimas y con la de mujer, que estaba como una magdalena abrazándose a ella misma.

Capítulo 27



Zoe

Habían pasado dos días enteros recibiendo mensajes cortos de Kevin, con los que me había respondido a los que yo le había enviado. A media tarde había desistido, dejando de insistir porque tenía la sensación de que, o no le apetecía mantener una conversación conmigo o estaba muy ocupado con sus asuntos.

Quería pensar que se debía a la última posibilidad, pero la inseguridad estaba ahí, ya había prendido la mecha y costaba más de la cuenta mantenerla a raya. ¿Qué más daba ese tiempo siendo tan escueto, no? Esa es la teoría, pero la realidad es que lo que me había transmitido no me gustaba nada.

Con algunos había tardado bastante tiempo en abrirlos, con otros lo había hecho al instante y se quedaron en visto hasta después de un buen rato en el que encontró el momento de contestar con las palabras justas. Fuera pensamientos negativos, me dije sentada en los escalones de mi casa.

Pero por mucho que dominara a mi mente, a las emociones que estaban revoloteando en mi interior no podía ponerles freno. Me había dado un bajón, esa era la verdad, y estaba desanimada. Por ese motivo no me había movido de casa, era sábado.

Durante la mañana había recibido varias llamadas de mis amigos y de mi hermano, las que había atendido lo más normal posible, para que no notaran que me sucedía algo. Imagino que lo había conseguido porque ellos habían conversado con normalidad.

Me levanté para entrar en casa y cuando cerré la puerta fui hacia el sofá, dejándome caer en él. Ya había comido y recogido la cocina, por lo que busqué una película para ver y me recosté tapándome con una manta finita, poniendo el móvil en silencio. De una pasé a otra, lo único que la primera la vi completa y con la segunda se me cerraron los ojos a los pocos minutos de comenzar.

Cuando parpadeé, despertándome, me incorporé para comprobar la hora en el móvil, sorprendiéndome al ver que eran las siete de la tarde y que tenía bastantes llamadas perdidas de Olga y Emma. Le devolví el volumen de la melodía y me levanté yendo hacia la habitación marcando el símbolo de llamada del grupo en el que estábamos

las tres.

—A buenas horas. —Fueron las primeras palabras de Emma.

—Me he dormido viendo una película —comenté sentándome en la cama—. ¿Algo que me haya perdido por tanta insistencia? Hemos hablado esta mañana.

—¿Estás bien, cariño?

—Sí, ¿por qué? —Disimulé activando el tono de voz.

—No sé, me ha parecido...

—Estoy recién despertada. Nada más abrir los ojos he visto vuestras llamadas porque de Olga tengo otras tantas.

—Ya estoy aquí, que he descolgado la llamada y me ha pitado la secadora. —Apareció Olga.

—Estaba a punto de decirle a Zoe que moviera el culo para la ducha, que en una hora y media nos vamos a cenar y a tomar algo —dijo Emma.

—Eso es por lo que hemos estado llamándote, que te he escuchado de refilón llegando al salón. Por nada más importante —aclaró Olga.

—¿Te parece poco? Es de vital importancia —habló con guasa Emma.

—Hoy no me apetece salir de casa —dije sin modificar el tono de voz.

—¿Y eso? Va, ánimate que nos lo vamos a pasar muy bien.

—Ya lo sé, no tengo duda de que lo haréis, pero esta noche no contéis conmigo.

—Zoe, cariño, ¿estás de bajón? —se preocupó Olga.

—No, para nada. —Crucé los dedos por la mentirijilla que acababa de soltar, una insignificante que ya les aclararía al día siguiente, en ese instante no tuve ganas de sacar el tema.

—Déjala, si vamos a conseguir lo que nos propongamos —intervino divertida Emma—. Escúchame bien, señorita Zoe, en una hora y media te quiero monísima y preparada para quemar la noche, ¿me has escuchado bien? Ya puedes negarte, patalear, gritar y todo lo que quieras y más que poco me va a importar, cariño. Si tengo que sacarte a rastras de los pelos sabes que no me voy a privar en hacerlo. —Olga se rio, yo negué sin hacerme notar, pero curvando los labios.

Bien sabían las dos que por mucho que insistieran, si decía que no, no había vuelta atrás, se pusieran como se pusieran. Bonita era porque solo faltaba para que lo hicieran y reaccionar peor, superándolas.

¹ —Lo digo en serio —insistí.

—Zoe, tesoro, que necesito vuestro apoyo. —Ya empezó el chantaje emocional de Olga e intenté no reír.

—Atiende que lo que va a decir es lo más grande que vas a escuchar por parte de ella. —Soltó una carcajada Emma.

—Oye —dije al recordar algo—. Llevas varios días que no comentas nada. ¿Y tu príncipe azul? —Mis palabras iban dirigidas hacia Emma, refiriéndome a Martín porque tuvieron una conexión en la que, hasta que él no se fue con Kevin, estuvieron enganchados. Sí, imaginadlo por la parte baja de los cuerpos y no penséis en los pies o las piernas.

—Rana —soltó y tuvimos que reírnos por el tono de voz que utilizó—. Ese temita mejor que ni lo toquéis porque ahora es un sapo verde, con granos y que produce urticaria.

—No me lo puedo creer. —Reaccionó Olga cuando se calmó—. ¿Y eso por qué?

—Porque está pasando de mí, ¿y qué hace Emma cuando se da de frente con esa situación? Saltarla, pisotearla y superar lo que recibo con creces.

—Puede que tenga alguna explicación —comenté pensativa—. ¿Cuánto hace que no sabes nada de él? —Dejé caer para saber si...

—Dos días —soltó un suspiro.

Los mismos que yo llevaba sin tener muchas reacciones de Kevin. Me levanté de la cama nerviosa, empezando a dar vueltas. ¿Y si le había pasado algo a Kevin? ¿Algún desmayo? ¿Algún *shock*? Empecé a engranar la cabeza con las cientos de posibilidades que había, porque ¿y si le había ocurrido algo y se lo había callado para no asustarme y preocuparme?

No podía ser, me dije frenándome en medio de la habitación, volviendo a ella al escuchar las voces de mis amigas. Volví junto al teléfono y me subí a la cama, cruzando las piernas sentadas.

¹ —¿Habéis dicho algo más? He tenido que ir al baño. —Otro cruce de dedos.

—¿Te ha dado un apretón? —Rio Olga.

—El apretón se lo voy a dar yo en esa cabecita tan mona que tiene —comentó Emma y supe que a ella no la había podido engañar.

—¿Qué dices? —Se sorprendió Olga— Ya me he perdido. —Bufó.

—A Zoe le pasa algo y es referente a lo que he respondido, a los dos días.

—Kevin está raro —terminé diciendo, soltando un suspiro, a ver si sincerándome se les olvidaba lo de la noche.

—¿En qué sentido? ¿Por qué no nos has dicho nada?

—Porque pensaba que era eso precisamente, nada lo que sucedía.

—Pero ya no lo haces.

—No lo sé. —Bajé el tono de voz—. Quizás tenía demasiadas expectativas puestas.

—No digas tonterías. La que habla no eres tú. Estás de bajón, lo he sabido nada más escucharte, pero no tienes po qué, cariño. Si algo dejó claro Kevin es que...

—¿El qué? Quiso estar conmigo y lo hizo. Y al comentarlo no estoy recriminándole nada porque yo sabía lo que había y también lo deseé.

—Uy, que esta noche vamos a tener que echar mano a todas las botellas que nos encontremos, directamente, a palo seco —soltó un grito Olga.

—Bueno, pues con esta confesión de nuestra queridísima amiga —carraspeó Emma—, os notificó que esperaré unos días más para saber de Martín. No lo voy a poner en la lista roja de prohibido por ahora, porque si Kevin está actuando igual, porque lo doy por hecho, ¿verdad? —se lo confirmé— Pues listo, a esperar toca, pero tampoco mucho porque para el fin de semana que viene ya tendré un veredicto.

Hasta el final de la conversación no me decidí a aceptar salir por la noche. No es que me hubiera animado, pero la charla que mantuvimos me sentó bien, por lo que quise que siguiera subiendo un poquito esa sensación.

Colgamos y fui hacia el baño para darme una ducha. Cuando salí busqué la ropa que iba a ponerme y la dejé extendida en la cama, yendo al baño para secarme el pelo. Me lo dejé suelto y como maquillaje lo único que utilicé fue un poco de brillo, las ganas estaban como los ánimos, por los suelos.

Arreglada me monté en la camioneta dirigiéndome hacia el hotel de Emma, donde habíamos quedado. Seguramente esa noche la pasaríamos allí por lo que busqué un buen aparcamiento y estacioné.

La cena fue divertida, pero es que, con mis amigas, bueno con mi grupo en general, no podía ser de otra manera. Volvimos a cenar en el restaurante de Leo, como tantos sábados. Esa vez fue Emma la que rechazó la proposición de él para terminar la noche juntos, respetando el margen de tiempo que se había impuesto hacia Martín.

Salimos de allí animadas por las dos botellas de vino que nos tomamos, tarareando una canción, agarradas de los brazos mientras caminábamos por la acera yendo en busca de los locales para tomar una copa y mover un poco el cuerpo.

Hicimos una piña reforzándonos entre nosotras cuando a una u otra nos cambiaba el ánimo. Bueno eso solo nos sucedía a Olga y a mí, Emma se mantenía muy entera, todavía, porque por mucho que tuviera claras sus metas, las que llevaría a cabo, no impedía que se sintiera mal por la incertidumbre. Martín la había calado hondo, aunque tenía claro que, si todo se aclaraba y tenía buen final, no se lo pondría nada fácil.

Me frené de golpe, pensando en que el alcohol me estaba pasando factura al parecerme ver a alguien delante de mí. Parpadeé varias veces sin reaccionar a las voces de mis amigas.

—¿Qué...? —Empezó a decir Emma, pero Olga la cortó.

r

—La virgen, es Kevin —confirmó por mí con voz ahogada, señalando hacia delante, por lo que Emma miró en esa dirección.

Fueron ellas las que tiraron de mí porque me costó reaccionar un poco, hasta que conseguí igualarlas. Apoyado en una camioneta me miraba con intensidad con los brazos y tobillos cruzados, sin moverse, hasta que levantó una mano y me pidió que me acercara, moviendo un dedo.

—¿Lo ves nena? No podía ser —susurró Emma, dándome un beso en la mejilla.

¿ Caminé los pocos metros que nos separaban hasta ponerme delante de él.

—¿Qué haces aquí?

—¿A ti que te parece? —Levantó una ceja.

—No lo sé, llevas unos días... —tragué saliva— pensé...

—Tengo varias cosas que contarte, muy importantes. —Se impulsó separándose de la camioneta—. Pero antes, ahora mismo, solo quiero hacer una cosa que llevo demasiado tiempo deseando.

La emoción pudo conmigo cuando me agarró de la nuca y juntó nuestros labios en un beso cargado de fuerza y necesidad, el que me dejó temblorosa entre sus brazos. Cuando conseguimos separarnos escuché unas risas hacia el lado derecho y me giré para comprobar de quién venían.

Más me emocioné al ver a Levi, a Álvaro, a Martín, pero, sobre todo, a mi hermano Adrián que me observaba sonriente, haciéndome un guiño. Y fue en ese instante que lo supe, por fin había decidido entrar en acción. Al desviar la atención de mí y centrarla en Olga, por la intensidad con la que lo hizo. Ella ya podía empezar a temblar porque iba a llegar arrasando con todo. Sonreí emocionada por otro guiño que me hizo al volver a mirarme, el primero había sido por Kevin y por mí, ese último iba por él.

No tuve duda de que esa noche iba a ser grande para más de uno.

Más me emocioné al ver a Levi, a Álvaro, a Martín, pero, sobre todo, a mi hermano Adrián que me observaba sonriente, haciéndome un guiño. Y fue en ese instante que lo supe, por fin había decidido entrar en acción. Al desviar la atención de mí y centrarla en Olga, por la intensidad con la que lo hizo. Ella ya podía empezar a temblar porque iba a llegar arrasando con todo. Sonreí emocionada por otro guiño que me hizo al volver a mirarme, el primero había sido por Kevin y por mí, ese último iba por él.

No tuve duda de que esa noche iba a ser grande para más de uno.

Epílogo



Seis años más tarde...

Zoe

El tiempo había pasado volando, pero es que cuando eres feliz no puede ser de otra manera, por mucho que quieras retenerlo, se escapa sin poderlo evitar.

La vida nos dio un giro radical y todo fue provocado por aquel temporal que azotó de la peor forma a la zona en la que había nacido y crecido. Quién me iba a decir que insistirle hasta la saciedad a mi hermano Adrián para que me consiguiera una radio igual a la que tenían en la base, me llevaría a uno de los peores días de mi vida, el que terminó por convertirse en el mejor, con diferencia.

Increíble cómo se dan las cosas y cómo todo se confabula para llevarte en una dirección. Muchas veces eran las que le relataba a Kevin la historia que me llevó hasta él, hasta dejarlo en el hospital. Si supiéramos lo que nos depara la vida, si fuéramos consciente de lo que un hecho aislado puede ocasionar llevándote en cadena a muchos otros...

La noche que Kevin apareció, en la que lo vi apoyado en una camioneta, fue el momento determinante y en el momento justo. Tal y como me explicó, hasta que no cerró todos los capítulos de su vida pasada no pudo estar tranquilo referente a mí. Según sus palabras yo me merecía que cuando volviera a ponerse delante de mí, lo hiciera siendo un hombre libre, en todos los aspectos.

Esa noche supe toda su historia, la que a él le contó Martín. La implicación que tuvo con Gabriela, motivado por el cariño y respeto que le tenía al padre de ella. Me lo detalló todo tan bien que estuve durante todo el tiempo emocionada, escuchándolo atenta, resguardados por la privacidad que nos dio la habitación de hotel que había reservado para unos días, temporalmente.

Impactada me quedé por el significado que tenía el que encontrásemos una maleta con ropa de mujer en el maletero del coche de alquiler que conducía cuando se produjo el accidente. Tenía una hermana, Celia, de la nunca supo nada y en el instante en el que lo hizo, poco le duró al perder la memoria.

Cuando terminó de explicarme todos los detalles me pidió que esperara un momento y salió de la habitación. Poco tiempo tardó en aparecer y lo hizo de la mano de una chica, la que me presentó como su hermana. Emocionada nos presentamos y la abracé sin poder apartar los ojos de Kevin.

Él tomó represalias contra su padre. Si algo tuve claro desde que pude verlo interactuar, es que tenía las cosas claras y nadie podía modificar lo que creía justo. Tranquilo, sereno, de mi mano y de la de Celia, nos presentamos los tres delante de sus padres, los que se quedaron primero, al recibirnos, sorprendidos, para después pasar a otro estado que prefiero no recordar porque fue muy desagradable, por parte del padre, mientras, la madre, se mantenía en un vigésimo plano a distancia del todopoderoso.

La situación fue difícil y como digo muy desagradable porque hasta llegué a pensar en ese instante que no llegaríamos a salir de la casa, ese es el mejor resumen y más esclarecedor que os puedo hacer. Yo no fui a conocerlos, para nada, con saber cómo eran no los quería ver en la vida. Acepté para acompañarlos y que no estuvieran solos, porque Celia temblaba de miedo por todo lo que le había hecho ese hombre, el que no se merecía el distintivo de padre.

Kevin le dejó todos los puntos claros, empezando porque jamás en la vida se acercara a nosotros, me incluyó a mí para finalizar amenazándolo con sacar todas las pruebas que tenía en su poder gracias a Daniel, el padre de Gabriela, las que lo hundirían por completo. Si algo tuvo claro ese hombre es que no lo dijo por decir.

Cuando salimos de esa casa pudimos respirar más tranquilos porque cuando les dimos la espalda, lo hicimos con la convicción de que llevaría a cabo todo lo que Kevin le dejó más que claro. Su compartimiento con Celia me recordó al que siempre había tenido Adrián conmigo. Supe que sería el hermano perfecto, cariñoso y desesperante a partes iguales, por la protección que le daría a Celia. Y no me equivoqué, con un hombre como él, con sus valores y características, no podía hacerlo, acerté de pleno.

Kevin no recuperó la memoria, solo pequeños retazos salteados. No fue algo que le preocupara, como decía, no tuvo problema en adaptarse porque la familia que le trajo al mundo era mejor ni recordarla y todo lo que le importaba lo tenía al alcance de los nuevos recuerdos que creó nada más abrir los ojos en el hospital, con lo que vino a consecuencia de ello.

De lo único que a veces sí hacía un comentario más triste era de su amigo Martín, añorando saber todo lo que habían vivido. Pero tenía un narrador de primera mano, el propio Martín, el que nunca se cansaba de sacar detalle de todas las travesuras que hicieron y de la trayectoria que tuvieron. Lo bueno, es que estaba junto a él para sumar nuevas vivencias.

Encontrar un punto de partida, a eso se aferró y por ello luchó, sobre todo en el tema laboral porque adoraba dedicarse a su profesión. Seguía siendo socio del estudio de arquitectura Kevmar, junto a Martín, y durante los años siguientes consiguió grandes progresos, por lo que no podía sentirme más orgullosa de él.

Referente a la noche con la que os he empezado a explicar todo, esa fue la elegida para hablar con sinceridad de

nuestros sentimientos y del camino que queríamos tomar cada uno. Él y Martín se trasladaron al pueblo, por sorprendente que pareciera, los chicos de ciudad no tuvieron ningún problema en adaptarse a la rutina de la montaña. Eso sí, del trabajo nunca se habían desligado a pesar de la distancia.

Cada semana era uno de los dos el que viajaba para revisar de primera mano cómo iba todo y para llevarse con ellos todos los proyectos nuevos que salían. Compraron un local en el centro del pueblo, el que les servía de gran oficina sin tener ningún distintivo ni nada que hiciera indicar qué había en el interior, solo con la prioridad de trabajar en él a puerta cerrada. Lo tenían siempre lleno de planos y todo lo imaginable referente a la profesión que tenían.

Hago un paréntesis para comentaros lo único que no sabéis del accidente. La cartera que se le perdió a Kevin ante del accidente, junto a su móvil, la encontraron a unos cincuenta kilómetros de donde le sucedió. Por lo visto alguien las encontró y las llevó a la policía. A la deducción que llegaron los agentes fue que tuvieron que robarle en algunas de las paradas que hizo para descansar del viaje. Vamos que aquel día no fue el de él y las alarmas tendrían que haberle saltado, frenándose, pero no lo hizo, poco le importó quedarse sin nada siempre y cuando encontrara a su hermana.

, Vivíamos en mi casa, la que habíamos ampliado hasta convertirla en el doble de lo que era, modificando todo el interior para que cuadrara. Kevin se levantó una madrugada en la que no podía dormir y el motivo fue porque tenía en mente una idea y necesitaba plasmarla. De esa idea salió el boceto del que era ahora nuestro hogar, uno que era impresionante, pero sin perder el encanto de la zona en la que se encontraba, complementándose perfectamente con la naturaleza.

, Llevábamos cinco años casados y teníamos una hija de cuatro, Lesly. Nuestra felicidad era completa y el amor que surgió tan inesperadamente, llevó a todo lo que os voy a contar a continuación.

Empezaré por mi hermano, Adrián, el principal y fundamental pilar en mi vida. Aquella noche a la que he hecho varias referencias, ya os dejé claro, como lo tuve yo, de que era el comienzo. Se dio el derecho a ser feliz, a vivir sin las cargas que le pesaban. En aquel instante, cuando Emma y Olga se acercaron a los chicos, dejándonos a nosotros por libre, mi hermano agarró a Olga de la mano y se la llevó, literalmente. Muchos fueron los silbidos, muchos más los gritos de alegría y por cada uno de ellos, Adrián mantuvo un dedo en alto, muy esclarecedor indicando por donde se lo pasaba todo. Olga anonadada porque es como se quedó, lo siguió sin decir ni hacer nada, sin poder apartar la vista del perfil de mi hermano mientras se alejaban de todos. La llevó a un sitio apartado, íntimo, en el que tuvieron la conversación más importante y larga de sus vidas. Tanto lo fue que los llevó directamente a consumir todo lo que sentían. Cuando terminaron lo hicieron con dos sonrisas, entre besos, porque como decía mi hermano, le debía muchos por todos los años que habían pasado separados. Eran padres de una niña preciosa, Andrea, la que llegó al mundo para alegrarnos a todos y la que fue la protagonista principal en la boda que realizaron, llevando las alianzas hacia sus padres.

Emma y Martín, Martín y Emma, lo diga en el orden que lo diga son tal para cual. Al final, mi amiga no opuso ninguna resistencia al acercamiento de Martín, él solo necesitó explicarle por encima lo que le había llevado a aislarse y ella cayó sobre él, tal cual como sucedió porque lo tiró hasta al suelo por la energía con la que lo hizo.

Ella seguía con su hotel, él como ya os he dicho continuaba implicado junto a Kevin en sus proyectos, pero era en casa, a puerta cerrada, cuando realizaban el mejor trabajo de sus vidas, el amor. Tenían una bebé de cuatro meses, Sofía.

Mi amigo Levi, el simpático, cariñoso, extrovertido y alegre de mi amigo, pues todo eso que os he dicho lo dirigía hacia todas las direcciones menos hacia Amber, su compañera de profesión y la que se convirtió en su pesadilla. No porque lo fuera, tuve claro la forma de ser de ella cuando hablamos en la sala de los cafés del hospital, la que me encantó, por cierto. Debido a nuestro acercamiento supo tensar la cuerda al máximo de cara hacia él, siendo conocedora de que tenía la sartén por el mango. No es que yo le dijera, sucede esto, digamos que dejé caer algunos detallitos por aquí y por allá y ella hizo el resto que para algo tenía una mente privilegiada al trabajar con sellas. Fue una noche que se complicó en una guardia, en la que Amber lo llamó llorando porque necesitaba ayuda. Se enfrentaba a una operación de muchísimas horas y ya llevaba muchas hechas. Ese fue el punto de partida porque Levi, que es como es, no pudo soportar verla en ese estado y, sin darse cuenta, la acogió bajo su protección, bajando un poco las barreras porque él se oponía a ella por el simple hecho de que su regla número uno era la de no mezclar en la vida trabajo con placer. ¿No quieres algo? Pues ya la vida se encarga de darte con ello en la frente. Intervinieron al paciente entre los dos y cuando terminaron, agotados, surgió el amor. ¿Qué bonito? Pero es que es tal cual sucedió.

Hasta aquí todas las historias que sabéis que se fueron cociendo, algunas a fuego lento, otras a tope de intensidad. Ahora llega el turno de mi adorado Álvaro porque es una parte vital en la vida de todos, pero, sobre todo, en la de Adrián y mía. Como he comentado, las historias anteriores estaban encaminadas, pero la que nos sorprendió, y de qué manera, fue la protagonizada entre Álvaro y Celia, la hermana de Kevin. Fue un estallido de emociones y sensaciones la primera vez que se vieron. Ya sabéis cómo es él, protector, cariñoso, divertido, risueño, capaz de sacarte una sonrisa en los peores momentos. Precisamente los últimos calificativos propiciaron el acercamiento que tuvieron, mezclando los anteriores, haciendo la combinación perfecta. Cuando Kevin presentó ante todos a su hermana y les contó a los chicos la historia de ella, Álvaro en todo momento que habló Kevin, no pudo apartar los ojos de ella. Primero nació el sentimiento de protección, después llegó la necesidad de hacerla reír y por último y no menos importante, llegó el deseo que los consumió a los dos. A pesar de las secuelas que arrastraba ella, lo tuvo muy fácil para dejar entrar en su vida a Álvaro. Llevaban cuatro años casados y Celia estaba embarazada de seis meses.

Tantos sentimientos comprimidos en unas páginas, tantos caminos unidos con un único fin: quererse... esa es la meta, que el corazón lata fuerte y sin control. No podía estar más feliz por cómo se dio todo, por tener a la gran familia de la que disfrutaba y por tener el privilegio de conocer y sentir lo que es el sentimiento del amor, en todas sus variantes.

Ella seguía con su hotel, él como ya os he dicho continuaba implicado junto a Kevin en sus proyectos, pero era en casa, a puerta cerrada, cuando realizaban el mejor trabajo de sus vidas, el amor. Tenían una bebé de cuatro meses, Sofía.

Mi amigo Levi, el simpático, cariñoso, extrovertido y alegre de mi amigo, pues todo eso que os he dicho lo dirigía hacia todas las direcciones menos hacia Amber, su compañera de profesión y la que se convirtió en su pesadilla. No porque lo fuera, tuve claro la forma de ser de ella cuando hablamos en la sala de los cafés del hospital, la que me encantó, por cierto. Debido a nuestro acercamiento supo tensar la cuerda al máximo de cara hacia él, siendo conocedora de que tenía la sartén por el mango. No es que yo le dijera, sucede esto, digamos que dejé caer algunos detallitos por aquí y por allá y ella hizo el resto que para algo tenía una mente privilegiada al trabajar con ellas. Fue una noche que se complicó en una guardia, en la que Amber lo llamó llorando porque necesitaba ayuda. Se enfrentaba a una operación de muchísimas horas y ya llevaba muchas hechas. Ese fue el punto de partida porque Levi, que es como es, no pudo soportar verla en ese estado y, sin darse cuenta, la acogió bajo su protección, bajando un poco las barreras porque él se oponía a ella por el simple hecho de que su regla número uno era la de no mezclar en la vida trabajo con placer. ¿No quieres algo? Pues ya la vida se encarga de darte con ello en la frente. Intervinieron al paciente entre los dos y cuando terminaron, agotados, surgió el amor. ¿Qué bonito? Pero es que es tal cual sucedió.

Hasta aquí todas las historias que sabéis que se fueron cociendo, algunas a fuego lento, otras a tope de intensidad. Ahora llega el turno de mi adorado Álvaro porque es una parte vital en la vida de todos, pero, sobre todo, en la de Adrián y mía. Como he comentado, las historias anteriores estaban encaminadas, pero la que nos sorprendió, y de qué manera, fue la protagonizada entre Álvaro y Celia, la hermana de Kevin. Fue un estallido de emociones y sensaciones la primera vez que se vieron. Ya sabéis cómo es él, protector, cariñoso, divertido, risueño, capaz de sacarte una sonrisa en los peores momentos. Precisamente los últimos calificativos propiciaron el acercamiento que tuvieron, mezclando los anteriores, haciendo la combinación perfecta. Cuando Kevin presentó ante todos a su hermana y les contó a los chicos la historia de ella, Álvaro en todo momento que habló Kevin, no pudo apartar los ojos de ella. Primero nació el sentimiento de protección, después llegó la necesidad de hacerla reír y por último y no menos importante, llegó el deseo que los consumió a los dos. A pesar de las secuelas que arrastraba ella, lo tuvo muy fácil para dejar entrar en su vida a Álvaro. Llevaban cuatro años casados y Celia estaba embarazada de seis meses.

Tantos sentimientos comprimidos en unas páginas, tantos caminos unidos con un único fin: quererse... esa es la meta, que el corazón lata fuerte y sin control. No podía estar más feliz por cómo se dio todo, por tener a la gran familia de la que disfrutaba y por tener el privilegio de conocer y sentir lo que es el sentimiento del amor, en todas sus variantes.

RRSS:

Facebook: [Carlota Manzano](#)

Instagram: @carlotamanzanoautora

Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano

Twitter: @ChicasTribu

RRSS:

Facebook: [Carlota Manzano](#)

Instagram: [@carlotamanzanoautora](#)

Página de autora: [relinks.me/CarlotaManzano](#)

Twitter: [@ChicasTribu](#)